

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA

ÁREA DE INVESTIGACIÓN EN SALUD, CONOCIMIENTO MÉDICO Y SOCIEDAD

LÍNEA DE SALUD MENTAL, AFLICCIÓN, CONFLICTO Y VIOLENCIA

RECLAMAR LA VIDA, CUANDO SE HA TOMADO POR MANO PROPIA.

**APROXIMACIÓN DESDE LA ANTROPOLOGÍA A LA EXPERIENCIA DE
DOLIENTES DEL SUICIDIO**

Presentado por

CATALINA SUÁREZ CRIOLLO

Tutora

CLAUDIA P. PLATARRUEDA VANEGAS

BOGOTÁ D.C. FEBRERO DE 2021

DEDICATORIA

“Este trabajo de grado está dedicado a la memoria de José Daniel Llano Patiño, mi primo, a quien le debo el aprendizaje profundo a una realidad que desconocía, pero que desde sus enseñanzas he venido labrando desde adentro”

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias a mi madre Yorlady Criollo a mi padre Carlos Martínez y a mi hijo Emilio, porque con todo su amor me han impulsado día a día a no desfallecer a seguir mis sueños y entre esos sueños, esta tesis que también es de ellos porque con su apoyo, motivaron para que pudiese finalizarse.

Quiero agradecer a Lorena por su generosidad desde siempre al abrirse ante su historia de vida, a sus luchas internas, con el sinnúmero de situaciones que se afrontan tras la pérdida de quien se quiere con uno, pero sobre todo por forjar con cariño, desde sus propias herramientas un camino para que yo pudiese conocerlas.

Gracias a Carolina, porque con todos sus aportes me permitió conocer los tiempos, los silencios, las preguntas, el afecto con el que uno debe acercarse a quien debe sobrellevar una pérdida por suicidio, pues no se cuenta a cualquiera y cuando se cuenta, las historias deben tratarse con cuidado.

Gracias a Juliana, porque desde su motivación en cada momento en el que me compartió su experiencia, entendí cuan afortunada fui al recibir toda una vida contada con palabras y cuanta sabiduría en mi formación como antropóloga como para la vida, había en sus reflexiones agudas y sensibles.

Gracias a la señora Amelia, porque con valentía siempre apoyó que pudiese darse una indagación que contemplara los sentimientos, las dificultades y lo que se vive como madre doliente de suicidio.

Gracias a Luz Dary Patiño, a Erika Llano y a Jimena Llano, a quienes les debo con cada palabra, el impulso para continuar, pero también la necesidad de que lo que sucedió en la familia pueda verse con mayor sensibilidad y respeto.

Gracias a mi docente, Claudia Patricia Platarrueda, quien siempre estuvo motivándome a continuar y que como una madre en mi formación disciplinar me enseñó a exigirme, a leer, a escuchar y escribir con mayor cuidado, pero que también me acompañó en momentos de dolor.

Sin su constancia, su enseñanza y su afecto éste trabajo de tesis no sería posible.

Gracias a José Fernando Rubio Navarro quien al igual que Claudia Platarrueda han sido mis mentores desde la academia y forjaron con cariño los peldaños de mi ingreso al mundo laboral.

Gracias a Edson Erasmo Montoya Camargo y Yolanda Ayala, quienes me motivaron para que se concretara el término de mi ciclo como profesional y han depositado su confianza en mí, para la formulación de apuestas que contribuyan a Sibaté desde mi óptica disciplinar.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	5
ANTECEDENTES	7
EL PROCESO DEL TRABAJO DE CAMPO	14
CAPÍTULO I. TRÁNSITOS Y RECLAMOS TRAS LA EXPERIENCIA DE SER DOLIENTE DEL SUICIDIO.....	25
EL DIABLO ENTRÓ Y, PUES, HIZO DE LAS SUYAS	26
<i>Lorena</i>	30
<i>Carolina</i>	34
“EL SUICIDIO ES COMO UNA SEMILLA”	38
<i>Juliana</i>	39
CAPÍTULO 2. POR LAS SENDAS DEL CUERPO: UNA TRAVESÍA ENTRE LA PRESENCIA Y LA AUSENCIA	53
MAPA EN EL CUERPO: SENTIR, EXPLORAR Y RELATAR	56
EN LA MISMA VÍA: UBICAR EN EL CUERPO LA EXPERIENCIA DEL OTRO	63
TRANSITAR LAS EMOCIONES PARA ENCONTRAR SU LUGAR: LO INTANGIBLE Y LA PRESENCIA EN LO CONCRETO	65
PRESENCIA EN LO CONCRETO: LA IMPORTANCIA DE LOS OBJETOS	71
<i>Camilo en la habitación de Carolina</i>	71
DARLES VOZ A LAS COSAS	76
LAS COSAS TAMBIÉN HABLAN	78
CAPÍTULO 3. EL SUICIDIO: UNA MIRADA TRANSVERSAL	81
LAS INSTITUCIONES Y SU CONTROL SOBRE EL CUERPO	81
<i>El Estado</i>	81
<i>La Familia</i>	84
<i>La religión</i>	88
CATÁRSIS Y CONSIDERACIONES FINALES.....	101
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	109

INTRODUCCIÓN

La siguiente tesis es un acercamiento a la experiencia de ser sobreviviente de suicidio y a las diferentes formas desde las cuales se crea un complejo de comprensión que va desde el lenguaje y expresa las maneras en las que se significa, relata y vive desde el cuerpo, la ausencia de quien estando muerto se reclama. Este documento es un encuentro con mujeres dolientes donde a la luz de la perspectiva antropológica, se reflexiona acerca de una de las muertes más silenciadas en nuestra sociedad. Para comenzar quiero decir que esta indagación es un reto no sólo en la medida en que al acercarse a un sobreviviente de suicidio se exige mayor sensibilidad, sino porque en el curso del proceso de investigación me convertí en ese otro al que me acerqué, haciendo que la reflexión disciplinar tuviese parte de lo que vivencié.

En principio, recuerdo que desde niña siempre me inquietó escuchar a algunos de mis familiares refiriéndose, a modo de reclamo a la muerte de un tío lejano que un día, “sin más ni más”, decidió colgarse de un árbol en el patio de su casa en un pueblo brasileño en la frontera con Colombia, dejando a 20 hijos huérfanos y a una viuda. Los reclamos iban desde “¿Cómo pudo ser tan cobarde?”, “ese siempre fue así, nunca fue capaz de enfrentar la vida”, “dejó a esa pobre mujer con toda la carga de los hijos”, “no pensar en la familia y todo lo que sufrieron”. Cada una de esas frases quedaron en mi cabeza como si las palabras dichas por mis tías y mi abuela se fueran guardando en los recuerdos profundos de mi infancia. Yo era consciente que ese tío había muerto muchos años atrás y aún en ese momento era recordado como si su decisión de morir hubiese dejado una deuda con sus hijos, su esposa y demás familiares, que recordaban el hecho con rabia. Más adelante, empecé a comprender que nuestra vida no nos pertenece del todo, que la adeudamos, que no es solo nuestra.

Luego, con el paso del tiempo, sufrí de forma mucho más cercana la muerte a causa del suicidio de un primo en segundo grado, a quien recuerdo con mucho amor y quien, sin buscarlo, me hizo profundizar frente a lo que implica reclamarle a quien no está, pero también culparse por lo que se dejó de hacer, por eso que uno dio y no fue provechoso para quien toma la decisión de quitarse la vida. Si revisamos el concepto de la deuda, éste tiene su origen en el latín “*debita*”, que significa obligación de pagar; en este sentido, la muerte por mano propia deja en un limbo la retribución; para el caso de ese viejo tío, del cual se quejaban en casa de mi abuela paterna, el

contribuir en la crianza de sus hijos, en las obligaciones económicas compartidas y los quehaceres propios de los roles paterno–materno eran parte de ese malestar por lo que quedó debiendo pero, en el caso de mi primo, el no pensar en la madre que quedó sin su esposo y posteriormente sin su hijo, así como las ilusiones, la inversión de educarlo y su propio esfuerzo, que lo había hecho merecedor de la beca Ser Pilo Paga en el Externado, era una de las tantas cuestiones que quedaron en vilo con su muerte. La retribución no se daría, esta se negó con su muerte y también llegó la asignación de culpas: ¿por qué lo dejé irse solo a Bogotá?, ¿por qué no me di cuenta antes?

Así, resolver mi inquietud sobre el suicidio no ha sido un camino sencillo, especialmente por ser un tipo de muerte en la que los silencios se producen con mayor intensidad y en la que hay que reconocer que existen barreras para expresar las condolencias a un doliente a raíz del fallecimiento de un ser querido cuando aquel ha decidido quitarse la vida él mismo. En nuestro contexto, en relación con ese tipo de muerte confluyen silencios, evasivas, culpabilidades y prejuicios religiosos que significan de maneras particulares los procesos rituales y de afrontamiento de la pérdida. Ligado a lo descrito, es revelador el apartado “la muerte fea” de la etnografía realizada por Juan Francisco Jordán y Aurora Jordán de la Peña (2019), “En el *limes*: los no cementerios; en el limbo: los no duelos. Bebés, suicidas y accidentados con muerte en la mentalidad tradicional rural española”. En ella, los autores describen a los suicidas y su muerte fea, pues al incurrir ellos en pecado mortal, la familia debía silenciarla y ese evento era comentado con muy baja voz, pues era una deshonra o desprestigio. Por otro lado, se entendía al suicida con ninguna posibilidad de llegar al cielo, pues se le vetaba de los privilegios de cualquier difunto, como los rezos, las misas, el duelo público que implica el llorar y gritar abiertamente; mucho menos se permitía el sepelio en el camposanto, lo que implicaba la condena no solo en el plano espiritual, sino la condena a ser silenciado e ignorado comunalmente.

Pese a que la etnografía de Juan Francisco Jordán y Aurora Jordán de la Peña se orienta a comunidades campesinas en España, donde el catolicismo es arraigado en sus prácticas, puedo decir que esos silencios siguen persistiendo y pueden sentirse en diferentes formas en nuestro contexto. Por eso, este trabajo es producto de caminos de encuentros y desencuentros, cuando inicialmente me acerqué pensando en que abordar las emociones podría darse en un proceso que implicara “zambullirse” en la realidad de las personas. Poco a poco, y en medio de los relatos de las mujeres que de forma generosa aportaron a este proceso, entendí que es mucho más que eso.

Para mí, haber experimentado de cerca este tipo de muerte me llevó a conectarme con las trayectorias de las mujeres que han sobrevivido a la muerte de sus familiares y parejas, desde mi propia experiencia, lo que implicó generar lazos de empatía frente a las historias que se cuentan en espacios de escucha y entre silencios, cuando se puede y cuando no se es capaz de hablar. Eso me permitió ser consciente de las razones por las cuales no se habla a cualquiera ni en cualquier escenario, pero también, de las formas en las que el dolor tiene tránsito de unas maneras diferentes en las mujeres que asumieron la pérdida de un ser querido.

Antecedentes

Desde el momento en que me interesé por este tema en particular, el referente primordial desde las ciencias sociales acerca del suicidio fue Émile Durkheim (1897), con su obra *El suicidio*, donde establece las premisas fundamentales que entienden el suceso como un hecho social que responde a factores complejos tales como una excesiva o la insuficiente integración social, así como la insatisfacción individual y la falta de límites a las expectativas propias, unido con la experiencia de cambios abruptos, la confluencia con los procesos biológicos, psiquiátricos e, incluso, de los ritmos geográficos que repercuten en la vida de los seres humanos. El autor caracteriza el suicidio organizando su explicación en cuatro tipos: 1) el egoísta, que explica el suicidio en términos de la negación con la interacción social y de los vínculos con la sociedad, se ve en la necesidad de terminar con su vida; 2) el anómico, que se origina a partir de crisis trascendentales tales como recesiones económicas, 3) el altruista, cuando el individuo sucumbe al establecer en primer lugar a los grupos sociales en los que se integra y, 4) el fatalista, que tiene que ver con las repercusiones negativas de las exigencias sociales que se hacen a un individuo acerca de cómo llevar su vida.

Por otro lado, Émile Durkheim (1897) sostiene que existen sociedades suicidógenas explicando que intervienen factores climáticos y geográficos que alteran el comportamiento, incidiendo en el incremento de ese fenómeno en una estructura social en específico. Esta obra primordial fue mi primer acercamiento en términos teóricos. Después de ese primer punto de partida, mi contacto con las experiencias de las personas se reducía a datos estadísticos de orden nacional, análisis criminalísticos, perfiles psicológicos, estudios de orden clínico, análisis comunicativos, entre otros. Luego, con el encuentro de una literatura más antropológica, fui

construyendo una pregunta cultural sobre las gramáticas que pudiesen estar “detrás” de un acto que se intenta no contar y que a su vez deja marcas que se asignan a una dimensión maligna y de separación.

En la vía de lo social, los estudios cualitativos que hicieron parte del proceso de construcción de mi propuesta de investigación estuvo el trabajo sobre “Los estilos parentales como predictores de ideación suicida en estudiantes adolescentes”, realizado por Pérez, Uribe, Vianchá, Bahamón, Verdugo y Ochoa (2013), buscando seguir de cerca a las instituciones como puntos de partida, entre ellas, la familia como epicentro de la socialización en el ser humano. Según ellos, el control y la supervisión parental se constituyen en elementos importantes que funcionan como factores protectores o de riesgo para el desarrollo de comportamientos problemáticos en adolescentes, incluyendo el suicidio. Entre los principales motivos para la ejecución de un intento suicida en niños y adolescentes se encuentran los conflictos familiares y el manejo inadecuado de estos (p. 555). El estudio sobre los estilos parentales subraya la importancia de la incidencia del afecto de los padres hacia sus hijos, puesto que el afecto, según se afirma, genera personalidades independientes, sociables y cooperativas; por el contrario, se dice que cuando las relaciones familiares no están dadas con base en la “comunicación” y el afecto, existe mayor probabilidad del riesgo suicida.

En otros estudios similares encontramos el elaborado por Veladez, Amezcua, Quintanilla y González (2005), que sostienen que en la adolescencia se intenta adquirir autonomía con el fin de separarse o distanciarse de los padres; esa etapa, caracterizada por los cambios psicosociales, es un periodo crítico que incrementa las presiones sociales y las responsabilidades, aunado esto con la falta de experiencia y madurez, puede generar tropiezos que desembocan en angustia, soledad y frustración. Se transforman las interacciones del grupo propiciando cambios en las relaciones y la familia debe equilibrar este nuevo orden de negociaciones y acomodos, sincronizando los bruscos movimientos antagónicos muchas veces. Según esta propuesta, la búsqueda de autonomía en la adolescencia puede terminar en impulsos de independencia, salidas explosivas o un deterioro progresivo, por lo cual es crucial el papel de la familia en la formación de la responsabilidad, para evitar que estos sobresaltos puedan repercutir en acciones de autolesivas, en una etapa que implica desafíos que deben considerarse en el riesgo frente al suicidio.

Con lo anterior se puede interpretar que las investigaciones enlazan la importancia del rol de las familias como factor de prevención de riesgo suicida, se establecen características desde las que se parte para generar conclusiones en torno a lo que puede motivar a un individuo a incurrir en este tipo de actos. Ahora bien, en el artículo realizado por Andrade, Téllez y Giraldo (2013), titulado “La autopsia psicológica en Colombia: Exploración psico biográfica del suicidio, explica que no existe un modelo establecido o fijo que dé cuenta de las causas absolutas de la muerte de un sujeto, debido a que dicho componente se estructura a partir de las vivencias sociohistóricas de cada lugar; en consecuencia, los investigadores ajustan sus estrategias de análisis a los diversos contextos psicosociales donde se produce el hecho, determinando cuál será el procedimiento a utilizar para la recolección de los datos acerca de la muerte del individuo. Lo que proyectó un argumento importante en cuanto a la pertinencia de los estudios cualitativos que, a partir de sus hallazgos, revisan los procesos históricos y las dinámicas propias de cada contexto, evitando generalizaciones para de ese modo incidir desde las lógicas de cada colectividad.

De manera simultánea, en la indagación de orden cuantitativo, encabezada por Rafael Vásquez (1993), “Mortalidad y problemas emocionales: el suicidio en Colombia 20 años después (1970-1990), se encontró que para el año 1990 el suicidio era una de las diez principales causas de muerte entre la población de 15 a 44 años. Para los años 70’s, el porcentaje de suicidio en hombres era significativamente superior; sin embargo, en los años 80 se presenta un incremento notorio en las mujeres y en los años 90 parece igualarse el número de hombres y mujeres suicidas, para luego evidenciar, aunque no de manera clara, pues los datos oficiales no son exactos, que las mujeres suicidas superan a los hombres, dado que estos últimos fallecen más por homicidios. Para esa década, hubo un incremento alarmante del suicidio de menores de 20 años, ubicándose en 44%, jalonado por un incremento en las tasas de suicidios de menores de 16 años a partir de 1985. En el estudio se concluye que el incremento del suicidio se da con la misma intensidad que las tasas de homicidio y se afirma que la intención suicida puede ser detectada con anterioridad y el prevenido y tratado como cualquier otro problema de salud pública y de salud mental. De este modo, se propone que los centros de prevención del suicidio deberían existir en estrecha conexión con los centros comunitarios de salud mental, con los servicios de psiquiatría de los hospitales generales y con los servicios domiciliarios.

En Colombia, según en el informe del año 2015 elaborado por el Instituto Nacional de Medicina Legal en ese año se registró en el país 2.068 suicidios, un 10% más que en el año 2014. En el análisis del comportamiento de este tipo de muerte, se encontró que en el 2015 el 48, 74% de los suicidios se produjeron en edades entre los 15 y 34 años, con mayor énfasis en jóvenes de 20 a 24 años de edad en un 15 %. En términos estadísticos, por cada cuatro hombres que deciden terminar con sus vidas, una mujer consuma el acto, lo que indica que el hombre presenta más riesgo suicida en el país, pues los resultados demuestran que anualmente se ha generado un aumento del 7,3% en hombres y 4,5% en mujeres. Por otro lado, dentro de los factores asociados a las causas probables se identificó que los conflictos de pareja o expareja, enfermedad física o mental y los problemas económicos fueron los principales detonantes. En la siguiente ilustración se evidencia el análisis de las poblaciones más afectadas en el país.



Fuente: Análisis Observatorio Nacional de Salud (3). Ac

Figura 1. Tomado del informe realizado por el Instituto Nacional de Salud en el año 2014.

Con ello coincide la investigación de González, Rodríguez, Aristizábal, García, Palacio y López (2010), titulada “Suicidio y género en Antioquia (Colombia): estudio de autopsia psicológica”, en la que participaron en su mayoría médicos psiquiatras, una trabajadora social y un antropólogo, pertenecientes a un grupo de investigación en salud mental en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Los autores explican que elegir armas de fuego como método de suicidio puede estar relacionado con los roles de género asignados por la cultura, en los

cuales el uso de este tipo de armas se asocia de manera preferencial al rol masculino, además de una mayor accesibilidad de uno u otro género a las armas de fuego, en este caso, la facilidad de acceso por parte del género masculino.

En relación con el género, es interesante el estudio realizado por Campo, Roa, Pérez, Salazar, Piragauta, López y Ramírez (2003) en el Hospital Universitario del Valle, con un grupo de investigadores de las áreas de las ciencias de la salud, bajo la mirada clínica, titulado “Intento de suicidio en niños menores de 14 años”. Los investigadores definen “patrones culturales de crianza” en la región vallecaucana para demostrar que existe una diferencia en los modos de consumir el suicidio por el uso de instrumentos letales en el hombre (conducta auto- afirmada) y el envenenamiento en las mujeres (conducta marianista). Este tipo de mecanismos para auto infringirse la muerte están dados en la lógica sobre el papel que cumple el hombre y la mujer en la sociedad, según los expertos se configuran fuertemente a la hora de la crianza.

Por su parte, los estudios cuantitativos desarrollados, evalúan constantemente el suicidio como un problema de salud pública, que sigue afectando de manera creciente a las poblaciones humanas, pues, de acuerdo con la Organización Mundial de la Salud¹, el suicidio es la segunda causa de defunción entre las personas de 15 a 29 años, cuando más de 800.000 personas se suicidan cada año y el 79% de los suicidios se produce en países de ingresos bajos y medianos, cifras que representaron alarma especialmente en Colombia hacia el año 2015 (OMS 2019). Este tipo de estudios que alertan sobre picos que se elevan en periodos de tiempo especialmente en el año 2015, fueron el soporte que encaminó mi dirección hacia una forma de muerte que pudiese tener circunstancias que pueden ser pensadas a la luz de las construcciones culturales.

Por otro lado, revisando otra de las perspectivas de los estudios cualitativos, Franziska Muller (2011), experta en comunicación de la Universidad de Murcia en España en su preocupación por el impacto que ejerce los medios en la información que se difunde, decide analizar el reportaje que se presentó frente al suicidio de Antonio Flores, un cantante español que desencadenó una serie de suicidios por el manejo que se le dio a la información por parte de siete medios escritos del país. Se encuentra que el efecto Werther termina por aparecer frente a la escritura de carácter sensacionalista de la muerte de la figura pública. Es importante reconocer

¹ Véase en el siguiente enlace <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/suicide>

entonces que títulos tales como “La pasión de Antonio Flores, generaron un carácter idealizado al personaje en mención, pero también mayor protagonismo y la idea del suicidio no como consecuencia de una preocupación sino de un “deber ser”.

Con la revisión de los impactos que tiene la comunicación en el suicidio, las inquietudes sobre este hecho se hicieron más precisas para la formulación de mi pregunta de investigación, pues a raíz del estudio encabezado por Víctor Payá (2012), sobre *El don y la palabra: un estudio socioantropológico de los mensajes póstumos del suicida*, contempla que la comunicación es entendida desde un epicentro más amplio en el que los mensajes están dotados y dotan al que los recibe de sentido, están cargados de elementos simbólicos que son significados por el que los emite y por el que los recibe. Además, el autor considera que el vehículo por el que el ser humano existe en la vida social es la palabra y en esa medida el suicida está asumiendo una posición. Para ello, Payá se remite a la teoría del don de Marcel Mauss y toma al don como parte de un intercambio emocional con el que los familiares están pensándose el suicidio de la persona que perdieron, además de las diversas aristas en las que se prescribe el acto, todas ellas relacionadas con la intención de transmitir un mensaje sobre algo.

Lo que interesó sobre este punto de partida, es ingresar a darle cabida a la comunicación como un medio en el que emergen las construcciones simbólicas sobre el suicidio y como estas poseen elementos propios como culturalmente compartidos. En ese punto, el camino que había recorrido sobre algunos referentes de lo que se ha dicho en diferentes disciplinas, se focalizó hacia este medio, pues es un vehículo que está involucrando al individuo, pero de forma obligatoria a los receptores que en este caso son el círculo más cercano. Lo importante de acudir a la comunicación es darle prioridad a como esta también genera afectaciones pero que, además, no se corta necesariamente cuando llega la muerte. Desde ahí, nos propusimos orientar la pregunta, pues ese epicentro lleva ritos, interpretaciones, preguntas, objetos, síntomas en el cuerpo que son fundamentales para los dolientes.

En términos de mi trabajo sobre la experiencia de convertirse en doliente del suicidio, desde la perspectiva de mujeres que habitan en la población de Sibaté, es pertinente partir por conocer que este es un municipio relativamente joven en términos jurídicos, pues logra su independencia de la vecina ciudad de Soacha en el mes de noviembre del año 1967, gracias a la consolidación de

una serie de juntas pro municipio y el liderazgo del sacerdote católico Julio Cesar Beltrán, quien apoyó de manera aguerrida la construcción de escuelas veredales, las instalaciones del templo parroquial y algunos procesos de autofinanciamiento con cooperativas de ahorro como Coopsibaté, para las familias que se encontraban habitando para la época, buscando que los lugareños crearan métodos de financiamiento para el crecimiento económico de sus pobladores. La hazaña de la independencia, la creación de estructuras institucionales y los primeros cimientos arquitectónicos en el centro poblado de la historia reciente del municipio, tuvo lugar gracias a la intervención de población migrante de departamentos aledaños como Boyacá, Santander, Tolima y municipios colindantes de Cundinamarca (Torres, 1993, pp. 87-88); de igual modo, algunos miembros de la Iglesia católica apoyaron las iniciativas de crecimiento de los residentes del momento.

Es interesante resaltar que la tradición católica ha sido un factor de cohesión entre sus habitantes, así como el punto de acogida de aquellos que, a partir de los conflictos internos del país, como las circunstancias históricas y los efectos del Frente Nacional, en la década de los cincuenta, han logrado resguardar a hijos, hermanos, sobrinos, de las dificultades que implica el desplazamiento. Como memoria de lo anterior, se encuentran instituciones como el Preventorio Infantil, el Instituto Campestre, que fueron diseñados para niños huérfanos y su dirección estuvo a cargo de vertientes del catolicismo. De igual modo, ocurrió con las instituciones de orden psiquiátrico reconocidas para Colombia como El Centro Masculino La Colonia, El Hospital Neuro Psiquiátrico Julio Manrique, El Centro Femenino Especial José Joaquín Vargas y La Quinta, que contaron con el apoyo de hermanas de congregaciones eclesásticas.

Hablar del suicidio, entonces, cobra sentido para las mujeres con las que trabajé, y para sus familiares y amigos, a través de la mirada judeocristiana en la contribución que han hecho estas entidades religiosas, particularmente para Sibaté, como también para la vida social del país en múltiples dimensiones. No en vano se acude al sacerdote católico o al pastor(a) “cristiano” para recibir apoyo terapéutico, mientras que aspectos que han sido conflictivos para las personas son resueltos a partir de la guía espiritual de dichas instituciones. De manera semejante, dirigirse hacia las características sociodemográficas de Sibaté es encontrarse con la realidad de personas de clase trabajadora, donde al hacer un rastreo de las ocupaciones de quienes sentaron sus sitios de vivienda en el municipio, sus raíces en su mayoría son campesinas; evidencia de ello se encuentra la

atribución de las toponimias de los barrios y de las veredas, de cuyo punto hablaremos más adelante a través de las voces de las mujeres que participaron en la indagación.

El acercarse a reconocer la gramática desde la cual se han tejido las relaciones colectivas en el territorio, en términos históricos, sociales, demográficos, hace posible que poco a poco nos aproximemos como investigadores a las realidades de quienes son protagonistas de una circunstancia en específico. En este caso, conocer de cerca de Sibaté a la luz de los relatos de las tres mujeres que dialogaron acerca de su experiencia, hace que entendamos que, aunque los dolores, el amor, la crianza de un hijo se configuran en privacidad, hay una trayectoria de vida que nos une, que nos hace buscar maneras de refugiarnos, de pensar lo que sucedió, de superarlo o de lidiarlo de una manera distinta y es ahí donde esos canales compartidos emergen, pues el otro, que vive en el mismo contexto, ofrece de sí su mirada que aporta. En esa contribución puedo decir que me encuentro siendo parte del proceso, también, pues, al igual que Juliana, que los padres de Lorena y los abuelos de Carolina, llegamos a Sibaté en búsqueda de una nueva vida, pues no somos originarios de estas tierras, pero lo que somos se lo debemos a este lugar y a su gente.

El proceso del trabajo de campo

Mi trabajo de campo se desarrolló en un periodo estimado de un año y medio, en el que implementé conversaciones a profundidad, entrevistas etnográficas que tuvieron lugar entre los años 2017 y 2018, lo que me ofreció la oportunidad de afianzar la confianza con Lorena y Carolina, mientras que, con Juliana, aunque inicialmente la cercanía pudo ser un punto de apoyo, luego se convirtió en un factor que me dificultó la regularidad de las visitas para hablar sobre el tema. Sin embargo, en ese lapso, al enfrentar en carne propia la muerte de José Daniel, mi propio familiar, a causa del suicidio, mi contacto con Juliana, al igual que con Lorena y Carolina, pudo concretarse con la solidaridad que ellas me mostraron por haber enfrentado la misma situación que ellas. Luego, al paso de los meses y en medio de un duelo difícil que me encontraba “resolviendo” (mientras viví en Estados Unidos por un año, cuando me convertí en madre), conocí a Roshani, una joven india de 27 años, que a raíz de una crisis matrimonial muy fuerte con su esposo Harsh Dosi, entabló conmigo la confianza suficiente para relatarme sus deseos de cometer suicidio años atrás, lo que además fue un momento que hoy quedó en el pasado, pero que me puso de nuevo en el estar ahí.

Esta situación incidió en la búsqueda de una alternativa particular para ir consiguiendo realizar mi duelo al lado de mis familiares, los que a la par experimentaron procesos diferentes, coincidieron en que, aunque la ausencia de mi primo fuera abrumadora, la terminación de mi documento investigativo, incluyendo el impacto personal en esta trayectoria, finalizaría mi tesis sin dejar pasar desapercibida la vida de un joven que nos dejó llenos de preguntas. De manera redundante, nosotros también reclamamos su vida como una deuda. Esta tesis pretende propiciar reflexiones a profundidad sobre el destino de aquellos que quedamos con vida y que continuamos nuestro camino llevando a costas la muerte de un novio, un amigo, un hijo o, como en mi caso, un primo.

Esta investigación tiene la lógica de su desarrollo. Está dividida en tres fracciones que dan cuenta de diferentes relatos sobre la experiencia. La primera sección está compuesta por los testimonios de Lorena y Carolina, dos mujeres que rodearon la vida de Camilo, un estudiante de bachillerato que vivió desde su nacimiento en Sibaté. Luego, la narrativa de Juliana una mujer proveniente del departamento del Tolima que migra a Sibaté hace 20 años, luego del momento en el que su hermano falleció en Carmen de Apicalá. Por último, reflexiono sobre mi experiencia personal como doliente, que busca poner en juego lo que significó para mí ponerme en los zapatos del otro, “ese otro” que soy yo misma y que durante más de dos años y medio me encargué de “analizar”, con lo que comprendí que, para conocer, para entender, se requiere mucho más que tener en la cabeza el afán de “estudiar” a las personas.

En mi caso, puedo decir que hacer etnografía se aprende paso a paso, así como nace un lazo de amistad, con paciencia y empeño, ésa que me costó tanto desarrollar pero que no solo es útil para adentrarse en los modos de construir una realidad sentida, sino para la vida misma. Por mi parte, debo admitir que, estando en campo, tuve que tomarme realmente en serio la lectura de etnografías para aprender cómo, por un espacio de tiempo, puedes estar medianamente en la piel de una persona frente a una situación en concreto, además de algunos recursos que me fueron útiles y en ello resalto los escritos realizados por dolientes sobrevivientes al suicidio. Mediante este tipo de alternativas suelen hacerse presentes las formas de afrontar el dolor, las preguntas, los ritos religiosos, las cosas que no se quieren escuchar o las preguntas que no se quieren recibir. Esto me permitió tener algunas ideas antes de conocer las rutinas, preferencias, aspiraciones, entre otros

aspectos que configuran la existencia de uno, como ser humano, al enfrentar la muerte de quien se quiere y quien alza contra sí su propia mano.

El trabajo de campo se construyó con paciencia, cómo debe tratarse el volver sobre la muerte de un ser querido. Por esa razón, el campo estuvo supeditado siempre a esos días en los que las personas con las que trabajé se sentían en disposición para hablar conmigo y recordar, así como también a la respuesta de las mujeres que podía tardar semanas en concretarse. Es allí, en una línea de tiempo discontinua, que podía ajustarse a dos o tres semanas sin una respuesta, incluso hasta dos meses sin volver al tema, unido esto a momentos de conversaciones profundas, recorridos cortos con mucha sustancia, algunos otros no tanto; sin embargo, estos acercamientos son los que permitieron reconocer parajes donde se sintió de cerca el dolor por parte de cada una de las mujeres que fueron capaces de revivir el episodio de muerte de su ser querido.

En el proceso de búsqueda de personas que quisieran compartir su historia conmigo, fui conociendo sobre quiénes eran amigas y amigos, familiares de Camilo y conté con la fortuna de recibir una respuesta afirmativa de una prima, una amiga e incluso en algunas oportunidades con su madre. En este camino, conocí a Lorena, una prima de Camilo que, debido a su afinidad a las humanidades, decidió asistir a un café en el que poco a poco llegamos a conversar con cierta confianza y me aproximó a quién era ese joven, dónde era su casa, cuántos años tenía, cuáles eran sus sueños y qué pudo haber incidido en la toma de esa decisión que para muchos fue un impulso, un paso dado sin mayor premeditación. Luego, me encontré con la casualidad de que Jeison compartió lazos familiares con Camilo.

Análogo a los recorridos que realicé buscando indicios con personas que tuvieran un vínculo cercano con la vida de Camilo, continué en contacto con Lorena, su prima, una joven de estatura media, cabello crespo ondulado, ojos verdes y una sonrisa delicada que contrasta con su tono de voz. Una de sus grandes pasiones, a parte de las humanidades, es la danza, esa que practicó durante toda su época de colegio y no quiso dejar a pesar de las dificultades económicas que enfrentó para ingresar a la Universidad. Con Lorena pude entablar una conversación cercana sobre lo ocurrido con su primo; ella me permitió hablar sobre el tema con libertad, manteniendo la posibilidad de encontrarnos con periodicidad. No obstante, había espacios de tiempo en los cuales se hacía más complejo ahondar sobre las circunstancias de la muerte del joven estudiante. En

ocasiones, eso se debía a la cercanía en fechas a la muerte de Camilo, pues todo lo que le evocaba recordar los dolores propios de ese momento impedía la fluidez de un encuentro sin volver a la “depre”, como lo decía con sutileza para recordarme que le costaba hablar sobre el tema en ese momento.

Lorena me acercó a Carolina, una muchacha con la que Camilo siempre tuvo intención de concretar una relación de pareja que, finalmente, no logró establecer, porque ese mismo día el enojo con Valentina fue incluso más fuerte y, como lo diría Carolina, él nunca aprendió nada sobre la frustración. Al principio, yo no comprendía a qué se refería exactamente; luego, fui entendiendo que la explicación refería a que “a él todo se lo dieron”, a que “él tenía lo que todos querían y no le faltó nunca nada”, de modo que en esas palabras se refleja no solo el reclamo por lo que se llevó y no retribuyó, sino por el hecho de no lograr aprender, como lo reafirma Carolina, a lidiar con que “no todo se puede tener en la vida”. Carolina es fuerte y está acostumbrada a realizar varias tareas a la vez. Por eso, distribuye el día de tal manera en el que puede cumplir con hacer los trabajos de la universidad, recoger a su hermano del colegio, dejarlo almorzado y listo para ir a la actividad extracurricular, para luego tomar un bus que la deje en el trabajo, del cual corre a sus clases nocturnas.

A groso modo, puedo decir que la presencia de Camilo tiene vida suficiente en estas páginas, gracias a los aportes desinteresados de estas dos adolescentes que permitieron introducirme en la vida emocional de ellas. De igual manera, Carolina y Lorena con la misma empatía con la que ellas dos se relacionan, pues previo a la muerte de Camilo se forjaron lazos de amistad que hasta el día de hoy persisten, del mismo modo estuvieron presentes en cada etapa de escritura, entre ellos, los primeros informes y los borradores que se presentaron sobre el plan capitular que llevaría a la tesis definitiva. Finalmente, fueron ellas quienes lograron ser más acertadas al escribirme cuando mi primo José Daniel falleció.

Por otro lado, un día antes a la sustentación del anteproyecto de tesis, preparándome aun psicológicamente para la carga de estrés que se avecinaba; estando en una peluquería, la estilista que se encargaría de hacerme un cambio de estilo empezó a preguntar sobre qué estaba estudiando, pues llevaba conmigo una copia del anteproyecto aprobado por mis asesores y apuntes señalados con diferentes colores. Luego de contarle sobre mi tema de tesis Juliana (mi estilista) me respondió:

“Mi hermano se suicidó cuando yo tenía quince años”. Durante las horas que estuvimos en el salón de belleza, Juliana me relató este episodio tan impactante en su vida. Después de ese encuentro, pudimos hablar en más oportunidades, pero con mucha dificultad, pues recordar la muerte de Felipe la remitió a los dolores que experimentó su madre y su padre, así como las razones por las cuales Juliana decidió radicarse en Sibaté.

Así me encontré con el testimonio de Juliana, una mujer joven de tez canela, cabello liso aindiado, reconocida en Sibaté por su destreza en materia de belleza. Desde hace quince años, montó un pequeño local en el que empezó a recibir sus primeras clientas y “de poquito en poquito”, logró ir haciéndose a su propia clientela, quienes después fueron recomendándola y hoy por hoy goza de prestigio entre otros estilistas que compiten desempeñando la misma actividad. Juliana, por su parte, no solo se destaca por hacer muy bien su trabajo con las manos, sino que, además, su historia de vida tiene la particularidad de llevar a cuentas el haber presenciado el día en que su hermano decidió morir.

En dichas circunstancias puedo decir que para mí fue difícil pero enriquecedor, en mi formación como investigadora, enfrentarme a la dificultad de entablar una conversación sobre el tema del suicidio, de hablar sobre la muerte de ese ser querido. No obstante, en la medida en que seguí en contacto de a pocos con Juliana, así como con las personas que conocían a Camilo, comprendí que, al igual que con las cosas difíciles, era necesaria la paciencia y estar atenta a los silencios, dado que ellos enseñan hasta qué punto se puede llegar en su historia personal. De manera pausada, fui conociendo las señales propias de cada uno para no invadir o forzar el testimonio de las personas con las que tuve la oportunidad de entablar un diálogo sin violentarlas.

En consecuencia, cada encuentro permitió la reflexión y la creación de las categorías de análisis que se implementaron para el análisis que emprende la escritura del siguiente estudio. Estas categorías fueron propuestas de manera paulatina en el registro del diario de campo y se acudió a una perspectiva en particular para la elaboración de una aproximación etnográfica. Para ello, nos acercamos a la antropología de experiencia que es abordada por Rodrigo Díaz Cruz (1997), un antropólogo mexicano que acude a la noción de “drama social”, un concepto que, según él, es constituyente de las formas de estructuración narrativa de las realidades básicas, que se

organizan mediante el lenguaje; por ello, en los relatos temáticos, las conversaciones siempre partieron de la premisa del lenguaje como institución y producto de un proceso histórico y cultural.

A partir de las conceptualizaciones dadas por Juliana, Lorena, Carolina e, incluso, de manera indirecta, por Samanta, puedo decir que la indagación tuvo como principio el hilar desde sus testimonios particulares, sus modos propios de sentir y concebir el ser doliente de un suicidio, para de este modo tejer una investigación que tuviera como pilar fundamental un proceso reflexivo conjunto, que lograra reunir las maneras en las que cada mujer vivió el ser sobreviviente al suicidio de un miembro de su círculo social. En palabras de su prima Lorena, Camilo era el imán, era el que nos unía como familia; en la forma afectiva particular de Carolina (más fuerte, pero con su propia manera de quererlo), él era el amor de su vida, pues por años estuvieron en una conquista constante y de manera certera. Según ella, lo que generó Felipe con su determinación fue una semilla que crece en las mentes de quienes son dolientes y reclaman como deuda la muerte de quien aman.

Para ubicar al lector espacialmente, describiremos aspectos que atañen a explicaciones propias de algunos pobladores de Sibaté con respecto al suicidio, las formas en que personas que han conocido, de cerca, acerca de la muerte de Camilo y de otros habitantes del municipio, describen, conversan, interpretan el porqué de estos sucesos en el territorio. Quiero aclarar que esta tesis no está orientada específicamente a esas voces, pero el vecino, el conocido, la estudiante de otro curso, fueron parte fundamental para los sobrevivientes en la medida en que les permitió labrar una posición de su ser querido desde la cual identificarlo e incluso situar su muerte. Por otro lado, en el proceso de trabajo de campo, las personas que son ajenas pero que se enteraron, vieron, trataron de explicar de algún modo lo ocurrido, permiten dejar ver la preocupación, el interés por acompañar de alguna manera, porque no siga ocurriendo o por entender si este tipo de situaciones tienen que ver con un evento del pasado que se hizo o se dejó de hacer.

En este punto, es importante, subrayar que, en términos históricos y socioculturales, Sibaté posee población migrante a causa de los desplazamientos internos producidos por los conflictos que se han desarrollado históricamente en el país, con mayor incidencia en la década de 1950 a razón del Frente Nacional, lo que ha sido una constante para que en el año 2018 en el departamento de Cundinamarca fuese priorizado desde la Gobernación de Cundinamarca, como uno de los

municipios con mayor cantidad de víctimas del conflicto armado y, por ello, bajo lineamientos de la Secretaría de Salud del departamento, se dio la necesidad de generar mecanismos institucionales desde los cuales se impacte la salud mental desde diferentes ángulos, uno de ellos, la prevención en torno al suicidio. De acuerdo con el Registro Único de Víctimas (RUV), en el que se referencia 43.259 víctimas en Soacha Cundinamarca y 1.437 en Sibaté, se proyectaron los recursos, el capital humano y las orientaciones otorgadas por el Ministerio de Salud para la ejecución de un Centro de Escucha (CE) que atienda los diferentes requerimientos en el ámbito psicológico de las personas.

Con la intención de abordar la complejidad de esas problemáticas, en el mes de febrero de 2018, me acerqué a las instalaciones de la Secretaría de Salud de la administración municipal con el propósito vincularme como practicante para de ese modo conocer de cerca las proyecciones dadas en el Plan de Desarrollo del periodo (2016 – 2019), en materia de atención, campañas, datos estadísticos, diagnósticos sobre el suicidio en Sibaté. Sin embargo, pese a que la Secretaria de Despacho estuvo de acuerdo y me ofreció todo su apoyo para proponer y generar un producto desde la mirada disciplinar que yo pudiese ofrecer, terminé por cortar mi proceso a mediados del mes de marzo, por orden del alcalde de turno.

No obstante, en el mes y medio en el que pude hacer parte del equipo en conjunto con practicantes de enfermería, psicología, trabajo social, nutrición y dietética, pude identificar que en ese momento en particular no existía una base de datos propia sobre los registros de las muertes por suicidio, pues estas terminaban remitidas como provincia hacia el municipio de Soacha; por otro lado, la estructuración del capital humano que se encargaría de asumir y direccionar las llamadas, alertas anónimas, signos de alarma de un posible factor de riesgo, no contemplaban a los diferentes docentes de las instituciones educativas público – privadas de la zona rural y urbana.

Dentro de las diferentes limitaciones que percibí, formulé ante los funcionarios públicos la urgencia de un proceso de investigación que contribuyera en la creación del Centro de Escucha, pues el producto permitiría apuntar hacia las necesidades reales y permitiría un mayor impacto ante los requisitos que debían ejecutarse y que son promovidos por el Ministerio de Salud. En una de las reuniones con los practicantes, mi propuesta fue respaldada por la asesora departamental de “Asunto de víctimas”, que para el año 2018 no solo dejó sobre la mesa ante las jefaturas de dicha dependencia, que sin un sustento con datos soportados, el ejercicio práctico de esta Zona de

Orientación (ZO) no tendría una hoja de ruta que le apuntara a los objetivos que debían ceñirse a los indicadores exigidos para garantizar usuarios impactados, producidos por la Organización Mundial de la Salud. Entre tanto, desde el año 2020 y en la actualidad, en el Centro Cultural La Quinta, se encuentra un espacio físico dotado con profesionales del ámbito de la salud que se encargan de la Ruta de atención a individuos en riesgo por consumo de sustancias psicotrópicas (SPA), ideación e intento de suicidio.

Puedo decir que, pese al corto tiempo en el que tuve la posibilidad de conocer algunas de las estrategias institucionales que dialogan con el contexto nacional para disminuir las estadísticas en cuestión, se hace necesario un mayor nivel de apropiación de los funcionarios con respecto a la investigación como vehículo para la toma de acciones, así como la emergencia de una base de datos que le permita a la administración pública, medir, revisar, informar a los habitantes sobre las acciones que se pueden tomar, pero también sobre los factores de riesgo y sobre el modo como, de manera colaborativa, la ciudadanía puede ejercer un rol de soporte para lo que es considerado como un problema de salud pública por parte de las autoridades. Por otro lado, en mi experiencia personal, mi mayor limitación fue expresar abiertamente mi identidad política, lo que repercutió en la negativa del alcalde del momento a entregar un producto final que hubiese podido aportar a las acciones que debían realizarse en ese periodo de gobierno.

El documento que usted aprecia en este momento se creó pensando en que cada testimonio de las mujeres que construyeron esta investigación estuviera hilvanado con las narrativas dirigidas, discutidas y aprobadas por ellas, pues, en su particularidad, hemos entendido que no existe una forma de llevar auestas un luto, de subir el tono con rabia y preguntar *¿qué faltó?, ¿qué se hizo mal?, ¿qué se pudo hacer?* O, simplemente, guardar silencio, escribir para desahogarse, redirigir el proyecto de vida, entre otros modos en los que una pérdida cobra poder, ya sea en forma de reclamo o para dotar a una persona de un sentido especial.

Entonces, el contenido de este documento pretende que usted sea capaz de acercarse a ponerse en los zapatos del otro e, incluso, reconocer la posibilidad de identificar en la experiencia de Lorena, de Carolina, de Juliana, las elaboraciones particulares de ellas y, si usted ha tenido de cerca esta realidad, ser un canal ya sea de reflexión como de interlocución frente a un asunto que es tan íntimo como compartido por muchas otras personas que también lo han vivido. El contenido

está pensado en el encuentro con la singularidad de cada realidad vivida, con los colores, las descripciones, las categorías emergentes que fueron sentidas por Lorena, Carolina y Juliana; de igual manera, en mi caso particular como investigadora, con una ausencia que he llevado y seguiré llevando a cuestas seguramente durante mi vida entera.

De manera paralela, en el tiempo en el que se llevó a cabo la investigación, siempre recordé las instrucciones de los docentes Claudia Platarrueda Vanegas y Carlos Alberto Benavides Mora, quienes en el curso formativo de mi carrera, generaron orientaciones en cuanto a la importancia de comprender al territorio, sus dinámicas, para de esa manera realizar una mirada más profunda en cuanto a la razón que implica el estar ahí, el acercarse a las relaciones de las personas con su entorno y el quehacer del etnógrafo. En ese sentido, indagar sobre el contexto histórico de Sibaté, sus modos de poblamiento, las manifestaciones patrimoniales y los esfuerzos porque el municipio fuese a nivel nacional un referente significativo en cuanto a la intervención hacia la salud mental, fueron cruciales para pensar el ser sobreviviente de suicidio en un lugar como en el que se centró el trabajo de campo.

En relación con lo anterior, debo aclarar que, inicialmente, existía una intención por encontrar relaciones que pudiesen establecerse teniendo en cuenta que la historia de Sibaté la vincula a los procesos de configuración de la atención y el cuidado de la salud mental, con la presencia de instituciones médicas y religiosas tales como el Hospital Neuropsiquiátrico Julio Manrique, pues Sibaté tiene reconocimiento histórico a nivel nacional, por ser uno de los epicentros desde los cuales se elaboró uno de los planes psiquiátricos más ambiciosos en materia de salud mental. En la historia de la Psiquiatría en Colombia, el psiquiatra Humberto Rosselli (1968) expone que el Hospital Julio Manrique lleva el nombre de quien desempeñó el cargo de director durante el periodo 1937-1950 del “Asilo de locos”, en la ciudad de Bogotá. Este hospital representó el mayor proyecto de intervención médico-psiquiátrico del país; por consiguiente, permitió la formación de profesionales “psiquiátricos”, como fueron los doctores Luis Jaime Sáenz, Azuero Villamizar, Villa Gaviria, incluyendo al mismo Humberto Rosselli. Esto apoyado por la Beneficencia de Cundinamarca, una competencia institucional de orden público que se alternó para la elaboración de este tipo de proyecciones.

El Hospital fue en principio una congregación reconocida como “el Club de los Externos”; de acuerdo a Álvaro Sanín (1976) esta congregación se dedicó, en conjunto con la Beneficencia de Cundinamarca, a realizar manualidades y actividades “más humanitarias” con los internos debido a que en el pasado el manejo de las enfermedades mentales se daba en calabozos lóbregos o las llamadas jaulas con “propiedad” en los que se recluía no solamente a las personas consideradas como “locas” sino a muchas mujeres “indigentes” o “enfermas de males crónicos”. Siguiendo a Cerón y Buenaventura (2017), en el documento “Sibaté 1967- 2017 cincuenta años avanzando”, en la institución se dio inicio a la práctica de la psicocirugía en 1942 a cargo del neurólogo Mario Camacho, que se encargaba de las enfermedades mentales en los varones, mientras el doctor Julio Manrique estudiaba las diferencias entre los estados mentales en hombres y mujeres. La institución enseñó a todo el país en términos de la psiquiatría, la importancia de la rehabilitación del enfermo mental a través de proyectos como la laborterapia y se posicionó como referencia en el campo científico a nivel Suramérica.

En los centros asistenciales también se encontraba el Centro Masculino Especial La Colonia, que de acuerdo con la investigación de Karen Buenaventura (2019), titulada “Sibaté, memoria legado y tradición”, esta entidad fue construida por una compañía alemana entre 1931 y 1935 con capacidad para albergar a mil personas. Este centro tuvo la colaboración de las hermanas vicentinas cuyo propósito se orientó en ser parte de los tres frentes que la Beneficencia de Cundinamarca buscaba ejecutar, entre ellos una colonia de mendigos (Refugio la Colonia), un asilo de locas (José Joaquín Vargas) y un asilo para niños desamparados (actualmente el instituto campestre). En esa misma dirección, en el cuarto episodio de la serie “Nos dicen Sibateños: Centros asistenciales”² se enuncia a la Casa Asistencial La Quinta como otra institución adscrita a la beneficencia de Cundinamarca, encargada a atender a niños con retardo mental en sus diferentes niveles, esquizofrenia y autismo, de diferentes zonas del país que habían sido abandonados. Los antecedentes en el municipio en función de la intervención en lo que se consideraron anomalías mentales, tuvo un impacto tan importante tanto en el departamento como en el país y es en relación con dichas actividades que también esta característica intentó ser pensada como un puente de

² Vease la serie “Nos dicen Sibateños: Centros asistenciales” en el siguiente enlace dispuesto https://www.youtube.com/watch?v=_A9Jeemf3rE&t=165s

referencia ante la forma en la que el suicidio se modela en las instituciones enfocadas hacia la salud mental.

Sin embargo, el trabajo de campo planteó direcciones diferentes en torno al tema del suicidio, entre ellas algunas representaciones que iban desde la alusión a una maldición que un sacerdote católico hizo al cometer suicidio en el despacho parroquial y que es interpretado como el motivo para la persistencia e, incluso, el aumento de las muertes por suicidio, de un tiempo para acá en la zona. Aunque éste no es el interés de la tesis que aquí se postula y bien pueda ser pensado como una pregunta antropológica muy interesante para un trabajo posterior, lo que sí tuvo una incidencia directa fue comprender el territorio de Sibaté atravesado por dinámicas migratorias, características socioeconómicas y socioculturales que subyacen en los testimonios de las mujeres con las cuales se trabajó durante más de un año respectivamente y que hacen evidentes relaciones estructurales con la inequidad y la desigualdad que son importantes de considerar. Con todo ello, el foco de la presente indagación se mantuvo en los modos en los que las mujeres con las que conversé, como sobrevivientes, afrontaron, experimentaron, conceptualizaron e interpretaron su pérdida por suicidio.

CAPÍTULO I. TRÁNSITOS Y RECLAMOS TRAS LA EXPERIENCIA DE SER DOLIENTE DEL SUICIDIO

Al convertirnos en dolientes por alguna pérdida, se han creado términos que distinguen o que describen un fallecimiento en la vida de alguien. Es el caso del hijo cuyos padres mueren, éste adquiere el rótulo de “huérfano”, o el esposo que pierde a su esposa es un “viudo”, y ¿el doliente por suicidio?, ¿por qué es enunciado como sobreviviente?, ¿qué cuestiones llevan a otorgar esta asignación? Si acudimos a algunas referencias, de acuerdo a la definición del diccionario Word Reference, “se denomina superviviente o sobreviviente a aquella persona que logra mantenerse con vida en situaciones adversas y que por lo general habrían causado su muerte” y, en el Diccionario Enciclopédico Nuevo Milenio, sobrevivir se refiere a “seguir viviendo después de la muerte de otro o después de cierto suceso o plazo”. En esos términos, es evidente que dicha consigna está proponiendo un momento e incluso una vida que requirió serios obstáculos para continuarse.

En palabras del médico palmirano Jesús Alejandro García (2015) “Las consecuencias de un suicidio por ser un acto que por su estigma crea compasión y recelo, sentimientos encontrados. En el caso de familiares y amigos, es difícil y perdura como una marca en el tiempo, es un hecho rechazado, complejo de ajustar, un suceso desconocido donde los más próximos se sienten apartados” (p. 88). En su experiencia como sobreviviente del suicidio de su hija, el médico evoca como los sentimientos encontrados en los otros, terminaron por incidir en él y en su familia, poniendo de presente que este duelo en su complejidad está signado por tabúes y concepciones que generan en el doliente circunstancias en la mayoría de las ocasiones negativas. El siguiente capítulo se acerca a los modos en los que, a través de la experiencia de mujeres que afrontaron este tipo de pérdida, construyeron a partir de un lenguaje propio, todo un proceso de comprensión de lo que les ocurrió.

A partir de las interpretaciones que las mujeres realizan sobre la muerte de su ser querido, se construye, desde sus trayectorias vitales y en relación con sus círculos más cercanos, una idea, un concepto, con el cual deciden explicar su reclamación ante la muerte por suicidio de quien tomó dicha decisión. Comprendiendo esto, el capítulo que a continuación el lector encontrará, es un recorrido hacia las miradas profundas que mujeres como Lorena, Carolina y Juliana, realizaron

sobre este evento que marcó un antes y un después en las vidas de cada una de las personas aquí mencionadas. El apartado a su vez, aunque es la expresión de la singularidad con la que cada una de ellas define la manera en la que este hecho las tocó, es también un camino en el que surgen asignaciones que se comparten más allá de eso, en lo común de la experiencia.

En lo que tiene que ver con la manera en la que se interpreta el hecho, el concepto de *deuda* es persistente en las implicaciones que las acoge, pues desde su vivencia, hay una pregunta que le exige a la persona fallecida una explicación pero que su respuesta solo quién quedó con vida puede intentar resolverla. En ese sentido, parte del reclamo se basa, en una descripción inconclusa o que no reúne todas las causales que generaron en la persona las razones para acabar con su vida, porque la persona no está y no puede “expresarlo”; por ende, se buscan culpables, que pueden estar dados desde el sentido religioso a personas en específico. Por otro lado, la imposibilidad de sostener la vida de quien quiso quitársela, lo que no se entendió a tiempo, lo que pudo haberse hecho, pero no se hizo o lo que se hizo y no fue valorado por la persona que muere y, por último, las consecuencias en los demás, pues sus repercusiones son difíciles y es un acto que deja impregnado en las personas cercanas una responsabilidad así éstas no la tengan; por ello, el nombre “tránsitos y reclamos tras la experiencia de ser doliente del suicidio”, porque llegar a nombrarlo implicó un recorrido labrado por estas mujeres.

El diablo entró y, pues, hizo de las suyas

En el año 2015 hubo un evento que irrumpió grandemente en el acontecer del municipio de Sibaté: la muerte por suicidio de un estudiante de tan solo diecisiete años que se encontraba por finalizar su bachillerato. Según el decir de muchos, contaba con “un buen nivel de vida” y supe, por los rumores de las personas, que era hijo único, consentido por su madre y sus tías. Por esa razón, la noticia no dejó de causar un revuelo, ya que nadie lograba entender el porqué de una determinación tan radical, inexplicable debido a que, supuestamente, el joven contaba con lo que se necesita para sortear el diario vivir. Cuando esto ocurrió, apenas estaba por definir mi tema de investigación y aun no tenía idea de que este sería un hecho tan significativo para mí. Solo fue hasta cuando, caminando entre calles, escuchaba a las personas con su parloteo y sus elucubraciones, en las que se decía: “ese muchachito no sabía que era la frustración”, “eso como que fue por una noviecita

que lo dejó”, “estas muertes están volviendo por ese cura que se pegó el tiro en el despacho parroquial”, “no valorar lo que la mamá hizo por él”. Este tipo de frases, a modo de interrogación o cuestionamiento moral, fueron las que me encontré mientras iba en el transporte de Sibaté a Bogotá, mientras caminaba con mi madre realizando diligencias, al ir por el mercado o cuando nos encontrábamos con que otro más comentaba acerca de la muerte de Camilo.

Nunca pensé que los comentarios sobre alguien que se quita la vida pudieran invadir tanto, hasta que, tiempo después, *Monito*, mi primo, muriera en su residencia universitaria. Ese mismo tipo de comentarios y cuestionamientos me tocó librarlos a mí y escuchar que se hablara del “estudiante de Derecho que se mató”. Esto ocurría cuando subía las escaleras de la Universidad o cuando caminaba por algún pasillo donde había más estudiantes, tanto así que en oportunidades decidí encarar y decirles que estaban hablando de mi primo, pues mi color de piel nunca hubiese delatado que un joven tan blanco y además pelirrojo tuviera que ver conmigo. Era tan frustrante abrir mi Facebook y percatarme de que, al pertenecer al grupo de estudiantes de la Universidad, se realizaran publicaciones sobre si alguno conocía lo que ocurrió con mi primo y la popular pregunta: *¿Por qué?* Llegué a escribir al respecto y nunca más se habló del tema, al menos por ese espacio. En los momentos en que ocurrieron las muertes de Camilo y, años después, de mi primo, entendí que esa cavilación de las personas sobre el impacto que deja el hecho de que un joven no quiera vivir más se presenta tras la búsqueda de claridad sobre qué cosas fueron las que detonaron las circunstancias necesarias para que algo de esa naturaleza ocurriera.

En principio, llegué a Camilo por lo que decía la gente de él, pero la gente que no conocía su realidad, al menos de manera tan cercana y, luego, personas que conocían su círculo más importante, me permitieron el contacto con Carolina y Lorena, quienes fueron conversando acerca del modo cómo, en un momento de sus vidas, había llegado Camilo a estar tan cercano y a ocupar un lugar que aún conserva de diferentes maneras en la vida de estas dos jóvenes. Es valioso escuchar quién era, qué le gustaba, cuáles eran sus amigos, sus intereses, como había sido su vida, pues en ese reconocimiento era posible para ellas dos hablar de Camilo sin que todo el centro estuviese ligado necesariamente a un acontecimiento que, en palabras de ellas, era solo una fracción de lo que él vivió y de lo que pasó con él; por eso, aunque mi inexperiencia me llevara a, necesariamente, preguntar por el suicidio, fueron ellas las que con sutileza me indicaron la importancia de alejarnos de ese momento como centro.

A través de conversaciones que se solían dar en horas de la tarde, empecé a escuchar quién había sido Camilo, cuáles eran las frases que tenían mayor relevancia para ellas y a volver sobre un tema que no se tocaba con todas las personas; ese tema se tocaba entre ellas y en ese proceso no se les permitía el ingreso a otros que “quisieran escudriñar de forma morbosa” acerca de la muerte de Camilo. La antropóloga María Alejandra Ortiz López (2018), en su trabajo de grado titulado “Sobre vivir ausencias, velar la muerte y rehacer la vida en el teatro. La ruta de las mujeres buscando los cuerpos de las víctimas de la violencia política en Colombia”, expone que uno de los elementos que deben hacer en su caminar las mujeres tiene que ver con el pasar del silencio al habla y es aún mayor el propósito de respaldar a su ser querido en su inocencia, en la necesidad imperiosa de aclarar y mostrar que su muerte fue injustificada e injusta y “que su vida fue una buena vida” (p.74). Aunque pudiese parecer abismalmente diferente, la experiencia de ser doliente del suicidio también tiene matices que las reúne en un proceso semejante alrededor del hablar, del construir a una persona, Camilo, cuya vida no solamente estuviese marcada por el suicidio; la lucha de estas dos mujeres también tiene que ver con restituir la memoria de esa “buena vida” de la que no se ha hablado, de una vivencia que se silencia.

De manera análoga, Vanessa Ramos Rueda (2020), en el apartado “Resignificar la muerte”, de su tesis de antropología titulada “Estoy realmente cansado: ya no puedo más. Estudio antropológico sobre el suicidio en hombres jóvenes en Bogotá”, cita a Ana Campo Araúz (2018), cuando se contempla que las razones por las que el suicidio resulta ser un tabú tienen que ver, precisamente, con este tipo de muerte que no es natural, pues pone en entredicho un supuesto “instinto de supervivencia” característico de la vida; es, a su vez, según la autora, un acto que implica premeditación, lo que produce miedo, invisibilización y silenciamiento; una experiencia límite, en donde solo quien lo realiza con éxito sabe por qué lo hizo, mientras que la imposibilidad de los dolientes de conocer el por qué causa un dolor profundo. En ese sentido, ser doliente de un suicidio es una carga más pesada porque quien se queda lo está llevando a cuestas, es una acción que debe mantenerse oculta, ya que va en contra de lo que se concibe como parte del orden ideal en la cultura.

La vida de Camilo había sido definida, pensada, rastreada, establecida, en un registro de Medicina Legal, en el que se integra a las estadísticas nacionales, pero Camilo tenía una madre, pertenecía a un colegio, profesaba un credo religioso, tenía un círculo de amigos y había construido

relaciones significativas con estas dos jóvenes. Rodrigo Díaz Cruz, siguiendo a Turner (1997), aborda el concepto de experiencia, con el que sugiere que la vida no es una marcha o flujo uniforme cuando se narra, sino que está elaborada con historias, cada una con su particularidad o trama; estas a su vez son un vehículo para la objetivación en primera persona de la experiencia humana. Cada experiencia narrada aporta la comprensión reflexiva de un episodio de una historia posible y constituida como memoria, una forma de llegar a nuestra hondura a partir de medios intersubjetivos; por ello, la construcción de discursos de quienes conocieron a Camilo es la tela intersubjetiva que se tejió de manera activa, superponiéndose a la evasiva que sugiere la imperiosa presencia del silencio.

Volviendo sobre las narrativas múltiples que configuran la profundidad de una experiencia como la que vivieron las dos mujeres, es valioso introducir los relatos de Lorena y Carolina, cuyas visiones han sido acompañadas de las representaciones realizadas por sus familiares, en los que se apoyaron para pensar qué pasó en el momento final de la vida de Camilo, mientras ellas seguían conservando esa otra parte que hilan poco a poco cuando se refieren a él. En la mirada de la abuela de Lorena, por ejemplo, el suicidio de Camilo tuvo que ver con que el Diablo estuvo presente de alguna forma. Al menos así lo manifestó Lorena en la primera cita en la que, al final de la conversación, llegamos a *¿qué pudo haber ocurrido?* Es en ese momento en el que Lorena con desconcierto dijo: mi abuela lo conocía porque en casa éramos con Camilo una familia y cuando ella se enteró, mientras yo lloraba al lado de ella, dijo, “el diablo entró e hizo de las suyas”.

Retomando el interrogante sobre el modo como las personas que hacen parte del hecho (bien sea por pertenecer al mismo colegio, al barrio, a la misma ciudad) terminan invadiendo con preguntas y elucubraciones el proceso de duelo, es pertinente el libro *Cuando te gustaban las cosas* de Jesús Alejandro García Echeverry (2015), un médico de la ciudad de Palmira que escribe a raíz del suicidio de su hija María. Este padre de familia describe su duelo, los libros por los cuales transitó, las ayudas que tuvo y uno de los mayores desafíos al inicio de la muerte de su joven hija, que describe de la siguiente manera:

“Cuando sucedió la muerte de mi hija, se nos acercaron tres grupos religiosos. Nunca olvidaré que uno de los grupos que visitó nuestro hogar -ni siquiera habían pasado cinco días de lo ocurrido- era de jóvenes universitarios que pertenecían a una congregación, tres

personas, una de ellas subió al cuarto de María y lo miró con cuidado y seguridad, revisó su biblioteca (en esos momentos uno se encuentra con una alta sensibilidad, necesita ayuda y tiene la puerta de su vida abierta). Comenzó a mirar los libros que parecían no gustarle: Abad Faciolince, Mendoza, Caicedo, Cervantes, Melville, Borges, Benedetti, Neruda, Erich Fromm, Oppenheimer, Poe, los afiches de los Beatles y de “Imagine”; no sé qué no le gustó, pero lo encontró: te hacen sentir culpa (lo cual riñe con la recomendación del psiquiatra de cero preguntas) (p. 19).

Las preguntas y los prejuicios son parte de la razón por la cual las dolientes se refugian buscando intimidad, pero además construyen las interpretaciones con mayor cariño que entre ellos y sus seres queridos pudieron tejer en conjunto. Al recordar esos primeros días, Carolina dice que para ese “entonces, la gente empezó a decir que fue por una vieja, que yo creo que se inventaron hasta que fumaba, o sea, de todo”. Debido a esas asignaciones de causa y culpabilidad, que terminaron por generar un daño, fue que cada mujer buscó encontrar sus propias ideas con los suyos, con los que podían decir en realidad algo sobre Camilo, pero con afecto. Por eso, para Lorena, la explicación de su abuela le era más coherente, porque exculpaba a Camilo por haber sido preso de un momento en el que la maldad lo atrapó.

Lorena

Familia & firmeza 💎
Nada que hacer, ¡Siempre vamos a estar juntos!
Los amo 🍷👉
#JNSP♡

(Nota tomada del archivo personal de Lorena año, 2015)³.

Lorena es una joven delgada, con cabello claro y ensortijado, con voz fina, que siempre tuvo como objetivo en su vida lograr ingresar a estudiar Psicología en la universidad. Desde que era apenas una niña, estuvo en grupos de danzas y consiguió presentarse en diferentes eventos en distintas zonas del país, participando en espacios en los cuales conoció amigos de otras partes del mundo,

³ Las siglas hacen referencia a las iniciales del grupo de amigos en el que se encontraba Lorena y Camilo, entre ellos se destaca el símbolo del ángel en el que se incluye a Camilo. “J: Juan Camilo, P: Paula Lorena”.

entre los que destacan dos jóvenes de México con los que estableció un lazo muy estrecho que se mantiene hasta el día de hoy. Lorena siempre se caracterizó por forjar vínculos cercanos; muestra de ello era el cariño en sus palabras a la hora de hablar de la valentía de su madre en la crianza de ella y de su hermana, pero también su nivel de compromiso con la abuela, una mujer que padece de demencia senil. Ofrecerle los cuidados necesarios, asumir los costos de su manutención e, incluso, paliar el desconocimiento de cómo lidiar con escenas de rabia por parte de la mujer mayor, eran un verdadero desafío diario, que solamente el amor podía solventar.

Para esta joven, es un reto pensar en apoyar a su madre con los gastos de la casa, pues la carga que la madre de Lorena lleva a cuestas es muy pesada, no sólo porque su salario tiene serias limitaciones, sino por su jornada laboral y el montón de sufrimientos y sacrificios que Jimena, la madre de Lorena, guardó durante años tras la separación con el padre de Lorena. Por esta razón, el pago de la Universidad, los pasajes para transportarse, las copias, los almuerzos, los diferentes gastos que se dan en el día a día del estudio que se emprende, venían siendo una obligación demasiado onerosa y las dificultades económicas no le permitieron seguir estudiando hacia mediados del año 2018. Con todo eso, la razón que la impulsó a no abandonar el propósito de estudiar fue un evento que marcó su vida, a su familia e, incluso, al grupo de amigos con los que solía relacionarse.

A Lorena la conocí por casualidad, en un momento de mi vida en el que no había tenido relación directa como doliente del suicidio; por el contrario, mi conocimiento en el tema se reducía a los reclamos de mis familiares a un tío que nunca conocí y una inquietud asociada a indagaciones de psiquiatría clínica que apenas venía plasmando en mi proyecto de investigación, con preguntas muy generales sobre cómo las personas asignaban significados a lo vivido en la experiencia del suicidio. Sin embargo, luego de una conversación en la que establecimos una cita en un pequeño restaurante, Lorena, con sutileza y generosidad, me contó que decidió llegar al lugar y asistir a la entrevista porque, como su primo, hay muchas personas que fallecen, pero las personas no cuentan con la capacidad de entender que “el suicidio es un problema” y que se puede hacer algo si se entiende que no es un juego.

Esta joven, en medio de lágrimas e incluso manifestando con sus manos paso a paso lo que vivió, se dispuso a contarme cómo fue que Camilo, su primo, se convirtió en su amigo, siendo un

joven que, estando a punto de terminar su último grado de bachillerato, tenía la motivación de elegir la Psicología como profesión. Lorena me contó con una sonrisa en sus labios que Camilo era un muchacho vanidoso, que olía rico, que nunca le faltó nada, que en su casa Camilo tenía los antojitos de los cuales Lorena carecía y que, desde mucho antes de salir del colegio, tenía resuelto el pago de la matrícula de la carrera a la que iba a aspirar, una vez terminara su bachillerato. El inicio de su cercanía con Camilo tuvo que ver con el hecho de que otro primo los acercó en diferentes reuniones familiares y logró crear un grupo de amigos con edades e intereses similares.

En el curso de un año, Camilo y Lorena empezaron a ser confidentes e incluso a ser motivo de críticas, por señalamientos de un posible noviazgo fallido y por la actitud defensiva de ambos frente a los otros muchachos de su edad, motivo por el cual sentaron diferencias con otros jóvenes y también limaron asperezas con otros, creando sin pensarlo, formas desde las cuales relacionarse, maneras desde las que se sostenían relaciones de pareja, pero también el comprender los modos en los que se entendía la lealtad, la amistad y las manifestaciones de ello en sus prácticas de vida. Parte de la tristeza y de la reflexión de Lorena se basó en el no haber hablado a tiempo, en el hecho de no contar lo que estaba pasando, lo que el grupo de amigos que se había conformado guardara silencio frente a las dificultades de cada uno de los integrantes.

Para Lorena, el “ser fuerte” no es solamente un don, sino un requisito constitutivo para la persona. Lorena me contó que, después de vivir una relación tormentosa con el padre de Lorena, su mamá, Jimena, se encargó sola de ella y de su hermana Valeria, de tan solo seis años y que “lo había dado todo por ellas”. El objetivo de Lorena era lograr corresponder; por esa razón, guardaba silencio y mantenía como suyos los problemas, las ideas de muerte ante las adversidades que Camilo solía comentarle cuando hablaban. Esta joven no podía entender que él deseara morir, pues significaba no pensar en los sacrificios que también hizo la madre de él, quien también era madre soltera.

“Siento que en eso yo fallé, porque yo debí haberle dicho como... no sé, haberle hecho entender las cosas de otra manera, ¿sí? Y, pues, nada, súper chocantes, peleamos, le dije que era lo peor, mejor dicho, terrible. Camilo decía que estaba aburrido de la vida, que todo le daba fastidio, que estaba mamado. O sea, yo digo, pues, como que yo pensé aburrido por qué, si prácticamente ya iban a empezar a organizarle la universidad, o sea, para que saliera

del colegio y de una ya tenía la universidad; muy pocos tienen ese privilegio de decir que pueda estudiar el próximo año y me van a pagar todo. La mamá en ese aspecto era súper y, pues, aparte, se vestía muy bien, o sea, no le faltaba nada; digamos que, a nivel material, todo lo tenía, pero entonces como que se sentía vacío (...) (febrero de 2018).

El acompañar, el estar diariamente con su madre, su hermanita y su abuela, era difícil, porque Lorena siempre vio a una mujer joven, como su madre, trabajar de manera imparable para dar cuenta de las exigencias del diario vivir, pues ellas no tenían la solvencia económica de la cual Camilo gozaba; por eso, para Lorena, que Camilo no valorara las posibilidades con que contaba era inaceptable y no tenía sentido; para ella, la crisis producida por las limitaciones económicas era una situación constante y el estar ahí como apoyo para retribuir, de alguna manera, como cocinar mientras su madre estaba en el trabajo, estar al cuidado de su abuela y su hermanita, era su contribución a ese amor que se entrega con esmero en apoyo a una crianza difícil.

En las ciencias sociales y humanas, más específicamente en la Psicología, se suele explicar que realizamos interpretaciones de la realidad basados en nuestra trayectoria vital; sin embargo, la rabia de Lorena que actualmente es pensada con culpabilidad, por el desconocimiento hacia Camilo, pues según ella “es un complejo que viene desde siempre”, esta es la causa que llevó a la muerte del joven estudiante de colegio. Existe el concepto de *intercambio* equitativo de bienes que es importante aquí. En el artículo de Ricardo Gabriel Abduca (2007), titulado “La reciprocidad y el don no son la misma cosa”, el autor describe que los pitagóricos concebían la reciprocidad (*antipeponthos*) como una forma de justicia: que cada uno sufra lo mismo que le hizo sufrir al otro aparece como un tema de venganza, un intercambio equitativo de males (acciones perjudiciales), así como el del intercambio equitativo de bienes (objetos útiles). Los dos conceptos tienen que ver con una justa distribución del producto social, con la solidaridad social y el altruismo, donde a su vez se ubica un carácter ubicuo que atañe a la reciprocidad desde la distribución económica, la justicia jurídica y la justicia política. En ese sentido, desde la perspectiva de Lorena, su vida no pudo sostenerse, crecer, llegar hasta lo que es en el presente sin su madre; entonces, el no contribuir desde alguna forma, es romper de manera injusta con una relación que ha sido la naturaleza de su vida con su familia.

En cuanto a la necesidad de retribuir, la tesis de antropología de Lina López (2018) “Levantar la vida. Lecciones sobre vitalidad, crianza y carácter en San Juan de Arama (Meta, Colombia)”, aborda el tema del modo en que las madres forjan el carácter de sus hijos, en la lucha cotidiana de dos mujeres en el proceso de la crianza por sacarlos adelante, por levantarlos, “bregando” porque estén bien. Aunque estén agotadas siguen en pie. Según la autora, desde la perspectiva de las madres llaneras con las que trabajó, criar es jugarse una vida por otra, de modo que la vida de otros se levanta con la vida propia (p. 36). Es allí donde se construye una relación que requiere del otro constantemente y la compensación en términos de las mujeres de esa zona del país es que levantar implica ser una guía para que, así mismo, aprenda a ser una persona fuerte; en esta etnografía se muestra que forjar el carácter implica “ser guapo” y la crianza en sí misma es un esfuerzo continuo, donde el mayor pago es el sostenerse frente a las dificultades, cuando “la vida es difícil”.

Lorena reveló su inconformidad y frustración hablando conmigo, mientras recordaba los consejos que pudo ofrecerle a Camilo cuando él le expresó su deseo por morir. Esa inconformidad tenía que ver con el reconocimiento acerca del trabajo que emprende una madre soltera, como la de ella y la de Camilo, para criar, para que no les faltara nada, porque esa entrega, esa lucha, también tiene un propósito y es que su vida se mantenga en pie, que tenga frutos, tales como el título de la Universidad a la que aspiraba, la creación de una familia o cualquier logro que reflejara el esfuerzo personal. En resumidas cuentas, el no sucumbir, como fruto de la perseverancia y ese esfuerzo que se mantuvo tuvo con la vitalidad de quien forjó a la persona en el proceso de la crianza. Estas cavilaciones hicieron parte de las conversaciones que Lorena tuvo conmigo, en donde se expresaban los reclamos que le hacía a Camilo y a ella misma.

Carolina

Ella tiene claro que para salir adelante es necesario trabajar, por eso se ha empeñado en adquirir experiencia y apoyar a su madre con su hermanito de ocho años. Es brava, porque si no se enfrenta se la montan, pero cuando de querer se trata, entrega lo mejor de sí misma, pues así le enseñó su madre. Carolina tiene dieciocho años y, desde los diez años, aprendió a cambiar un pañal, a hacer un tetero, a dejar el almuerzo listo desde temprano para que su padrastro, la mamá y ella pudieran

irse a realizar sus otras labores. La relación con su padre es inexistente, es un tema del que habla con otros que hayan pasado casi por lo mismo; por eso, también su afinidad con Lorena y con Camilo, pues ambos se preguntaron siempre acerca de las razones por las cuales nunca tuvieron un contacto cercano con sus respectivos padres, por qué no fueron partícipes de los momentos más significativos de sus vidas, entre otras cuestiones que se piensan cuando un padre no está presente.

Carolina me contó que no tener un padre fue una inquietud que siempre la mantuvo en un limbo, entre la tristeza y la rabia, pues no entendía si algo estaba mal con ella. Siempre le preguntó a su mamá por qué se terminó la relación, por qué su padre se desprendió de conocerla, de saber si crecería pareciéndose a él. En muchas oportunidades pensó si su padre la celaría cuando empezaran los muchachos de su edad a proponerle tener una relación o si estaría presente en los momentos más especiales, como su graduación o sus quince años. No contar siquiera con el apoyo económico de su padre, llevó a Carolina a ser una aliada de su madre, pero también a buscar una carrera universitaria que le diera lo necesario para alcanzar su sueño de irse a vivir en Australia. Desde muy pequeña ha sido fiel católica, tanto así que antes de irse a la Universidad o después de llegar de una jornada larga, se bajaba del bus a misa de seis, pues es ahí donde siempre puso sus angustias, sus deseos y sus metas.

Carolina tiene el cabello ensortijado, color castaño claro, es blanca y tiene ojos miel; su voz es gruesa, como si esta delatará parte de su personalidad. En primer momento, cuando Lorena me permitió el número de Carolina, las primeras preguntas que me hizo por medio del WhatsApp fueron ¿Cómo tuvo mi número? ¿Para qué? ¿Usted es cercana a Lorena? Y después de resolver una serie de preguntas en relación con los objetivos de mi investigación, aceptó una cita en una de las cafeterías del municipio. Cuando la vi ingresar, la vi cansada, como develando un ajeteo en el que su tiempo se acortaba. Al ingresar al interior de la panadería, ella me manifestó haberse levantado muy temprano, dejar el oficio de la casa terminado, el almuerzo, haber llevado a su hermano al colegio en la mañana y tener exactamente cuarenta minutos antes de que fuese la hora de la salida del colegio, pues debía correr, darle el almuerzo, cambiarle el uniforme, para luego llevarlo a la escuela de fútbol y salir corriendo a Bogotá, para tomar sus clases en la Universidad.

Después de escuchar la definición de un horario tan copado de responsabilidades, entendí que el tiempo sería un limitante importante, pero luego, afortunadamente, la circunstancia de que

Lorena no hablara con cualquiera y se guardara para sí mucho de lo que sucedió entre Carolina y Camilo, abrió una puerta para la conversación conmigo, en la que la experiencia de lo vivido con Camilo pudo ser contemplada desde una óptica diferente. Es valioso reconocer que Francisco Ortega (2008) alude a que Veena Das considera que el testimonio es una herramienta cotidiana que es el vehículo de acceso al conocimiento hacia las experiencias de las violencias vividas por las personas. Según esa revisión, en los procesos de aflicción existen tres formas en las que el relato cobra sentido. En primer lugar, es el nombrar lo que pasó; en segundo lugar, hacer y acompañar el duelo, incluso, en el silencio, con solo el cuerpo silente como testigo; por último, establecer una relación con otros. El volver por los parajes de la memoria y relatar, aunque fuese difícil, fue fundamental para seguirnos viendo, para que Carolina pudiera sentir “que duele, pero cuando te acompañan, te escuchan, es un poquito menos feo, como más llevadero”.

En los encuentros con Carolina, lo primero que hicimos fue hablar de lo que sucedió con Camilo, pero a diferencia de las minucias de los últimos minutos de vida de este joven, la “impotencia” que mantenía presa a Carolina era el hecho de que Camilo no hubiese contado con ella, no la hubiese querido involucrar ese día y dejara abierta la pregunta de si quería ser su novia; una pregunta a la cual nunca pudo responder. De modo que pensar en Camilo era contar una historia de amor que venía dándose tiempo atrás, pues ambos fueron compañeros del mismo colegio durante varios años y su amistad era tanta, que casi que a diario solían escribirse si ya habían almorzado, si todo se encontraba bien, pues una característica de Camilo era el estar pendiente de todos, el alegrar con frases simples un espacio, pero también demostrar que ocupaban un lugar importante en su vida. En palabras de Carolina, los días previos a lo ocurrido fueron especiales porque estaban por concretar un anhelo de un sentimiento que Carolina tenía.

Estábamos en la preparación de un congreso y nos llamaban y el cogió mi celular y moleste y le puso una clave que era con voz, tenía que ser con la voz de él; entonces, moleste y moleste. Entonces, me dijo: — Caro ¿Quiere ser mi novia? Entonces, me dijo: — Pero no me lo diga ya, me lo dices el sábado. El sábado teníamos un congreso que era para recoger fondos para nuestra excursión. Entonces, eso fue el viernes, no, era un veintiséis de marzo, no me acuerdo qué día era con exactitud. El sábado teníamos un congreso, creo que eso fue el jueves, el día que pasó eso fue un jueves y pasó el viernes y el viernes no teníamos clase, no me acuerdo porque era, y teníamos que organizar el coliseo para esas cosas. Entonces,

me dijo que no le dijera, que se lo dijera hasta el sábado, el día del congreso y la profesora nos puso juntos para poner las manillas de la gente que entrara al congreso. Entonces, íbamos a estar juntos ese día, ese día teníamos círculo de inglés; entonces, no sé, no entiendo, ¿qué pudo pasar? (abril de 2017).

Camilo, para Carolina, era “un amor del colegio”. Aunque no siempre fue así, porque todo comenzó como una amistad muy cercana. A ambos los conocían en las casas de cada uno. Carolina, por ejemplo, conocía a Amalia, la madre de Camilo, e intercambiaban mensajes sobre los horarios en los que se regresaban a sus viviendas. Los permisos para ir a ciertos sitios estaban dados si uno iba con el otro, almorzaban juntos, solían contarse las historias de amor de cada uno. Estaban cursando el mismo grado, tenían los mismos amigos y aquello que para Carolina fue fundamental en relación con esos momentos en los que le dolía recordar que su papá nunca estuvo, fue el hecho de Camilo también hubiera sido criado por una madre soltera que, además, se encargó de él en todo. Carolina volvió muchas veces sobre cada partecita de la historia y entre tanto su frase para reclamar lo que sucedió fue: “sigo sin entender por qué no me dejó decirle nada, por qué no me dejó escucharlo”.

En este punto, es interesante el análisis que hace Vanesa Ramos (2020), aludiendo a la manera como el género es una de las condiciones que terminan por limitar la expresión de los sentimientos e, incluso, el trámite de los dolores, pues de acuerdo con su trabajo, realizado con jóvenes universitarios en la Pontificia Universidad Javeriana, “el hecho de no encontrar los espacios o las personas que les den seguridad para desahogarse puede desencadenar una serie de sufrimientos que en algunos casos terminan en el suicidio” (p. 45). Sin embargo, el asunto en relación con manifestar lo que se siente en el caso de los hombres va más allá de tener la opción de crear un espacio y “desahogarse”, sino que se trata de tener las habilidades para asumir una emoción como la tristeza. A ello alude, en una conferencia virtual, el psiquiatra Santiago Duque, afirmando que:

“El duelo, por definición, no se medica, hay que vivirlo, hay que disfrutarlo, hay que vivir esa emoción, porque la sociedad actual no se permite sentir tristeza. El trabajo de fondo es

todo ese aprendizaje de elaborar toda la emoción que llega, que es desagradable, y empezar a buscar aspectos positivos”⁴.

Volviendo sobre lo anterior, es de destacar que culturalmente el hecho de exponer la tristeza se atribuye al ámbito de lo femenino, mediante frases típicas como “los hombres no lloran”, “deje la maricada”, y que el atributo femenino una experiencia de personas débiles. Como sostiene Ramos (2020), se ha normalizado la idea de que las únicas personas que pueden expresar abiertamente su tristeza y que pueden pedir ayuda y sentir dolor somos las mujeres. Eso ha causado que se establezcan roles de género también en lo emocional, con la expresión de ciertos límites en las herramientas que tenemos disponibles para lidiar con un momento de la vida, con un duelo, con una situación en particular que pueda generar desconcierto. Es allí donde cabe preguntarnos también acerca del modo como los prejuicios que se asocian a identidades de género cumplen un papel ya sea positivo o negativo en las maneras en las que se desenvuelve la vida de las personas y que se afronta la existencia como posibilidad.

“El suicidio es como una semilla”

El término semilla proviene del latín *seminia*. Es un concepto polisémico porque adquiere diferentes sentidos, entre ellos el que nos interesa, pues según el Diccionario de la Lengua Española, Semilla es “cosa que es causa u origen de que proceden otras, especialmente de un sentimiento o una cosa inmaterial”. En relación con los relatos que nos ocupan, esa cosa inmaterial es el suicidio, como un acto con una fuerza que se reproduce, que presenta algún tipo de poder, pues crece de alguna manera. Con la frase “el suicidio es como una semilla”, Juliana describe la potencia negativa que ese acto generó en su vida, pero también en la existencia de su madre y padre. Dicho esto, no es posible entender el concepto de suicidio como una semilla, sin acercarnos al camino recorrido por Juliana, una mujer que creció en un contexto campesino, que, su vez, en el trayecto para llegar a esta premisa, estuvo siempre en diálogo con las repercusiones de un evento que fijó un antes y un después. Entiéndase, entonces, que desde la epidemiología se ha aludido a este tipo de muerte como problemática en la medida en que replica en la vida de otros que se

⁴ Conferencia realizada por el Psiquiatra Santiago Duque titulada “Te amo, pero puedo vivir sin ti” puede verse en el siguiente enlace <https://www.youtube.com/watch?v=28eHosHL4ps>

encuentran en el mismo entorno, de la misma manera en la que Juliana lo argumentó; por ello, el siguiente fragmento habla tanto de la siembra como de ella.

Juliana es una mujer reconocida en Sibaté por su destreza en materia de belleza. Desde hace quince años, montó un pequeño local en el que empezó a recibir sus primeras clientas y “de poquito en poquito”, logró ir haciéndose a su propia clientela, quienes después fueron recomendándola y hoy por hoy goza de prestigio entre otros estilistas que compiten desempeñando la misma actividad. Juliana, por su parte, no solo se destaca por hacer muy bien su trabajo con las manos, sino que, además, su historia de vida tiene la particularidad de llevar a cuentas el haber presenciado el día en que su hermano decidió morir.

En dichas circunstancias puedo decir que para mí fue difícil pero enriquecedor, en mi formación como investigadora, enfrentarme a la dificultad de entablar una conversación sobre el tema del suicidio, de hablar sobre la muerte de ese ser querido. No obstante, en la medida en que seguí en contacto de a pocos con Juliana, comprendí que, al igual que con las cosas difíciles, era necesaria la paciencia y estar atenta a los silencios, dado que ellos enseñan hasta qué punto se puede llegar en su historia personal. De manera pausada, fui conociendo las señales propias de cada uno para no invadir o forzar el testimonio de las personas; puedo decir que mi cercanía con Juliana fue positiva, pues ya Juliana conocía de antemano mi procedencia, mi familia, mi trayectoria y mis intereses; no obstante, como era de esperarse, Juliana me solicitó saber de qué se trataría mi trabajo de tesis y qué escribiría sobre lo que yo encontrara tras nuestras conversaciones. De esta forma, consensuamos una serie de visitas en las que me describió las formas particulares en que ella, con su familia, asumieron su duelo hasta lograr que ese dolor se volviera llevadero.

Juliana

Juliana es una mujer joven, fuerte y tiene en su expresión la seña de haber trabajado desde temprana edad, como lo demuestran sus manos; tiene cabello negro, ojos oscuros y una voz delicada. Desde que la conozco, ella consigna con cuidado en un cuaderno escolar cuadriculado cada cita que sus clientas le agendan, mientras su esposo se comunica en medio de un zaguán que los mantiene informados en lo que necesitan el uno del otro. Aníbal, su esposo, se encarga de las ventas en la

tienda que montaron en uno de los costados del primer piso de la casa, mientras Juliana tiene su aviso de peluquería en la parte frontal, que le permite una mayor entrada de dinero. Así, se sostiene la economía de su hogar, de donde se benefician también sus dos hijos, dos jóvenes que se encuentran en la universidad, ambos en semestres avanzados debido a que se llevan, cada uno, dos años estudiando, como lo trae a la conversación cada vez que hablamos sobre sí y cómo hizo para llevar a cabo su crianza siendo tan seguidos. Por eso, cuando ella vuelve a recordar esos días, lo dice abiertamente: “Yo la embarré muy joven, yo tenía diecisiete años y ya mamá, criando, yo estaba muy china [...]. Eso era una cosa dura, yo con dos chinos, es que eran muy seguidos, se llevan dos años, tenía un año y piquito y yo embarazada de la otra”.

En medio de secadores y el olor a tinte de cabello esparcido por el ambiente, reconozco a Juliana desde que yo tenía si acaso seis años, esa mujer a la que tantas veces había puesto mi cabeza para hacerme cambios radicales de estilo, pero que ahora conocía desde su trayectoria vital. Era Juliana la persona que luego con confianza fue acercándose a su vida, a cómo “conoció a Dios”, cómo llegó a aprender a cortar, realizar decoloraciones en infinidad de cabellos, a la par a convertirse en una madre entregada, una esposa fiel que ha soportado decepciones, pero que ha conservado la convicción de que la unión entre un hombre y una mujer es para toda la vida, sin importar lo que pase.

Al ritmo de música cristiana, ella recordaba cómo llegó a Sibaté siendo menor de edad; cómo tiempo después de ser madre de sus dos hijos inició sus primeros cursos para realizar cortes de cabello, tinturas y con lo que lograba reunir de cada trabajito fue de a pocos comprando cada cosita con que equipó su salón de belleza. En un principio era un pequeño espacio que, poco a poco, se convirtió en un lugar más grande en la casa que con mucho sacrificio había adquirido. En esta casa había de todo: había una tienda en la que su esposo Aníbal apoyaba con sus ventas el pago de los recibos y el impuesto predial, entre otros gastos; en el segundo piso funcionaba un café internet y en el garaje se encontraba Juliana, acrecentando su fama como estilista.

Juliana recuerda que, al llegar a Sibaté, originaria del Tolima, su figura era menuda; era delgadita, delgadita, porque cuando salió del pueblo era aún muy sardinita y no sabía nada de nada. Eso incluye al amor, pues conoció siendo muy joven al que hasta el día de hoy sigue siendo su esposo. En esos días Juliana tenía si acaso 17 años, cuando comenzó su primer trabajo en una

panadería de Carmen de Apicalá en la que decidió emplearse a causa de los diferentes altercados que presenciaba en casa entre su madre y su padre. Años después, luego de haberse ido del Carmen, su hermana María del Mar, también en búsqueda de su progreso personal, emprendió su camino en apoyo a las labores de su hermana Juliana.

María del Mar y Juliana no solamente tenían en común sus rasgos físicos tan marcados; además de ser hermanas, ambas decidieron dedicarse al mundo de la belleza y en ese camino buscaron ser un apoyo la una de la otra; tanto así que María del Mar trabaja dentro del salón, especializándose en el arreglo de uñas de pies y de manos, mientras Juliana corta, cepilla, tintura, peina el cabello, pero también le jala a la maquillada, al igual que a la echada de la Keratina, “que es tan cansona porque toca dedicarle casi todo el día, es repasar y repasar cada fragmento de cabello para asegurarse de que la clienta quede completamente satisfecha”.

“A medida que el tiempo va pasando, así mismo, los gustos, las preferencias en cuestión de estética y por eso es por lo que a uno le toca aprender, capacitarse, mirar de qué manera uno se adecúa a lo que la gente quiere y lo que exigen. Hace unos años atrás, la Alcaldía nos puso a realizar la carrera de cosmetología en el Sena, eso teníamos que comprar materiales, llevar muñecas modelos e incluso hacer el ejercicio de analizar los cabellos de las mujeres en el transporte público y llevar propuestas de cómo mejorar la imagen personal de los cabellos de las mujeres que encontraron, qué tintura llevaban y de cuál de los ejercicios puestos en práctica en clase le favorecería a las personas vistas” (diciembre de 2016).

El inicio en el negocio de Juliana nunca fue sencillo, ese ritmo de trabajo no siempre fue igual, todo empezó en un huequito, en un local arriba de la Pequis, una de las primeras heladerías y fruterías del pueblo. Sin embargo, cuando Juliana llegó a Sibaté tan joven, luego de sobrevivir al suicidio de su hermano, su refugio fueron los cursos de cosmetología que se fueron concretando en el negocio actual. En ese huequito, que fue el primer lugar en el que comenzó a demostrar sus habilidades estilísticas, recuerdo muy bien su esmero porque cada corte de cabello, peinado, estuviera a la altura de los deseos de sus cliente(a)s. Por esos días, en los que recientemente había alquilado ese pequeño local, buscó innovar para evitar maltratar mi cabello y usó “Chumis”, unos pequeños tubos de goma de color verde, en los que se enredaba piezas pequeñas del cabello y

luego, al final de cada sección, se conectaba en forma de círculo para contener, logrando así encrespar cada hilera seleccionada.

Progresivamente Juliana tomó el lugar de estilistas de renombre como Malena, una de las primeras en labrar un nombre de reconocimiento, así como su posicionamiento en el pueblo por el nivel de detalle con el que maquilla, su maestría, su experiencia realizando cortes de cabello, peinados, crespos, tratamientos de repolarización para rehabilitar el maltrato de pelos decolorados, planchados en exceso, entre otros trabajos. Luego de un tiempo, las largas horas sosteniendo planchas y secadores calientes fueron deteriorando la salud de Juliana, ocasionándole migrañas, dolores musculares, que luego fueron concluyentes en un diagnóstico médico que determinó que las largas jornadas de trabajo manual ocasionaron que adquiriera el síndrome de túnel carpiano, lo que generó que dedicara menos horas al trabajo, después, las citas para un corte de cabello, un peinado, un cepillado eran seleccionadas de acuerdo al nivel de fidelidad del cliente, hasta que decidió arrendar su local a Juliana y emprender su retirada. Actualmente, Malena conserva tres clientes a los cuales eventualmente les hace corte de cabello a puerta cerrada, situación que en este momento enfrenta Juliana.

Ahora, Juliana, para no dar por terminado del todo sus años de esfuerzo posicionando su negocio, en un espacio igual de pequeño al que comenzó, reduce sus horas de trabajo porque tiene el mismo mal que aquejó a Malena, llevándola a reducir el trabajo a algunos días durante la semana como los lunes, miércoles y viernes, pero también, evitar el sobre esfuerzo de una Keratina, pues es el uso prolongado de la plancha y el secador que exige este tipo de tratamientos capilares los que repercuten en el avance de dicha enfermedad y para aplicarle esta sustancia en el cabello a una clienta, es necesario repasar hasta 20 veces en “luminiscencias”, que son mechones muy delgados de cabello, buscando cubrir de forma efectiva con el químico y el calor, cada poro del cabello, para así lograr el alisado permanente. Fue a partir del deterioro en la salud de Juliana que se hizo necesario realizar modificaciones en el espacio físico del local que tenía, buscando distribuir de otra manera las finanzas en la familia, arrendando el cuarto que ocupaba, las sillas de lavado de cabezas, los muebles para ubicar las clientas que llegaban a hacerse la pedicura y la manicura, en habitaciones para los policías que llegan al municipio a realizar el curso de ascenso.

Hay nostalgia en Juliana, pues fueron años en los que, tanto Aníbal como Juliana, invirtieron tiempo y plata para el reconocimiento de ese espacio que tanto le había costado ganarse; sin embargo, es en esa nostalgia que Juliana sentía, que, sin planearlo, ella volvía a pasos cortos, sobre cómo fueron resignándose a que su hermano había fallecido y debieron idear otras maneras para vivir sin él. Juliana es una mujer fuerte, a la que le cuesta reconocer que algo la está lastimando y le hace el quite, diciendo, “pero bueno, la gracia de Dios me ha permitido estar hoy aquí y con él nada me faltará”, de la misma manera en la que pensaba en la inevitable disminución en su carga laboral; pues en palabras de Juliana, es Dios quien le da la esperanza para soportar cada momento difícil y el momento de referencia es precisamente cuando, a raíz del dolor vivido, decidieron vincularse, con su madre y su padre, a la iglesia cristiana Misión Carismática Internacional, que les permitió la restauración en sus corazones y “esquivar el deseo de irse de este mundo, como lo hizo su hermano Felipe”.

Según confiesa Juliana, al conocer la palabra fue que ella, su padre y su madre entendieron que Jesús entregó su vida para la salvación de la humanidad, siendo la tierra el lugar en el cual el alma decide “condenarse” o ser “salva” y ahora Juliana expresa que Felipe; con ese acto, se condenó, pero, por desgracia, aunque ella le pregunta a su mamá por Felipe, su mamá aún llora, porque no es fácil recordar que se llevó en su vientre nueve meses a un hijo, para que se quite la vida sin pensar en la voluntad de Dios. A pesar de que han pasado más de veinte años desde que a media noche, después de mostrar señas de despido, Felipe jaló el gatillo y acabó con su vida. Primero, empezó escuchando sin descanso, la canción Nadie es eterno en el mundo, de Darío Gómez; luego, regaló su bicicleta, unas cuantas pertenencias, pagó algunas deudas, como si fuese un acto premeditado, en la búsqueda de no dejar cuentas pendientes.

El velorio, ese momento de luto que debiera ser tan íntimo, fue atravesado por la intromisión e, incluso, las burlas de vecinos y curiosos que querían averiguar el porqué de la muerte, la forma en la que pasó, el estado en el que quedó el cuerpo y otro tipo de circunstancias que rodearon la decisión de Felipe. Para decepción de Juliana, no hubo un encuentro real desde lo espiritual para despedir a su hermano; muy por el contrario, incluso hasta las oraciones que se realizan desde la religión católica para pedir a Dios por el eterno descanso de su alma, fueron opacadas por frases como “Dale el señor el descanso eterno y brilla para ella la luz perpetua, dime señor cómo se llega desde el Carmen hasta Viboral”. Frases de profundo irrespeto y que para

Juliana fueron las puntadas más importantes sobre la ausencia real de muchos católicos para asumir a Dios en sus vidas. A partir de ese momento, surgió una serie de transformaciones que como consecuencia la llevan a Sibaté, a una mujer de menos de dieciséis años, inexperta en el amor, de origen tolimense, con la angustia a costas de llegar un día a casa y ver de nuevo otra tragedia familiar.

Atendiendo a lo anterior, en la narrativa de Juliana se ven reflejados elementos en este tipo de muerte que se asemejan a los reconocidos en la tesis doctoral realizada por Ana Lorena Campo Arauz (2018), titulada “Suicidios en Quito, Ecuador. Etnografía de la muerte autoinfligida desde las interpretaciones de la vida”, específicamente en el apartado “Las discontinuidades después del funeral. La perspectiva de los allegados o el retorno intermitente a la fase de crisis”. La autora argumenta que después del ritual fúnebre se desencadenan una serie de eventos que le ocurren a los sobrevivientes, en principio la dificultad para asumir el duelo por ser una muerte tabú, lo que hace que ese tránsito al mundo de los muertos sea casi que una tortura para su círculo más cercano, pues además deben lidiar con preguntas en su contexto social que hurgan en la sensibilidad del doliente, pues la gente ajena al suicidio está buscando respuesta del porqué del acto.

En múltiples ocasiones Juliana, según me contó, se interponía entre los intentos desesperados de su padre de tirar del gatillo de la escopeta de encima de la sien de su cabeza, esa escopeta era con la que solían cazar animales su padre y Felipe. En medio de un café humeante, Juliana y María del Mar replicaban que la culpa la llevaban a costas ambos, tanto su padre como su madre. Para Juliana, tampoco fue ajeno este sentimiento y, a pesar de buscar refugio en su primer trabajo, atendiendo una panadería, los problemas no mermaron. Por esa razón, Juliana, con determinación, huyó de su pueblo al lado de Aníbal, con quien había iniciado una relación amorosa desde que empezó a trabajar.

Cuando Juliana vuelve sobre esos días, suspira y atina a decir “el suicidio es como una semilla”. Pero ¿por qué? Digo yo, como quien busca entender como Juliana llegó a definirlo de ese modo y ahí continúa su relato en el que ella es reiterativa en señalar que al llegar a Sibaté aún era una niña. Un día, cansada de los altercados en casa, se escapa con Aníbal, quien ya era su novio. Él, siendo ya un hombre maduro con suficiente experiencia, se la lleva junto a su madre al mismo espacio en donde establecen formalmente un compromiso como hogar. Al poco tiempo,

Juliana resultó embarazada de su primer hijo, un varón muy parecido a su padre, que le hizo comprender el sacrificio de la maternidad en la adolescencia. El amarrarse siendo niñas tiene implicaciones muy grandes y no es solo decir que es una gran responsabilidad, es poner encima la carga de permanecer con el hombre con el que se tuvo un hijo porque con él hay que quedarse, porque “uno no puede estar haciendo cosas que desagraden a Dios”; muy por el contrario, uno tiene que responder a las consecuencias, pues si el hombre le salió mujeriego y le fue infiel, hay que aguantar, porque el matrimonio es para toda la vida.

Yo me vine con Aníbal escapándome de que de pronto un día mi mamita o mi papito resultaran muertos por la culpa que ellos mismos se cargaban por la decisión de Felipe. Yo también resulté afectada, porque cuando yo me enteraba de las andanzas de Aníbal, yo también quise hacer la misma que Felipe, yo me alcancé a tomar un veneno y por la gracia de Dios es que hoy yo estoy echando el cuento, porque uno cuando se enamora es cosa brava, una traición es muy difícil de superar, pero uno fue el que escogió. A mi hermano Felipe le pasó, él nunca fue bueno conmigo, pero, cuando la conoció a ella, jum, eso ya era un cuento muy diferente, porque mi hermano si estaba muy enamorado de ella, él hacía prácticamente lo que ella quisiera, si ella le decía que fueran a Mundo Aventura iban, si ella le decía que le comprara las medias veladas, que en ese tiempo se usaban mucho, él se las compraba. Es que Felipe daba la vida por ella, es que así fue [...]. Yo, al principio la culpé mucho, decía que ella fue la culpable de la muerte de Felipe, pero uno con los años entiende que fue una decisión de él.

A medida que Juliana hacía esa introspección, pensando sobre su pasado, sobre los días en la finca en la que vivían en Carmen de Apicalá, llegábamos de nuevo, al tiempo en el que Felipe su hermano se enamoró perdidamente de Mery, la única mujer que Felipe amó. Era como volver a andar una vorágine que, en medio de su caos, fue el motivo para reconocer, reincorporarse y, como lo dice Juliana, conocer de Dios. ¿Qué implicó realmente para Juliana conocer de Dios? En palabras suyas, ella encontró a Dios cuando su vida estaba destruyéndose, cuando escuchaba a su esposo Aníbal sostener conversaciones con sus amigos acerca de las mujeres con las que se acostaban, mientras en brazos tenía a su hijo y estaba en espera del segundo. Ya se había ido de su casa porque su hermano, al descubrir por medio suyo la infidelidad de su novia, no pudo más, así que tomó con sus manos la escopeta con la que acabó su humanidad, dejando a sus padres en una

sola pelea diaria, en la que uno le suplicaba al otro que no cometiera suicidio. La vida había cambiado para todos, para Felipe, que no era un hermano con el que recordara una buena relación, pero que igual era su hermano; para Juliana, Mery había cambiado todo:

“Yo tenía como doce años, ellos eran muy sardinos, ella tenía 17 años y Felipe 15, no experimentaron el noviazgo, se ennoviaron muy rápido, se fueron a vivir muy rápido, Ella tenía muchos novios, era muy experimentada. Mi hermano no tuvo novias, apenas ella. Ellos duraron seis meses, como máximo, se fueron a vivir juntos. Felipe era excelente persona, la sacaba, paseaban, iban al parque Salitre Mágico, era súper detallista. Que, si le faltaba el arreglo personal, si le faltaba la media velada, el maquillaje, súper cariñoso, hasta que se enteró que ella le había sido infiel con un chico, en el mismo apartamento. Se le dañó el corazón, se volvió agresivo, borracho, le pegaba, una relación de tortura, de tormento, se insultaban. Él tomaba mucho, llegó a doparse, a tener una actitud muy rara, llegaba con sano juicio, pero con los ojos rojos, yo pienso que llegó a eso [...]. Yo se lo conté primero a mi mamá, porque ella se iba a un teléfono público gratis, no había teléfono monedero. Ella se iba a comprar cocinol y Mery me dejaba en casa. Ella preguntaba por un José, hasta que un día le dijo Mery a mi hermano, le dijo que lo había cachoniado con ese señor. Yo le dije que le iba a contar de mentiras, para que se sintiera acorralada. Yo le decía, le voy a decir a Felipe que estás hablando con este señor, pero Mery misma le dijo a mi hermano Felipe (enero de 2017).

Cuando hablaba con Juliana, para ella la muerte de Felipe no sólo implicó una situación conflictiva en su familia, sino que además repercutió en su intento de suicidio en un momento de tensión con su esposo. En ese momento en particular de la conversación hubo un argumento importante y es precisamente la intención de resolver del mismo modo esa situación problemática con su pareja, lo que en la teoría desde la epidemiología se ha clasificado como el efecto Werther, que tiene que ver con el aprendizaje social, en donde se afirma que si la gente se entera de que hay personas que resuelven sus problemas mediante el suicidio, otros que se identifican con ellas pueden copiar el comportamiento. En ese sentido, teóricos como Biddle, Gunnell, Smith, Potokar y Longson (2012) teorizan y ponen en discusión situaciones en las que el suicidio termina por convertirse en epidémico por la identificación frente a la forma de resolver un episodio de

dificultad, como lo explica Juliana en relación con su hermano Felipe y, luego, lo que ocurre en su mente cuando experimenta una situación similar.

“Lo pensé muchas veces, cuando empecé de novia con Aníbal, cuando terminaba la relación de noviazgo, yo estaba muy enamorada, yo dije que no tiene sentido la vida sin él. Yo decía en mi mente, si Felipe lo hizo, yo pensaba que estaba descansado en la eternidad con Dios, pero yo no sabía lo que ahora sé, que había un cielo e infierno y pare de contar”.

En el hilo de nuestras conversaciones no sólo se hablaba de cómo se encontró Juliana a Dios y como Dios le dio la posibilidad de encontrar ese camino de salvación, también estaba presente lo que representó después de la muerte de Felipe, como concepto que iba gestándose para definir acciones y repercusiones. Es a raíz de esa reflexión, por ese deseo de muerte que se concretó en uno de los miembros de su familia, que Juliana había entendido el cometer suicidio como una semilla.

Yo, todos los días, ahí donde trabajaba, ¡Ay, Dios mío! En cualquier momento me van a decir que mi papá se mató y en cualquier momento; entonces eso, claro, eso quedó como tan *sembrado en mí* que por eso digo yo que el suicidio es como una *semilla*, que el suicidio, que el suicidio, que el suicidio, esos son como demonios, digo yo, que atan a la mente de las personas y, claro, yo fue ahí cuando conocí a Aníbal, a los seis meses más o menos.

Es a partir de ese concepto de la siembra, de una idea de que el suicidio se enraizó en la vida de la familia, que la significación que le otorga Juliana al suicidio, está dada en un hecho que, pese a que representa muerte, se inculcó y es parte de la trayectoria que reconoce, el camino propio transitado por los miembros de éste núcleo social; el suicidio fue una respuesta que tomó Felipe para acabar con los conflictos de pareja que vivía con Mery y fue, durante un tiempo, la posibilidad para acabar con la culpa, de lidiar con el extrañar a un hijo, así como también el hecho de que para Juliana fuera una opción para no sentir dolor cuando existía decepción amorosa en la relación con su esposo Aníbal.

Resulta interesante destacar que el concepto de configuración emotiva propuesto por la antropóloga Myriam Jimeno (2003), en su reflexión sobre las motivaciones que envuelven en los “crímenes pasionales”. La autora argumenta que estos forman parte de un sistema más amplio de

concepción del sujeto moderno que cobija el papel de las emociones, del amor y de la vida de pareja en la identidad personal y ésta no está lejos de ser parte de los criterios que instituciones estatales estipulan en los informes en los que se presentan los motivos para decidir quitarse la vida, pues de acuerdo con la referencia a algunos estudios como el realizado por Macías y Salamanca (2005) en su investigación elaborada en la Universidad de Tunja en el departamento de Boyacá (Colombia), se encuentra que el factor amoroso se identificó en el 61% de los suicidios efectuados por mujeres; sin embargo, en relación con los hombres, el orden de motivación para decidir quitarse la vida se encuentran los problemas de pareja (46%), seguido de enfermedades físicas y mentales.

En ese sentido, Juliana refiriendo a su trayectoria de vida manifiesta que desde muchacha aprendió de su suegra a criar a sus hijos, las labores del hogar, el asumir en silencio las situaciones conflictivas con su esposo, el encontrarse lejos de aquellos que hacía muy poco todavía eran su círculo más cercano, pero, además, acoplarse a un clima radicalmente diferente, frío, nublado, en un contexto nuevo en todos los sentidos. El estudio de Lissett Pérez (2013), en el municipio de la Unión (Antioquia), encuentra que, en la población campesina, el uso normalizado de sustancias alcohólicas se relaciona con patrones estereotipados de masculinidad, mientras que en la mujer el deber ser “siempre” está en la búsqueda de la delicadeza y relacionado con las labores domésticas y con el cuidado maternal. En este orden de ideas, podría decirse que Juliana construyó su vida, asumiendo los mecanismos ideales a la hora de establecer su unidad familiar, pues se normaliza una serie de tareas para ella, que son organizadas en el orden simbólico de donde creció.

Ahora bien, de la muerte de su hermano Felipe quedaron miradas contrarias, pues si bien los padres de Juliana “lograron encontrar en la palabra de Dios un camino para tener una vida mejor”, aún persisten reclamaciones, sentimientos de reclamo en torno a Mery, esa mujer a la que Felipe culpó antes de quitarse la vida como la responsable de su decisión. Sin embargo, hoy por hoy Juliana se apoya en “el Evangelio” para superar los obstáculos propios de la vida, pero también los momentos en los que emerge de nuevo el deseo de sus padres por quitarse la vida. Aún a pesar de ser las escrituras el camino para ir olvidando, ir desprendiéndose poco a poco del pasado, aunque, como dice Juliana, con lo que su padre definitivamente no ha podido es con ver de nuevo a Mery.

“Mi papá si no, mi papá no ha podido con eso, yo no vuelvo por allá, yo no voy al matrimonio, que allá está esa mujer, y yo le he dicho, papi, le digo papi, eso ya no, usted no debe tener eso en su corazón papá. Me dice, no, hija, yo por allá no voy. Yo le decía papi, lo único que nos quedó de Felipe fue la niña, porque es que yo se lo he dicho, yo le he hablado cuando hay reuniones, por ejemplo, cuando se graduaba Leidy, yo le dije papi, es un día tan importante para Leidy, y ella dijo yo quiero que mi abuelito este acá tía, pero él no quiso”.

En la narrativa de Juliana, es importante reconocer que la muerte de Felipe dejó también a una persona que los vincula, en este caso Leidy, su sobrina y nieta. Sin embargo, la decisión de su hijo Felipe generó que, aun con el paso del tiempo, perdure la idea de que fue Mery la que determinó los últimos momentos de la vida de Felipe, dejando, además, implantada una reclamación y la imposibilidad del perdón, pues de acuerdo con el modo como Juliana vuelve sobre ese momento, su hermano Felipe, en el último respiro de su vida, culpó a Mery de ser la razón por la que no quiso continuar con su existencia,

En ello, destaco que en el trabajo de Ernst Halbmayer (2017) acerca “Del suicidio y las concepciones de la muerte entre los Yupka y otros pueblos amerindios de las Tierras”, el autor subraya que existen suicidios que se realizan por venganza y que Jeffreys (1952) los define como suicidios Sansón, donde al matarse, la persona mata también a sus enemigos, pues esta venganza se puede tomar en forma espiritual o también social. El conflicto que genera este tipo de eventos se extiende más allá del plano físico dado a que el suicidio, para el autor, deja de ser un mero escape a una situación de falta de poder, sino que constituye el último recurso para ejercer poder al utilizar la vida de uno como herramienta de negociación y, por ende, su categorización es la de una forma específica de venganza violenta.

Este estudio nos permite encontrar algunas semejanzas pese a los contextos diferenciales, pues, aunque Felipe no hizo nunca un escrito o habló con su familia en relación con un deseo de vengarse propiamente de Mery fue su muerte la que generó un antes y un después en la familia de Felipe, por las culpabilidades que fueron acusadas, pero también los conflictos que se gestaron en la relación de pareja. Como consecuencia, aun en la actualidad, los padres de Juliana evitan participar de eventos en los que tenga cabida Mery, la madre de su nieta. Por otro lado, existieron

expresiones con las cuales Felipe se refirió a los conflictos que estaba viviendo con su esposa en los que manifestó “que prefería separarse en lugar de matarla”, pues sus discusiones eran cada vez mayores

Sin embargo, pese a que para Juliana y los padres de Juliana esa hubiese sido la aseveración, Felipe quería de algún modo cobrar “tanta cachoniada”, porque en palabras de Juliana, ahí fue a donde Felipe “se le dañó el corazón”. Este tipo de suicidio, nos haría pensar lo que en palabras de Ernst Halbmayer (2017), es un método consciente de devolverle al “otro” lo que ha recibido inicialmente, porque es una manera de actuar en contra de su atacante, quien, por el hecho de encontrarse vivo no puede actuar en su contra, porque pertenece al grupo de familiares cercanos. Es interesante señalar dos puntos que se tocan en la narrativa de Juliana y es precisamente considerar que los conflictos afectivos de su hermano Felipe y Mery estaban cobrando un nivel importante, llegando al punto de considerarse en capacidad de matarla sino se separaba de ella de manera oportuna. Por otro lado, el fallecimiento de Felipe no solo está dado en acabar con una dinámica que a los ojos de sus padres y hermana eran una lucha constante, sino en cobrar de alguna forma el haber lidiado con la infidelidad y los pleitos diarios.

Estos referentes teóricos son un punto de partida importante en la medida en que permiten reflexionar, en relación a semejanzas que pueden acercarse a las razones que son dominantes a la hora de tomar la decisión de quitarse la vida para algunas personas y cómo estas, a su vez, son trascendentales en la vida de los sujetos que atribuyen mayor valor a un fracaso amoroso, quiebra económica, pérdida de un ser querido, entre otros factores que son enumerados en los informes forenses como las posibles circunstancias que acarrearón la muerte de quien asume esta decisión. Sin embargo, estas razones, en muchos casos, son dadas por los miembros de su familia o por las personas que rodearon en lugar en el que se comete suicidio, pues las razones significativas que llevan a alguien a determinar no vivir más, en la mayoría de los casos se las lleva consigo quien fallece.

Llegado a este punto, lograr decir o tratar simplemente de explicar una muerte que culturalmente se ha buscado silenciar, posee en sí misma toda una contradicción de la cual las sobrevivientes se han sobrepuesto y en sus particularidades han “interpretado”, “reclamado”, y “categorizado” a partir de un sistema de creencias que ha estado presente para organizar sus ideas

sobre lo ocurrido. Es importante atender al carácter simbólico entendiendo que pese a las circunstancias particulares que pueden ser expresas en las narrativas que cada mujer explica de lo que ocurrió en Camilo y en Felipe como la ausencia de un padre, una ruptura amorosa, una carga social mayor por ser hombre, entre otras cuestiones; el suicidio plasma una deuda que tiene el difunto con sus dolientes, teniendo en cuenta esto, en los conceptos dados por las mujeres, se concentran las características que posee ese proceso de retribución que se acertó tras la muerte.

Es ese complejo de comunicación que es posible cuando sostenemos vínculos con el otro que sufrió una fractura radical tras el suicidio de cada uno de los jóvenes. En ese sentido, la forma en la que el duelo supuso nuevas formas para entender la continuidad del intercambio y la retribución en las relaciones sociales, se hace evidente por medio del lenguaje de Lorena, Carolina y Juliana, en la medida en que se interpreta la influencia de una entidad negativa como el diablo, la siembra de la misma como una semilla con consecuencias acusadas a la maldad, para comprender de qué manera lo sucedido orienta desde otra lógica, ese camino con quien ya no se encuentra en el plano terrenal. Partiendo de lo anterior, el “achacar responsabilidades”, “el identificar culpables”, pero también solicitar el canal en el que se retribuye, tiene un tránsito, un camino que solo quien lo experimenta lo podrá describir; en ese tránsito, la religión permite con “los dogmas” integrar con mayor fuerza las luces para ampararse, pues es ahí donde existe un camino para el entendimiento de un evento que supone limitaciones en la comprensión de las personas.

En relación con esto, puedo decir que, al hablar del “*hau*” que sustenta el argumento teórico de Marcel Mauss (1925), en su *Ensayo sobre los dones*, podemos relacionar que con la fuerza que se le imprime a cada regalo que ofrecemos, así como con las acciones que realizamos, estamos entregando una parte de nosotros. Esto nos hace pensar que, de la misma forma en la que en las relaciones humanas se busca una reciprocidad más o menos inconsciente cuando entregamos un regalo, hay una pregunta marcada en las personas que sobrevivimos al suicidio. Cuando se han compartido espacios con las personas, estamos dando de nosotros mismos, aportando de diferentes maneras en las vidas de los otros, lo que implica que la vida se adeuda, que no es nuestra y aunque en los primeros seminarios que recibimos los estudiantes que pretendemos ser científicos sociales lo escuchamos una y otra vez, en este tipo de narrativas podemos conocer cómo por medio de la

reclamación al ser querido que cometió suicidio se describe ese quiebre en la reciprocidad y en esos dones, esa entrega, ese esfuerzo que se dio pero no se compensó.

Teniendo en cuenta lo anterior, puedo decir que en una oportunidad en la que tomé terapia a raíz de la muerte de mi primo José Daniel Llano, recuerdo que en medio de mi relato al psiquiatra que en ese momento atendía mi consulta me explicaba que mi frustración al no haber logrado comprender la decisión de *Monito*, como le decíamos de cariño, tenía que ver con mi dificultad por entender que la decisión de quitarse la vida de mi primo no tenía que ver conmigo y yo no necesariamente hubiese podido interceder en una acción personal. Además, el dolor también tiene un profundo sentido egocéntrico, en el que nos posicionamos como si este tipo de acciones tuvieran que ver con nosotros directamente y nuestra incapacidad por retener a una persona a vivir. Sin embargo, en el proceso terapéutico, en la búsqueda de desapropiarme de culpabilidades que están dadas en el cuestionamiento acerca de ¿qué pude haber hecho?, ¿por qué no pensó en mí cuando iba a hacer lo que hizo?, ¿qué me faltó? En esas tres preguntas, el yo es el pilar que sostiene una acción que estoy condicionando como de afectación hacia mí. En síntesis, el punto aquí es cómo la vida está siendo reclamada por novias, madres, amigos, las instituciones educativas, entre otros que se preguntan qué pudieron haber hecho para evitar una muerte. Aunque en el momento pensé que ciertamente estoy reclamando eso que di de mí que no sirvió, como se hace en una ruptura amorosa o *despecho*. El asunto aquí es que cada persona que integró activamente la vida de ese ser, lo reclama, pues contribuyó en las facetas de la existencia de esa persona que se fue y no se quiso quedar.

CAPÍTULO 2. POR LAS SENDAS DEL CUERPO: UNA TRAVESÍA ENTRE LA PRESENCIA Y LA AUSENCIA

“El cuerpo memoriza el dolor vivido de las tragedias que no tienen respuestas y que se viven pensando cada día, por lo que el tiempo se hace eterno”

(Natalia Montenegro, 2017, p. 95).

Este capítulo trata sobre la expresión material de las manifestaciones de la presencia de los seres queridos en la vida de los sobrevivientes. El sentir, explorar y relatar está dado en diferentes dimensiones, pues, en primer lugar, lo atraviesa el cuerpo, desde la forma en la que los órganos, el pecho, la voz, la piel, asumen que se puede contemplar lo que sucede cuando se afronta lo ocurrido; en segundo lugar, el explorar a partir de los objetos y de la comprensión alrededor de la muerte de ese ser querido. Para ello, ocurre una serie de eventos como sueños, señales que son entendidas por esa persona cercana e, incluso, apariciones, donde ese ser querido construye una realidad con lo que tiene y es preciado para sí. Por último, el relatar que alude a la interiorización que realizan las personas, el cómo después de lo sucedido piensan lo que ocurrió, pero también, el modo como estructuran el hecho en el curso narrativo de lo que proyectan para el resto de sus vidas.

El 15 de febrero del año 2018, en horas de la mañana, recibí una de las noticias más impactantes de mi vida. Me llamó Betty, quien se convirtió en miembro de nuestra familia y durante años nos ha acompañado en casa realizando labores domésticas. Tomé mi celular y quedé inmóvil, sentí una descarga en las piernas y en el pecho, después de escuchar que Monito se había ahorcado. Tres años después de su muerte, me perturba recordar ese momento tan desgarrador. Estuve a punto de desmayarme en donde estaba iniciando mis prácticas universitarias, así que decidí salir e ir en búsqueda de mi madre, esperando escuchar que era una broma de mal gusto, que nada de eso había ocurrido. Al abrir la puerta de mi casa, el llanto de mi madre me comprobó que era una fatal realidad. Al escucharla, no pude contener el llanto, no podía entender cómo era posible, las manos me temblaban y en un círculo femenino lloramos abrazadas, mi madre, Betty y yo.

Presas del dolor y de la imposibilidad de parar de llorar, ante la súplica de mi padre porque tratáramos de calmarnos, tuvimos que ir a la residencia donde vivía mi primo en el Barrio Palermo,

pues éramos la única familia de confianza que podía atender los procedimientos inmediatos ante esa tremenda tragedia. Al llegar, en el segundo piso, en la parte de afuera de la habitación, se encontraba mi prima Yamileth llorando. Sentí como un frío me pasó por dentro, pues era la prueba de que lo que estaba ocurriendo era una verdad. Cuando entré a su cuarto, encontré una nota escrita con una micropunta naranja. La nota decía “Mamá, papá, hermanas. Los amo, los llevaré siempre en el corazón. Traten de entender solo un poco, son la mejor familia que alguien pudo haber tenido. Nunca paren, luchan siempre, serán muy grandes. José Daniel”.

Seguí revisando y pude ver sus libros de derecho, su agenda, sus copias, su maletín, la licencia de conducción de Ituriel Llano, su padre fallecido estaba ahí. Luego, encontré tendida en la parte de afuera de la canasta de su ropa sucia, un camibuso con el que recordé haberlo visto el día anterior. Estaba su correa, su cama con una colcha azul y los rastros de los borradores que había escrito antes de dejar la nota definitiva sobre la mesa, el mensaje que escribió y con el que siempre lo recordaremos. Cuando desenvolví los papeles arrugados encontré palabras como “Yo no estoy loco, no estoy loco”, como si tratara de convencerse así mismo de su cordura. Al pasar dos horas, ingresó un investigador criminalístico del Cuerpo Técnico de Investigación (CTI); recuerdo que tenía ojos verdes muy claros y que, con un formato de registro, fue implacable al decir que la muerte del joven fue por suicidio. Grité tan fuerte que la garganta me dolió, aún recuerdo que lo sentí como si el alma se me estuviera yendo en medio de ese grito.

Esa misma noche, en mi casa, sentía que el cuerpo no respondía a mis solicitudes. Lloraba sin pausa, no podía conciliar el sueño. Deseaba que nada de eso estuviera ocurriendo, seguí de largo durante varias noches, con cortos periodos de sueño. Luego, empecé a rastrear las últimas horas de la vida de mi primo, a buscar responsables, a ensañarme con el que hiciera el mínimo comentario desatinado. Yo repudiaba al mundo, no me explicaba por qué un joven como él estaba muerto, por qué nadie nos informó, pues a partir del seguimiento que hice en la misma residencia una joven me hizo saber que Daniel ya había expresado sus intenciones de morir. En ese momento insulté, culpé, me enojé e intenté encarar por su madre y sus hermanas, una reclamación que, aunque me tocaba profundamente, no era tan mía.

Aunque la palabra sobreviviente al suicidio la había escrito varias veces, la había expuesto en la sustentación de mi anteproyecto de tesis, meses atrás de la muerte de Daniel, no la había

vivido, no tenía idea de lo que significaba. Pero cuando Daniel falleció, cobró sentido la elaboración de la palabra “sobrevivir” que realiza Alejandra Ortiz (2018), en su tesis “Sobre vivir ausencias, velar la muerte y rehacer la vida en el teatro. La ruta de las mujeres buscando los cuerpos de las víctimas de la violencia política de Colombia”. La autora argumenta que “sobrevivir implica la conjugación de todos los tiempos, implica luchas, frustraciones, búsquedas, sueños y anhelos; implica saber que el pasado siempre está aquí y poder hablar sobre ello. Ese *sobre* que tiene la primera parte de la palabra sobrevivir, implica pues, la palabra y el cuerpo, el recuerdo y el olvido, el dolor y el amor. El *vivir*, la segunda parte de la palabra, es el ahora, es lo que son y en lo que se van convirtiendo, son los afectos, son las relaciones, son las formas en que ahora habitan el mundo; y es desde ese sobre y ese vivir que se transita por la vida” (p. 81).

Este aparte trae consigo lo que precisa una de las ponentes provenientes de España en un seminario internacional sobre ciencias forenses denominado “*Forensic Tech* (2019)”, que se realizó entre el 3 y el 4 de septiembre en la Universidad Externado de Colombia, en Bogotá, en un momento coyuntural en nuestro país, como lo es la retoma de las armas por parte del grupo subversivo FARC -EP. Con una frase que buscaba describir lo que sucede en un familiar que se encuentra en proceso de duelo, ella aseguró que el duelo es un *sancocho emocional*, aludiendo a la mezcla de sentimientos que ocurre en cada persona, los tiempos tan variados, las etapas por las que atraviesa una persona que se encuentra en duelo, los caminos tan variopintos que pueden darse en alguien que haya perdido un ser querido. Con la expresión, la psicóloga forense subrayaba que el duelo tiene que ver con nuestra forma cultural para describir lo relativo a la mixtura, a que hay algo que está compuesto por varios ingredientes que integran un conjunto en diferentes proporciones, donde además existen los objetos que pertenecen a un patrimonio privado significativo, que cuenta también por nosotros lo que podemos sentir, así como tantos otros medios en los que el llanto no es una condición única que les permita asumir lo que se siente ante la pérdida.

Cuando murió mi primo Daniel, aún me encontraba realizando el trabajo de campo de mi tesis de pregrado; por ende, tuve que tomar distancia por un tiempo y elaborar mi propio duelo. Sin embargo, fue ese diálogo que continuó con Lorena y Carolina, especialmente, el que me permitió conocer formas para lidiar con el dolor, para aprender, cuando se cree que es poco probable poder hacerlo. En este capítulo hablaremos sobre cómo se construye un mapa emocional

en el que necesariamente está implicado el cuerpo, así como también una interpretación y un camino; también, el modo como los objetos son parte fundamental para los sobrevivientes para recobrar y conservar la presencia de su ser querido. En ese sentido, el siguiente capítulo está dividido en dos secciones, la primera que tiene que ver con el sentir, la exploración particular y el modo en que se relató la experiencia de las mujeres; la segunda parte, transitar las emociones para encontrar su lugar, en el que interactúan los procesos que les permitieron, a cada mujer, caminar por un sendero en el cual hoy pueden situar narrativamente lo que ocurrió en sus vidas a partir de la muerte de su ser querido.

Mapa en el cuerpo: sentir, explorar y relatar

“La muerte habita en el cuerpo, y gracias a él y alrededor de él se ejercen las prácticas rituales”

(Laura María Panizo, 2008, p. 7).

En febrero del año 2017 se definían diferentes situaciones en la vida de Lorena, entre ellas su ingreso a primer semestre de Psicología en la universidad. Ese mismo mes comenzamos a encontrarnos en horas de la tarde; era complicado por sus obligaciones, entre ellas el cuidado de su abuela y de su hermana menor. No obstante, al momento de hablar sobre el instante en el que se conoció la noticia de la muerte de Camilo, había una necesidad por parte de Lorena de tratar de investigar a fondo, de encontrar señales, de escudriñar en su memoria el porqué de las razones de su primo para acabar con su existencia. Pese a que hice claridad en que mi pregunta no se encontraba propiamente en un análisis sobre las motivaciones que llevaron al joven a su fallecimiento, fue poco a poco que, entre cada conversación, se tejió un camino propio, en el que el impacto que causó en Lorena conocer la noticia de la muerte de Camilo, se anduvo por el cuerpo, así fue como ella lo recordó.

“Como que el cuerpo esta acá, pero la mente por allá; se me durmió todo, o sea, yo no sentía nada, se me fue todo, te lo juro que yo estaba muerta, sentí como un frío como en la espalda, terrible. Yo no tenía no sentía las manos, no sentía nada (...). Si me hubieras entrevistado, digámoslo, así, antes, créeme que se me haría un nudo en la garganta inmenso, yo mantenía con los ojos perdidos, mi cuerpo no se controlaba” (febrero de 2017).

De acuerdo con el relato de Lorena, la condición de saberse ida, pero ser consciente de estar ahí, pese a las limitaciones que afronta el cuerpo a partir de la noticia, se asemeja con el análisis que realiza Mónica Cuellar Gempler (2011), en su artículo “Por ti me estoy consumiendo: cuerpo, despecho y brujería en el norte del Tolima”. La autora contempla que la liminalidad resulta ser una condición en el cuerpo de las personas que sufren un despecho, pues el dolor posiciona a quien lo experimenta en alguien que vive a pesar de sentirse muerto. En ese caso, la tragedia está dada en que la muerte lenta no mata y, si no mata, se ubica en el pecho, haciendo que la persona se agote, se consuma, se deshaga, involucrando sus órganos vitales. Mónica Cuellar encontró una relación entre la interpretación que hacían los sobrevivientes de la tragedia de Armero con aquello que se vive cuando se asume un despecho, pues en el cuerpo se potencializan los efectos de lo que sucede cuando existe una ruptura amorosa, además del impacto de los hechizos de amor para atraer al ser amado, éstos se asimilan en un desgaste visceral.

Teniendo en cuenta lo anterior, la condición de liminalidad del despechado se expresa a partir de ubicar en el cuerpo, explícitamente en el pecho, un hueco, un vacío que hace sentir al que lo vive como a un moribundo que sobrelleva el tener que vivir en una carga pesada que en últimas agota a quien lo experimenta. Aunque el dolor de Lorena no tiene que ver con una ruptura amorosa, si expresa que, durante un largo periodo, el cuerpo era una manifestación de su dolor, en la que se sintió como si estuviera muerta, haciendo énfasis en sitios específicos como no sentir sus manos, sentir frío en su espalda, mantener los ojos perdidos, tener un nudo en la garganta que la limitaba para contar lo sucedido con su primo Camilo.

Natalia Montenegro (2018)⁵, aludiendo al concepto de “nervios” trabajado por Sertha M. Low (1994), hace referencia a que la experiencia vivida genera un vocabulario cultural de signos y síntomas. En el análisis, hay un enfoque dirigido hacia las formas en las que expresan y como se asignan significados. En los estudios realizados en Guatemala y Costa Rica, los nervios generan alteraciones en los cuerpos como temblores, calores, la sensación de sentirse fuera de sí mismo,

⁵ A lo largo del escrito haré referencia a tres trabajos significativos para la argumentación que propongo, que han sido elaborados en el marco de la Línea de Salud Mental, Aflicción, Conflicto y Violencia, del Área de Investigación sobre Salud, Conocimiento Médico y Sociedad, línea en la que mi trabajo también se inscribe. Los trabajos son los de las antropólogas Natalia Montenegro (2017), Alejandra Ortiz (2018) y Lina López (2018).

entre otros. Para Low, los nervios son una experiencia en la que el cuerpo está “fuera de control”, “como si el cuerpo no fuera de ellos” (p. 149).

Los síntomas que la autora describe son corporeizados por Lorena en la medida en que ella entiende que no tenía control de su cuerpo, que estaba fuera de sí y su sintomatología se puede comprender como un síntoma culturalmente interpretado, pues es la respuesta que tiene el cuerpo ante un “drama social” como lo es el suicidio, es la forma en la que se afecta al cuerpo de quienes han tenido que lidiar con una situación semejante. Volviendo sobre el concepto de *embodiment* de Thomas Csordas (1999, citado por Laura Panizo, 2008), éste es el análisis de experiencias que se dan a través del cuerpo y que relatan un contexto fenomenológico cultural, es decir, que la experiencia, siempre corporal, permite involucrarse en los significados culturales (p. 143). Es por esto que mujeres como Lorena, Carolina e incluso Juliana nombran las afectaciones y aflicciones remitiendo a sus cuerpos, en ese recorrido que se hizo cuando su primo, su amigo, su hijo y su hermano ya no se encontraban de manera física en sus vidas; se trata de construir la pérdida por la muerte desde cada fase sensorial.

Aunque el concepto de “nervios” no se hizo explícito, los relatos de lo vivido por estas mujeres cuando conocieron la noticia de un suicidio si se hacen “desde el cuerpo”, tocando el corazón con las manos, por ejemplo, de modo que este si se presenta como el instrumento para construir su experiencia de dolor ante la ausencia de ese ser querido, para narrar lo que su presencia significó y de qué manera se situó de forma particular en la existencia de cada mujer, pues ser madre, ser prima o ser la amiga que estaba comenzando una relación amorosa con aquella persona que decidió irse, no es igual, pero si hay un lugar en el cual el cuerpo recibió e incluso fue capaz de explorarse desde lo que se sintió para luego decirlo, escribirlo, explicarlo o, si se quiere, condensar esa experiencia en un objeto.

Como dije, aunque el cuerpo cumple un rol importante para hablar por nosotros acerca del dolor, aunque parezca “obviedad” que cada persona tenga una visión propia e incluso un vínculo sobre lo que ocurre con ellos a partir de un duelo, para Carolina enterarse de que la muerte de Camilo había sido a causa del suicidio fue diferente que para Lorena. Carolina compartía el mismo salón de clases, lo que la hacía tener un contacto regular con Camilo; por ello, cuando ella me abrió la posibilidad de conocer cuáles eran sus ambiciones, a qué se dedicaba, cuál era su círculo

de amigos más cercanos, también me contó acerca de qué lugar ocupaba Camilo en su vida y, en su relato, estuvo presente el tránsito propio de su cuerpo cuando todo ocurrió.

“Yo no respiraba bien, yo sentía que el aire se me estaba yendo y yo tenía puesta la chaqueta de él, yo no me la quité en todo el día; entonces, no sé, una amiga llegó con el novio allá y me recogió y nos fuimos para la clínica. Camilo si se murió, Camilo se murió. ¿Qué vamos a hacer? Yo no puedo vivir sin Camilo. Digamos ese día yo llegué y me llevaron, eran como las doce y me llevaron a mi casa, una amiga en el carro y yo estaba literalmente muerta por dentro, porque yo solo caminaba como por inercia, no estaban mis papás y ya estaba tarde, entonces yo me quedé en el cuarto de mis papás y mi abuelastra no me dejó sola, porque estaba en shock y yo creo que me hacía falta mi mamá como para yo abrazarla y sentir que estaba ahí conmigo. Entonces, llegó mi mamá y me dijo: ¿Qué le pasó? Y yo le hice así y me dijo: Ve y acuéstate en tú cuarto. Y entonces yo empecé a llorar y le dije que no. Yo me dormí exactamente con la chaqueta, así como estaba vestida, así me acosté, yo no tenía ganas de nada” (febrero de 2017).

En la narración de Carolina emerge la imposibilidad de respirar, el caminar por inercia, por no encontrarse consciente de sus acciones, pero, además, el sentirse muerta por dentro como una categoría dada para explicar que el contexto en el que se enteró de la muerte de quien fue su amigo, le quitó la posibilidad de sentirse viva, pues el impacto hacia la experiencia del dolor causó que el cuerpo se desbordara, limitando su control. En el artículo “Cuerpo, dolor e incertidumbre: experiencia de la enfermedad y formas de interpelar el cuerpo en pacientes de cuidados paliativos”, Juan Pedro Alonso (2008) argumenta que el único medio por el cual experimentamos el mundo es a partir de nuestro cuerpo y señala que la objetivación del cuerpo no es sino una forma histórica particular, reflexiva, de atender al cuerpo, desde la cual se hace evidente que “nuestro cuerpo” constituye un objeto para nosotros.

Partiendo de esa premisa, en la narrativa de Carolina se entiende al cuerpo como el complemento necesario para transmitir lo que ella sintió, cómo fueron las primeras horas al conocer la noticia. El cuerpo, en definitiva, es un vehículo que puede mostrarnos la materialidad de ese tránsito en el mundo, las huellas y las heridas que van quedando, lo que nos produce una situación en particular, el cómo ante la tristeza más grande, nos puede faltar la respiración, tener

un nudo en la garganta, no sentir las manos o, como en mi caso, querer gritar o que mis piernas estuviesen inmóviles por una descarga de frío que me recorrió internamente. Ahora bien, ser madre como Amalia o ser hermana como Juliana, que son dos vínculos filiales que han sido entendidos en nuestra sociedad como más cercanos, *¿El estar en conocimiento de la noticia del fallecimiento de su ser querido habrá sido entendidas por ellas desde y con el cuerpo? ¿Cómo lo relataron?*

En medio del trabajo de campo me acerqué a Amalia, la madre de Camilo, para comentarle acerca de la finalidad de la investigación que me había propuesto años atrás, pero también acerca de los diferentes criterios éticos que se tuvieron en cuenta para abordar la muerte de su hijo, sin revelar su identidad, las instituciones involucradas, ni mucho menos los detalles puntuales que formaron parte del suicidio. Era importante que un documento que toca un leve fragmento de lo que tiene que ver con el paso de Camilo por el mundo, ella lo conociera, pero, sobre todo, lo aprobara. Por esa razón, una tarde la busqué para sentarnos en un lugar que nos permitiera hablar sobre lo que significaba para mi poder aproximarme a su experiencia.

Debo aclarar que mi indagación no resuelve el cómo otorgarles a los sobrevivientes de un suicidio las herramientas para afrontar una situación semejante, pero si pretende ser un insumo para quienes estén formulando intervenciones, planes, programas que se encuentren en la búsqueda de incidir en un fenómeno como este. Por ende, aunque en principio no conseguía usar las palabras más adecuadas para transmitir la solicitud a la señora Amalia, los nervios y la sudoración en el momento me estaban haciendo añicos. En ese momento fue cuando ella, en medio de tanto rodeo mientras tomábamos café, me dijo: “Tranquila mamita, yo sé que usted no está *morboseando* a mi niño, quédese tranquila por eso”. Luego le argumenté que una vez tuviera los capítulos escritos y corregidos por mis asesores, ella definiría que se dejaba y que no de lo que yo le presentara. Entonces, ella me respondió: “bueno, entonces sumercé me avisa para que yo lea”.

Sus palabras hicieron más sencillo para mí asumir su consentimiento, pues fue explícito desde el comienzo. Amalia me comentaba que algunas personas se acercaron a hablar con ella solamente para averiguar si había sido su hijo el que se había suicidado o para culparla de la muerte de él por estar en ausencia de Dios, una serie de prejuicios que la lastimaron en su momento. Después de hablar sobre lo que nos reunía, vino el relato acerca de todo lo que había enfrentado desde que Camilo murió. En lo personal, no quería que se tocara como tema de conversación la

muerte de su hijo, pero fue inevitable. Mi mamá, por casualidad, ingresó a la sala en la que nos encontrábamos, se sentó al lado de ella y la dirección de lo que se estaba hablando, sin planearlo se presentó hacia los hijos.

Fue mi mamá la que le preguntó a Amelia cómo se sentía y a qué se dedicaba en ese momento. Porque lo admito, me sentí torpe, sentí miedo de herirla, pero fue mi madre la que finalmente hizo que ella pudiese encontrar la confianza para “desahogarse” y decir lo que quería decir desde el inicio de nuestro encuentro. No quería que ese espacio la hiciera sentirse mal, supuse todo el tiempo y, sé que en la investigación el suponer va en contravía, pero en realidad me llené de temor. En una oportunidad, el docente Carlos Iván Molina Bulla, al finalizar una de la clase, respondió a mi temor de continuar con mi tema de tesis, diciendo que hablar sobre el suicidio de un familiar también es terapéutico, porque a las personas les permite liberar para sanar, y eso fue lo que presencié en ese encuentro de la madre de Camilo con mi propia madre.

Amelia respondió a las preguntas de mi madre diciéndole, en presente, que seguía luchando por su hijo, que seguía trabajando en el área de la salud, que asistía regularmente a una congregación religiosa y que se encontraba en un tratamiento de fertilidad para lograr concebir un bebé, que ese era su mayor anhelo. En ese momento, mi mamá le preguntó que hacía cuanto se encontraba realizando su tratamiento de fertilidad, pues consideraba que Amelia era una mujer joven, que aparenta si acaso treinta y ocho años, que practica deporte, además tiene una contextura delgada. Amelia le respondió que cuando su hijo “le hizo eso”, ella inicialmente dejó de menstruar y luego, de manera inusual, el sangrado volvió y no cesó a tal punto de causarle una hemorragia. La petición que Amelia le hacía a Dios era la de “que le mandara una nueva vida”.

“Imagínese cómo fue que yo estuve, o sea, ya me está empezando a bajar el periodo, yo duré como siete meses sin que me bajara el período. Entonces, lógico que la pareja que tenía no me iba a engendrar, porque no. Yo no me vacunaba ni nada; entonces, ahoritica sí. En este momento va a volver a bajar el período, yo lo sé, porque yo una vez tuve una hemorragia fuerte, fuerte y después, no me bajaba el periodo y como le dije, duré meses menstruando, o sea, nunca, después de que pasó lo que pasó, mi menstruación volvió a ser igual. En una clínica, una doctora me formuló unas pastas y me frenó el periodo, ahí sí ni modos de quedar uno en embarazo así. Yo me apegué tanto a mi hijo que uno nunca espera,

nunca espera lo que él me hizo, ¡jamás! eso a uno [silencio]. Pero fue algo que nunca me esperé, es que lo tenía todo, así uno no tuviera uno le daba todo, y digo, bueno, mi Dios me lo quitó y ojalá algún día me mande una nueva vida” (marzo de 2018).

Cuando Amelia describía la felicidad que tenía porque en ese momento le había llegado la regla, se tocaba el vientre, como identificando que ese era el sitio de su cuerpo que más se afectó tras la pérdida de su hijo Camilo. No en vano Amelia reclamaba el acto de su hijo y se esperaba en volver a alojar vida. En definitiva, la decisión de Camilo fue en contra de la vida que ella le otorgó. Aun así, mi madre la miró a Amelia y le dijo algo que en el momento jamás hubiese podido decirle: “pero eso son los hijos, los cargamos durante nueve meses, pero no sabemos con lo que nos puedan salir”, “uno cría hijos, no condiciones”. Se miraron ambas y Amelia asintió. En ese momento no tenía idea lo que significaba “cargar en el vientre”, pero por la experiencia de mi madre, por los desatinos que tenemos los hijos muy a pesar de la crianza de nuestros padres, el reclamo fue dado entre quienes sí saben lo frustrante que es entregar, pero encontrar en el camino que no siempre somos lo que se espera, que las decisiones que tomamos no necesariamente se encuentran en sintonía con lo que se quiere o se espera.

En el mapa de la experiencia sensorial en el cuerpo de las mujeres, el vientre de Amelia ha sido un sitio que ha llevado consigo la reclamación por la ausencia de su hijo Camilo. En la narrativa de esta madre, es el periodo menstrual el síntoma que pone en evidencia una afectación profunda, que el dolor se expresa en un caos, en la irregularidad de lo que debiera ser cíclico. Lo más difícil y lo que más me costó en el trabajo de campo fue ver a Amelia reclamarle a su hijo. Ese reclamo se acompañaba de un gesto doloroso, señalando el lugar que lo anidó, donde ese dolor cobraba materialidad en un desarreglo de la fertilidad, en un desarreglo del cuerpo materno.

Por su parte, Laura María Panizo (2008), en su texto sobre “Propuestas para una antropología de la muerte”, aborda la experiencia práctica del cuerpo en la vida social, la materialidad del cuerpo y su materialidad pre reflexiva de vincularse con el mundo a través de percepciones, sensaciones, gestos y movimientos socialmente constituyentes. Esta materialidad del cuerpo y su experiencia práctica, están atravesadas por significaciones culturales; a partir de reconocer esta constitución material simbólica de la corporeidad, existen cuerpos significantes. En esos términos, el cuerpo de Amelia se puede comprender como símbolo dominante, porque guía

su experiencia, así como su percepción con respecto a la muerte de su hijo, sus significaciones y demás manifestaciones que sus efectos produjeron en ella.

Conjuntamente, la tesis de grado de Natalia Montenegro (2017) elabora un apartado titulado “Cuando el cuerpo del otro se siente en el de uno: piel y útero”. La autora argumenta que las madres de hijos que fueron víctimas de desaparición forzada, en su experiencia de aflicción por no tener certezas sobre el lugar en el que se encuentra el cuerpo de sus hijos, cuentan desde sus cuerpos cómo se siente el hecho que para ellas sus hijos se hagan presentes desde lo sensorial, pues cuando los mencionan “su piel se pone china”. La señora Constanza, por ejemplo, se tocaba el vientre preguntando “¿Si yo lo tuve en mi vientre por qué no lo puedo enterrar? Es injusto que lo haya cargado nueve meses dentro de mí, lo vi crecer, le pedí nietos y me lo quitaron; ni siquiera sé quién lo mató”. Doña Irene, cuando recibió la llamada de Medicina legal que confirmaba la muerte de su hijo, sintió en el útero “como si a uno le pusieran un bloque de hielo”.

En la misma vía: ubicar en el cuerpo la experiencia del otro

“Entregaría mi vida a cambio del privilegio enloquecedor de abrazarte, de recostar mi cabeza en tu pecho, y abrazarte, encontrar la seguridad en ti. Te adoro, te idolatro, si no puedo vivir sin ti llevaré, supongo, una especie de anti-vida, de vida en reverso, de negativo de la felicidad, una vida con luz negra” (Andrés Caicedo, Cali, 4 de marzo de 1977)⁶.

Hablé por primera vez con Juliana sobre la muerte de su hermano Felipe el 4 de diciembre del año 2016. Al verme nerviosa, con copias subrayadas en mano, ella me preguntó ¿qué evento tiene? a lo que respondí con mucha ansiedad que estaba a punto de sustentar el anteproyecto de mi tesis y que, el tema era muy difícil, sobre todo por las creencias que existían entorno al mismo. Estuvimos conversando acerca del suicidio de su hermano durante más de dos horas y al terminar de hablar, me volvió a preguntar en torno a la sustentación, si me sentía lista y al fin cual era el tema, pues no lo dejé claro al principio, a lo que rematé con decirle que era el suicidio mi interés en la formulación de la propuesta. Aunque mi percepción sobre Juliana siempre fue la de una mujer

⁶ Las dos últimas cartas de Andrés Caicedo antes de morir. Poetas del fin del mundo, noviembre 29 de 2014. Cali Valle de Cauca. Disponible en: <http://poetasdelmundomundo.com/2014/11/29/andres-caicedo-cartas/>

fuerte, trabajadora, me fui a casa en ese momento pensando que era una mujer muy valiente, pero, sobre todo, pensando en su narración sobre lo sucedido con su hermano Felipe.

Juliana lo asumió como una determinación en su vida y aunque parecía era evidente, no lo era, pues en otras conversaciones, entendí que, pese a que Juliana no tuvo una buena relación con su hermano Felipe, el dolor de ella y ese del que tuvo que ser testigo inicialmente con sus padres, lo vivió a vivir en su primera y única experiencia amorosa. Juliana padeció el desengaño amoroso inmediatamente después de haberse ido a probar suerte con el único hombre que ha sido su compañero; ahí cada referencia hacia el dolor, la traición, estuvo asociada a los problemas de pareja que vivió Felipe y que posteriormente lo llevaron a cometer suicidio. En sus relatos, Juliana reflexiona sobre lo que ha sido su vida, sobre lo que le ha causado dolor, poniendo esos hechos siempre en relación con la experiencia de la muerte de su hermano.

Ser mujer, salir del lugar de donde se es originario a temprana edad y adaptarse a otra realidad que se desconoce, no es nada sencillo, más aún cuando la familia está tratando de asimilar una etapa tan difícil como la pérdida de uno de sus miembros. Para Juliana, vivir con su esposo Aníbal le brindaba la posibilidad de resguardarse de la muerte que había sido “sembrada” en su padre y en su madre. Sin embargo, cuando me hablaba de su esposo, Juliana hablaba de una situación conflictiva con su pareja, de desengaños amorosos que, de una u otra manera llevaban a la muerte de Felipe, que aparecía en el relato “cuando la cosa no andaba nada bien”. Las atribuciones de Juliana reafirmaban que, con su propia experiencia amorosa, “yo entendía a mi hermano Felipe”, “como mi hermano lo hizo, cuando terminó con esa vieja, pues yo también lo iba a hacer”. El desengaño le permitía entender las decisiones de él: “Yo pienso en mi hermano Felipe, porque eso es muy duro, que lo engañen a uno; eso de que la Mery lo cachoniaba, lo mismo me pasó a mí, pero a mí de una dolía la barriga, yo no podía ni comer”.

La alusión al cuerpo por parte de Juliana volvía sobre la decepción amorosa de su hermano para reconstruirla. En ese proceso de recordación, el cuerpo fue el puente para representar la vivencia de aflicción ante los momentos conflictivos con Aníbal. En palabras de Juliana, cuando sostenían discusiones ella y su esposo, pensar en eso era remitirse a pensar en su hermano y también sentir que: “el estómago me sonó toda la noche burrrrrr, eso parecía un huracán ese estómago. ¡Uy ese corazón se me ponía a mil!”. En concordancia con el relato de Juliana, Mónica

Cuellar (2010) encuentra que lo trágico de la experiencia los sobrevivientes de la avalancha de Armero se expresan en prácticas enraizadas en la incorporación del despecho. En las palabras de Juliana, que su estómago pareciera un huracán, precipitó su inserción en la tragedia desde la que emprendió su huida.

Juliana huyó de su pueblo después de la decisión de su hermano de morir, no soportó la manera en la que se desencadenó la pérdida en sus padres. Antes de irse, sin Juliana pensarlo, estaba construyendo los cimientos de su vida de pareja, del único hombre que la acompañaría para siempre, para bien como para mal, esa había sido su elección. Al llegar a Sibaté, tuvo que pasar tragos amargos, soportar infidelidades, “hasta que Dios por fin hizo su obra” y le entregó a un Aníbal diferente, ese que hoy está a su lado, que la respalda, pero que casi, también, le cuesta hasta su propia vida. El matrimonio es duro, así lo refiere ella, cuando al mirarme a los ojos me argumenta que sabe por experiencia propia “qué es que la engañen” e incluso su esposo en otro momento le dijera que ningún otro hombre se fijaría en ella por tener hijos. Juliana no se limita a decir que ser mujer es “berraco”, que le toca a uno aguantar y aguantar, desde los golpes más duros, hasta los que le llegan a uno cuando tiene marido, porque cuando ellos se le entran al corazón y le hacen hijos a uno, ya uno tiene el cuerpo y el alma en una misión con ellos y con Dios. Su vida, entonces, fue marcada por una fatalidad, que siguió estando presente en la comprensión del significado de lo que fue el engaño y su entrega definitiva y “para siempre” en el matrimonio y en la maternidad.

Transitar las emociones para encontrar su lugar: lo intangible y la presencia en lo concreto

Lo que desarrollo en adelante tiene que ver con los diferentes elementos que pueden darse después de la muerte, el cómo la aparición en un sueño por parte del ser querido que cometió suicidio puede ser entendido en seguir estando presente en las vidas de las personas con las cuales se tuvo un vínculo estrecho, así como lo que las mujeres en este caso, definen como las señales que representan el no haberse ido del todo del plano terrenal, el prevenirlas sobre una situación en particular o simplemente transmitir algo que no se alcanzó a decir. Por otro lado, el papel que cumplen los objetos para preservar las características de la persona que se fue, su rostro, los rastros materiales que permiten recordar las anécdotas que afianzaron los lazos de afecto, así como los

mecanismos que las mujeres implementaron para mantener aún en su realidad, una certeza material de quien ya no está.

Relacionado con lo anterior, Ana Campo y Miguel Aparicio (2017) afirma que el sistema de creencias judeocristiano asume que la persona que se suicida se encontrará en pena, materializándose en que, en la dificultad para encontrar la luz, se insertan en los sueños de sus dolientes o tendrán apariciones fantasmales en las que tratarán de intervenir con algunos vivos. Esta afirmación, cobra sentido en las narrativas de Carolina, Lorena y Amelia, pues es a partir de los sueños, las señales, las apariciones que estas mujeres identifican el lugar que ocupa Camilo en el más allá, pero también, el sentido que tiene para ellas como dolientes mantener intactos los objetos más significativos sobre el lazo que se construyó y que muy a pesar de la muerte no se rompe.

Defino como presencia en lo intangible a cada sueño, aparición, señal, que las mujeres han descrito en sus narrativas, pues estas, a pesar de no ser palpables, son ese canal en el cual sus seres queridos se han comunicado, les han otorgado pautas sobre sus vidas y les han hecho saber que se encuentran allí. En esa misma dirección, lo que especifico como ausencia en lo concreto es la asignación que realiza Víctor Payá (2012), quien refiere que Goffman asume que el ser humano es también un ego territorial, porque construye su identidad desde el espacio, extiende su “yo” a los lugares y también a los objetos que lo rodean (a los cuales confiere emociones particulares). Pero no sólo eso. El ser humano se “fabrica” gracias a la palabra de otros, a través de las infinitas interacciones llevadas a cabo en lugares que igualmente son investidos de significado, de objetos que son intercambiados, resguardados, utilizados en el transcurrir de la vida (pág. 30).

Volviendo sobre lo anterior, de los sueños se ha hecho un intento en la historia por atribuirles dotes de revelación de un futuro posible, de ser el umbral donde el mundo inmaterial conecta con nosotros. Evidencia de ello se encuentra en el judeocristianismo, que considera a los sueños como el portal mediante el que Dios se comunicó con José para transmitirle el rol que cumpliría más adelante. Desde la psicología, se ha dicho que los sueños simbolizan en el inconsciente nuestra realidad. No obstante, lo que interesa en los sueños de las mujeres es la manera en la que ellas buscaron comprenderlos para de ese modo tomar acciones frente a sus vidas.

En ese sentido, Carolina hace mención al hecho de que días después de la muerte de Camilo tuvo el sueño durante varios días,

“Yo tuve que ir a terapias con el padre, yo tuve varias terapias con el padre porque después de que él murió, qué te digo, dos, tres, semanas después, empecé a tener el mismo sueño recurrente, que era que yo subía unas escaleras, él me llamaba y me llamaba y yo subía unas escaleras y había dos puertas, una tenía una cruz y la otra no y obviamente yo siempre intentaba abrir la puerta con una cruz, pero no me dejaba. No sé, pues uno deduce que la cruz es la iglesia, Dios, no sé, y no, me dejaba era abrir la otra y yo abría la otra y estaba la imagen de Camilo colgándose. Entonces, yo me despertaba así y fue muy recurrente y el padre decía que era muy recurrente porque yo estaba echándome la culpa. El padre me decía que tenía que rezar, que tenía que dejar de echarme la culpa, antes de irme a acostar decirle yo sé Camilo que tú estás bien, yo sé Camilo que no fue mi culpa, que fue tú decisión y respeto tú decisión. El padre me decía que yo siempre dijera eso y antes de acostarme siempre lo decía, siempre lo decía, hasta que por fin tuve un sueño, que era ese mismo sueño, pero yo abría la puerta de la cruz y me dejaba ver a Camilo bien, que estaba bien” (febrero de 2017).

En la narrativa de Carolina emergen elementos interesantes relativos al sistema de creencias, pero sobre todo a la carga de sentido que posee el suicidio en el catolicismo, pues este está visto como un pecado, porque confronta los designios de Dios sobre la vida del ser humano. En síntesis, no somos dueños de nuestra existencia y esto se refleja en la organización simbólica de nuestra sociedad; por ello, hay una alusión hacia el pecado cuando se atenta con esa potestad de Dios sobre nosotros. La puerta con el símbolo de la cruz es la representación de la aceptación de los valores religiosos en la vida, mientras que la otra puerta pareciera ser, siguiendo la elaboración de Carolina, la desobediencia, el pecado, el castigo por no cumplir con el mandato divino.

Siguiendo a Vanesa Rueda (2020), el suicida, al tomar la decisión de acabar con su vida, pareciera retar la superioridad de la autoridad que ejercen las diferentes instituciones en la vida social sobre el cuerpo, la vida y todo lo que la compone. Dentro de las instituciones se encuentra el aparato religioso, construyendo categorías morales desde donde el suicida se desliga a raíz de

su decisión. En ese sentido, las cargas simbólicas expresas en el sueño, están atribuyendo una puerta hacia el deber ser, lo benigno y una puerta hacia lo maligno, lo que se aleja de esa condición de benignidad. Lo que resulta interesante en el sueño de Carolina es a quién acude para resolver lo perturbador de su sueño; precisamente, a una autoridad eclesiástica, un sacerdote, lo que indica la relevancia que la Iglesia tiene entre las personas que hacen parte del círculo más cercano del joven fallecido.

Por otro lado, dentro de las conversaciones que sosteníamos, Carolina cuenta que, como parte de su rutina, al ir en el transporte público solía despedirse de Camilo al pasar por el cementerio, situándolo a él en ese espacio y manteniendo ese lugar en su vida. Sin embargo, lo que mantuvo la esperanza de que Camilo a pesar de su ausencia se encontraba presente, aunque Carolina no pudiese verlo con la regularidad con la que solía hacerlo en vida. Pasados ocho meses después de la muerte de Camilo, él se presentó ante ella el mismo día de su graduación. Carolina la enuncia como una aparición.

“El día que nos graduamos, el 27 de noviembre, Camilo se me apareció, eso era como a las cuatro de la mañana y yo me tenía que levantar para bañarme, arreglarme, tú sabes, arreglarme el cabello, las uñas, que tal cosa y de una vez el *pedicure*, porque nos íbamos a San Andrés y todo eso. Entonces, Camilo me dijo que nos felicitaba a todos, que estaba muy contento de vernos juntos y que él estaba bien y que estaba feliz, y yo como que sentí que sí, que él estaba bien y que yo estaba hablando con alguien estando despierta. No fue que yo estuviera dormida, porque no, yo me estaba despertando de la cama y yo lo vi y lo vi en una luz. Entonces, yo empecé a llorar y a llorar mucho y él se fue desvaneciendo y yo me puse a llorar y claro mi mamá llegó corriendo porque yo empecé a gritar como de los nervios, de que... y yo lo fui a coger y él me dijo que no, que no, que no lo cogiera” (febrero de 2017).

Carolina entiende la aparición de Camilo como parte de algunas de las señales que anuncian, de una manera enriquecida sensorialmente, la persistencia de su presencia. Dorothee Delacroix (2020) sostiene que la manifestación del alma de un desaparecido o de un difunto se comparte frecuentemente en los pueblos andinos con una experiencia individual, pero que es socialmente legitimada. En concreto, se dice que el alma vuelve al lugar que le es familiar, pero

además esta puede manifestarse a las personas para realizarles anuncios especiales en diferentes maneras, entre ellas la dimensión onírica. Lo que interesa particularmente de la argumentación de la autora de que las “almas en pena” y otros fantasmas tienen una escasa presencia en las ciencias sociales que se dedican a revisar acerca de la posteridad de la violencia, porque apenas son evocados como el resultado del estrés postraumático o de un imaginario social muy arcaico, porque no son considerados como categorías interpretativas de la experiencia y de la desaparición (p. 63).

Por el contrario, en el enfoque de la experiencia, la presencia de Camilo se manifiesta como el desarrollo de una conversación vívida en la que se identifica un lugar especial de esta persona en la vida de Carolina, que sigue haciendo parte de las relaciones continuas, en este caso con sus compañeros que continuaron en el camino de su graduación. Por su parte, Lorena también describe una experiencia similar el mismo día, pues ese era el fin del ciclo escolar, un evento esperado por todos, liminal, porque el momento obtener su título de bachiller abre las puertas de la posibilidad para sus vidas. Lorena, al igual que Carolina, presencié el alma de Camilo, que se comunicó por medio de un sueño.

“Yo me quedé sin respiración porque no era un sueño, yo estaba sentada... ¡Es que yo me senté en mi cama! O sea, no fue como... que yo estaba durmiendo y abrí los ojos y seguí acostada ¡Y no! Yo estaba sentada y yo sólo le decía Camilo y él me decía que me quería mucho, cuando empezó a caminar y caminar y se fue desvaneciendo esa lucecita. Entonces, por eso yo digo que él está en el cielo, porque es una luz... una luz brillante, como de Dios, como mágica... no sé. Yo me acostaba llorando, o sea...era horrible y un día en el que soñé, eso sí fue un sueño y yo sí siento que él fue que se despidió, y yo me levanté. ¡Con una felicidad!, ¡Cata, indescriptible! Me podía haber ganado el Baloto, pero la felicidad ese día no se compara con nada, o sea, fue como tranquilidad” (febrero de 2017).

El trabajo de campo, como ya mencioné, se elaboró en un lapso comprendido entre el año 2017 e inicios del año 2018, un poco antes de la muerte de mi primo Daniel. Cuando Lorena me expresó su sensación de paz, lo entendí. Pero, una vez fui yo la que experimentó en carne propia el ser sobreviviente, entendí a qué se refería con que después de ver en sueños a nuestro familiar, un día al fin, sepamos que ya se encuentra donde deseamos que esté. Una vez pasó el 14 de febrero del año 2018, me sumí en un dolor inmenso, no tenía idea de cómo tramitarlo, como administrar

mi dolor. Parecía dando pasos en falso por todos lados, me sentía completamente responsable de todo, de no haber alertado a tiempo a la mamá de mi primo, de no estar más implicada en su vida, de no ofrecerle una conversación en la que pudiese revelar lo que estaba pensando.

Busqué al rector de mi Universidad, leía una y otra vez la historia clínica que había encontrado en su escritorio. Pasaron los días, viajé a Estados Unidos, pues mi esposo estaba esperándome, porque me encontraba en estado de embarazo. Cada noche, durante cuatro meses me despertaron pesadillas regularmente a las tres de la mañana, la sensación era indescriptible; en oportunidades lloraba en las madrugadas porque me sentía culpable. Mis sueños iban desde ver los ojos de mi primo llenos de sangre, repitiéndome que se encontraba bien, aun pensando en el sueño que no era así, hasta verlo en medio de un incendio con la piel tiznada. Poco a poco, los sueños fueron mermando hasta llegar al punto de desaparecer, hasta que el 9 de diciembre del año 2020, el día que desperté de la anestesia por una intervención quirúrgica, cuando al fin pude conciliar el sueño en medio del dolor físico, lo vi en un sueño. Tenía ropa blanca, me miró a los ojos y me pidió que no volteara atrás de nuevo, que me esperaban cosas aún más grandes de las que había soñado, que él se encontraba bien, que sabía cuánto había orado por él. En el sueño, lloré y me desperté sintiendo esa directriz en mi vida. Sé que, al estar ante una anestesia general, las alucinaciones son posibles, pero no minimizo la paz que me produjo verlo, pues pensé que había olvidado incluso los detalles de su voz, su piel clara, su cabello rojo encendido, sus palabras llenas de cariño. Esa noche sentí paz.

En la narrativa de Amelia, la madre de Camilo, se mantuvo una alusión importante a que en medio de sus sueños encontró que su hijo ingresó al reino de los cielos. Los sueños poseen atributos simbólicos que se asignan al plano divino, entre estas condiciones está el tránsito hacia Dios que relata Carolina y en las apariciones la definición de “encontrarse bien” o tener una luz que lo sobrepasa, pues es característico de los diferentes arquetipos de lo sacro en la iglesia católica, en la que la silueta de los cuerpos de los santos arroja luces a su alrededor, pues están dotados de facultades divinas. En el relato de Amelia, existe otro atributo en el que ella adjudica la razón por la que ella sabe que su hijo se encuentra en el cielo,

“Cuando estaba jugando con los amiguitos, con los primos con la familia con esa agua y él estaba esperándome en la puerta de la casa, mi hijo fue muy lindo, muy especial y hace

poquito pues me soñé con el niño, me soñé que estábamos...que yo llegaba a la casa y él estaba esperándome, me soñé de pequeño que yo lo llevaba al jardín, y entonces no sé qué significa el sueño, pero ya gracias a Dios, mi hijo entró al reino de los cielos, con esa agua tan bonita, tan limpia, yo lo supe” (marzo de 2018).

La muerte de Camilo causó en Amelia diferentes situaciones, una de ellas, la crítica indiscriminada de la gente, las preguntas impertinentes que vulneraron la intimidad de su historia familiar, pero también, síntomas corporales como hemorragias o ausencia total de su periodo menstrual y la caída de su cabello. En el momento en el que Amelia terminó por decir que su hijo había encontrado ingresar al lado de Dios y esbozó una sonrisa en medio de su conversación, fue en ese momento en el que definitivamente entendí que los sueños son importantes, porque les otorga a los sobrevivientes la esperanza de un plano de sanación en un medio en el que sanciona y condena el suicidio.

Presencia en lo concreto: la importancia de los objetos

Camilo en la habitación de Carolina

Los objetos cumplen con un papel importante en la vida social de los seres humanos, no en vano construimos museos, edificamos monumentos, tomamos fotografías con el fin de congelar un momento para luego recordarlo. Por medio de los objetos forjamos vínculos de afecto, relatamos lo que hemos vivido con una persona. Entendiendo que los elementos materiales hacen parte fundamental de las relaciones humanas, este apartado propone una mira alrededor del significado de los objetos después de la muerte de Camilo, pues siguiendo a Dollors Agulló Hernández (2010), en su artículo “La mirada antropológica de los objetos”, explica que el valor dado a los objetos es otorgado por los sentimientos que perduran a través del tiempo (en ocasiones a través del espacio) y de algún modo esos sentimientos no son otra cosa que una proyección hacia las personas, lugares, anhelos, sueños, deseos, miedos, etc., que esos objetos proyectan (p. 3). Comprendiendo lo anterior, el título “presencia en lo concreto” tiene que ver con los elementos materiales que cobran

mayor valor para los sobrevivientes a un suicidio, debido a que, los objetos son la posibilidad de conservar parte de la presencia del ser querido que ha fallecido por su cuenta.

Para recorrer el camino acerca de la importancia de los objetos que son significativos para Carolina, Lorena y Juliana, se hace necesario ubicar la historia que relatan, los sentimientos, el carácter simbólico que ellas le atribuyen, pues en esa medida entendemos que después de la pérdida, ellas han definido que estos elementos son significativos dentro de su experiencia. Este recorrido lo empezamos en una mañana del mes de enero del año 2018, por casualidad me encontré con Carolina, ese día hablamos de diferentes temas, nada en relación con Camilo. Me invitó a su casa, nos tomamos dos vasos de gaseosa, luego la acompañé mientras dejaba hecho el almuerzo para su mamá, su padrastro y su hermanito. Mientras conversábamos, me pidió que le alcanzara su celular que se encontraba cargando en su habitación. Al ingresar vi su pared, tenía varias fotografías de diferentes momentos de su vida con amigos, su mamá, su hermanito y en la mitad se encontraban dos imágenes, una de ellas con el rostro de Camilo y otra alusiva al primer aniversario de su fallecimiento. Regresé a la cocina, le entregué el celular a Carolina y le pregunté si podía detenerme a leer el volante conmemorativo, pues por respeto no lo hice, a lo que me respondió que fuéramos juntas para contarme un poco acerca de esas fotos y de algunos objetos que aún conservaba.

Me mostró la fotografía más pequeña donde solamente estaba el rostro de Camilo, allí me explicaba que esa foto en especial era muy importante porque Camilo se la regaló dos años atrás para que ella nunca lo olvidara. Cuando Camilo vivía, Carolina solía conservarla en su billetera, pero cuando Camilo murió, buscó reunir cada cosa que Camilo le había regalado en vida, con el ánimo de no perder de vista su ser, los detalles que conformaron lo que él era. Al mostrarme la foto, Carolina me relató con nostalgia la fascinación que tenía hacia sus ojos, “eran ojitos verdes claros”, “su cara tenía pequitas”, “era blanquito” y su cabello era negro. Luego, me contó la historia de la otra imagen que tenía sobre su pared, esta era conmemorativa a la muerte de Camilo, pues cada año su mamá se encargaba de pagar misas por su eterno descanso. Ella misma tomó la imagen de tal forma que no pudiese exponerse la identidad de su amigo; en paralelo, se ve otra imagen donde no son claros los rostros de otro grupo de amigos.



Ilustración 1. La pared contigua a la cabecera de la cama de Carolina, las fotografías de las personas más importantes en su vida” (Sibaté, enero de 2021)

Al continuar el recorrido por su habitación noté que en su pared no solo se encontraban sus objetos más preciados como fotografías. En una repisa grande, de forma organizada, se podía ver en primer lugar la envoltura de un regalo perfectamente conservada (imagen 2), era una envoltura de cartón con un vaso adentro con muy poco uso. Le pregunté ¿por qué no lo sacas para usarlo? Ella me respondió que no, “porque se me puede dañar, se puede desportillar y este fue el que Camilo me compró con sus manos, por eso prefiero guardarlo así”. Ese sentido del cuidado, de evitar el desgaste que sucede cuando utilizamos cualquier objeto, tiene que ver precisamente con lo que remite Dollors Agulló (2010), cuando habla de la capacidad simbólica de los objetos, ya que las personas dan el valor a los objetos o no objetos, incluso sin consciencia alguna de ello, por los vínculos afectivos que estos objetos traen a la memoria. Sentimientos rememorados ante el objeto, sentimientos que se establecieron a partir de relaciones estrechas, que se dieron o que se

habrían deseado tener. Lo cierto es que los objetos no tienen más valor que aquel que nuestro ideario (ideas, reconocimiento de sentimientos, recuerdos) (p. 5).



Ilustración 2. Regalo de cumpleaños de Camilo hacia Carolina, un año previo a su fallecimiento (Sibaté, enero de 2021)

En ese recorrido frente a los objetos especiales, guardados en un lugar donde no pudieran estropearse o perderlos, estaba un anillo de plástico de colores, del cual se había hablado en otras oportunidades, incluso en conjunto con Lorena. El anillo era importante no solo para Carolina, también lo era para Lorena, porque en el grupo de amigos habían pactado que era un anillo que reflejaría la amistad entre ellos y estaría de mano en mano recordándoles que Camilo los quería a cada uno que debían estar unidos. Al morir Camilo, el anillo quedó en manos de Carolina; por esa razón, el anillo tiene un valor profundo, ya que materializa la unión, la alianza de un grupo de amigos y, sobre todo, el cariño con el que se les entregó.



Ilustración 3. “El anillo del grupo de amigos, regalo de Camilo a Carolina” (Sibaté, enero de 2021).

Pensando precisamente en el cariño que está impreso en cada regalo como el anillo y el vaso de Carolina, el trabajo de Adriana Bolaños (2019) sobre la brujería en los Llanos, precisa que, en la teoría del don de Marcel Mauss, el *hau* es el poder espiritual de la propiedad personal que la cosa dada lleva, es un vínculo espiritual entre lo que doy y mi ser. Al dar algo, no solo se da un objeto; se tiene una intención, un sentimiento. Para mí, el espíritu del don es esa mezcla de intención y sentimiento del donante. El don lleva consigo una parte del dador (p. 308). Remitiéndonos precisamente a esa última afirmación, “el don lleva consigo una parte del dador”. Los dos regalos que Camilo le realiza a Carolina, son el reflejo de esa fuerza con la que se entrega a quien se decide otorgar el privilegio de “dar un regalo”; esa intención, esa magia, están materializadas, precisamente, en el vaso y en el anillo; por ello, cuando tomamos la determinación de guardar, de ubicar en un lugar, también se les está asignando un sitio en esa interacción diaria que realizamos con los objetos que tenemos en el lugar donde vivimos.

Darles voz a las cosas

A la edad de siete años murió una prima, hermana de mi mamá, con la que mi madre tenía una relación estrecha. La muerte de Eliana fue especialmente difícil para la familia, porque era una mujer de apenas veinticinco años; tenía una hija y se encontraba en estado de embarazo. En principio todos se preguntaron ¿Qué pasó? y no lograban una respuesta coherente, pues era una mujer sana que de un momento a otro presentó una hemorragia prolongada durante casi dos días. Al pasar del tiempo, una de las primas de mi mamá reveló que Eliana se había practicado un aborto en un lugar clandestino, lo que incitó a muchos desconocidos a juzgar sobre su decisión. El tema estuvo silenciado en la familia, se rumoraba, pero hablarlo abiertamente fue difícil.

Después de al menos tres años de la muerte de Eliana, visitamos a Carmela, su madre. En esa oportunidad, vimos que en las paredes había fotografías de momentos familiares y en todos los retratos estaba la joven figura de mi prima. Al salir de la casa, mi madre me dijo: “yo no tendría fotos si estuviera en una situación de esas”. Pasaron años y cuando Daniel mi primo murió, entendí que no todos nos relacionamos de la misma manera con los objetos, que hay personas que, en medio de un duelo, venden, regalan, botan, queman e incluso cambian de domicilio o de residencia, cuando una pérdida les ocurre. Pero otros, en cambio, les dan voz a las cosas, edifican desde lo que les sucedió para la presencia de su ser querido, para seguirla llevando consigo de alguna forma.

Lorena, al igual que Carolina, también conserva fotografías en la pared de su habitación, “para seguirlo viendo todos los días”, como ella misma lo refiere, y diseñó con sus compañeros un vaso para recordar a Camilo. Una de las acepciones de la palabra voz tiene que ver con “la autoridad o fuerza que reciben las cosas por el dicho u opinión común” (RAE). En ese sentido, un grupo de amigos se unen para diseñar un pocillo con una fotografía y un texto que recuerdan a alguien que ha muerto, imprimen en ese objeto una presencia, un enlace, para que Camilo no deje de seguir siendo parte del día a día de ellos. De modo que hay una decisión tanto individual como grupal, desde donde se espera no truncar esa relación que la ausencia limita.



Ilustración 5. Vaso de Lorena, en memoria de Camilo, elaborado para el recuerdo de su grupo de amigos y familiares (Sibaté, enero de 2018).



Ilustración 6. Fotografía en la pared de la habitación de Lorena, en memoria de los vínculos familiares y de amistad con Camilo. El número 25 simboliza una fecha importante para ambos (Sibaté, enero de 2018).

Las cosas también hablan

En una escena del crimen, los investigadores se encargan de revisar detalles minuciosos que puedan revelar el minuto a minuto de un homicidio o de algún tipo de muerte violenta. Los objetos, en ese sentido, son testigos que asumen un rol crucial a la hora de descubrir *¿Con qué? ¿Cómo?* y *¿En qué lugar?* se desarrollaron los hechos. En el suicidio ocurre de una manera similar, salvo que las características que construyen la escena de ese evento son materia de culpabilidad y de sentimientos de profunda tristeza en sus dolientes. No quiero decir que una muerte accidental no muestre para los sus dolientes un panorama profundamente difícil de afrontar. Lo que quiero subrayar es que, al ser el suicidio un hecho intencional, en ocasiones premeditado con mucha anterioridad, hay ideas redundantes con las que los familiares y amigos se cuestionan: *¿Cómo se pudo evitar?*, *¿por qué no se comprendieron las señales de que podía ocurrir?*

En este aparte, nos concentramos en los objetos que los padres de Juliana conservaron tras la muerte de su hermano Felipe, aquello que pese a formar parte de un momento abrumador para su familia, decidieron preservar. Lo diferente de la relación con estos elementos materiales es el hecho de que en la narrativa de Juliana se expresara que días atrás, estos estuviesen anticipando el posible desenlace de su hermano. A pesar de que estos representan recuerdos tristes en su familia, es un objeto que fuepreciado por Felipe, por ello, para cerrar este capítulo, volvemos hacia la comprensión de que el ausente deja en los lugares en los que habitó, parte de sí mismo, que los otros buscan guardar y esto cobró sentido en los sobrevivientes para sobre llevar su pérdida. En el caso de la familia de Juliana, una pequeña grabadora, que hasta el día de hoy tienen en casa.

“Felipe se la pasó escuchando Darío Gómez en una grabadorcita chiquita que tenía y ponía ese que dice, des, eh algo de muerte. Yo no me acuerdo de esa música, no sé cómo es que dice, cuando yo me muera. Miento, “nadie es eterno en el mundo. Limpió la grabadora, en una de esas grabadoras que se quitaban los bafles. Felipe cogió las cosas y las repartió ese día, se repartió lo que había y lo único que no quiso regalar fue esa grabadora”.

Juliana recuerda que, durante un día completo, el día anterior a su muerte, su hermano estuvo alcoholizado escuchando una canción alusiva a la muerte. La canción tenía que ver con esa condición mortal que tenemos los seres humanos y que nos duela o no, llega el punto en que las personas que nos aman terminan por resignarse con la pérdida. Ella interpreta que era un aviso a

todos y que esa era la razón por la que él la escuchaba reiteradamente, pero que eso solamente lo entendió una vez su hermano había fallecido. Pues no era evidente para ella que la repartición de sus cosas, la limpieza de su grabadora favorita tuviera que ver con el deseo de acabar con su vida. Juliana explica que cuando su hermano Felipe murió, su papá buscó a las personas que le vendieron las municiones para recalzar la escopeta que usaban para la cacería de animales en el campo, pero después del tiempo entendió que ellos no eran responsables, pues había sido una determinación que sobrepasaba la voluntad de quienes más lo quisieron.

A modo de conclusiones, acudiendo a los puntos que hemos destacado, puedo decir que el contenido de este capítulo evoca la importancia del cuerpo, pues este se muestra como un vehículo donde se expresan las emociones que se encarnan tras la experiencia de la muerte, pues es el lugar posible donde, según las mujeres sobrevivientes del suicidio, han comprendido este tipo de experiencia, que se anida desde sí mismas. Con ello subrayo el concepto de “*embodiment*” de Csordas (1992), que señala el lugar trascendental que el cuerpo ocupa a la hora de contar, interpretar, situarse dentro de lo vivido a través de la muerte del otro que se quiere, donde, además, se materializa la presencia del ser querido en diferentes dimensiones, entre ellas la sensorial en la que se encuentran las manifestaciones que las invade en momentos particulares que tienen que ver con la persona fallecida, pero, por otro lado, los sueños y las apariciones del alma de su ser querido.

Tomando como referencia el concepto *continuum de comunicación* en la tesis de Natalia Montenegro (2017), según el cual las personas desaparecidas no dejan de transmitir mensajes cuando mueren, pues desde los objetos, los sueños, las señales e, incluso, las pistas que, según los familiares, amigos, exparejas, dejaron previamente sus seres queridos, antes de su muerte y son relatadas e interpretadas por ellos como mecanismos para transmitir aquello que sigue dándose de diferentes maneras. Teniendo en cuenta lo anterior, el análisis aquí contenido de este apartado está estructurado desde tres pilares principales, en los cuales se dialoga con la singularidad de las narrativas de las mujeres en cuanto a sus propias visiones de reclamación hacia su amigo, primo, expareja, hijo “ser querido”, su vivencia a través del cuerpo y las manifestaciones que expresan una gramática comunicativa en la que se encuentran sueños, señales, recuerdos sobre pistas, entre otros.

Para finalizar, es necesario señalar que a lo largo de la tesis hemos puesto de presente la importancia que tiene el sistema religioso en el suicidio; sin embargo, se hace evidente que asumir de un modo u otro, por el cuerpo, por la importancia que recubren los objetos en la materialidad que se manifiesta en la ausencia, organiza la manera en la que se le puede asignar a la experiencia, la forma en la que la religión media lo que vivimos, ya que esta abre la puerta para que se considere que se puede seguir en contacto y se requiere, porque existe un alma en pena que nos necesita y que puede encontrar un estado ideal a partir de nosotros. Comprendiendo esto, puede que la comunicación no se limite solo a los vivos porque también hay un sistema de creencias que apoya que esto sea posible.

En esa medida, la cercanía de Lorena y Carolina con los objetos, con los sueños, con la posibilidad de ver el alma de quien no se encuentra en el plano terrenal, es diferente a la de Juliana frente a un dogma que le enseñó que la condenación es proporcional al infierno; por ende, no existen planos medios y las almas no recorren los lugares, ni dan mensajes. Entendiendo esto, hay diferencias en las experiencias con el cuerpo, con el lugar y la manera en la que se perciben los objetos, con ese sitio en el que se plasma una trayectoria para explicar al otro lo que implica vivir un suicidio de quien se reclama como cercano. Desde ahí, es necesario aclarar que del judeocristianismo hemos heredado la noción de que el don de la vida lo dio Dios y que transgredir ese principio es un pecado; por ello, se reclama, se pregunta, “se preocupa” y se entiende a través de los sentidos. En esos términos, las mujeres lo interpretaron y de ahí que el cuerpo se hace un vehículo para definir cada paraje de lo que implica ser doliente.

CAPÍTULO 3. EL SUICIDIO: UNA MIRADA TRANSVERSAL

Las instituciones y su control sobre el cuerpo

En este capítulo de cierre propongo una discusión que aborda el suicidio de forma transversal, atendiendo al fenómeno en relación con las expresiones de las relaciones con el Estado, con el género y con el sistema de creencias que se hacen evidentes en los relatos de los dolientes y comprendiendo las construcciones simbólicas que repercuten en las formas de vida de las personas. De este modo, espero contribuir desde la mirada antropológica a la comprensión de un hecho que se constituye narrativamente como “un drama social”. Aclaro que las situaciones particulares que pueden rodear este tipo de muerte pueden ser diferentes y no todos los casos obedecen necesariamente a un diagnóstico de una patología mental; no obstante, son materia de intervención para la reducción de las estadísticas en los países identificados como occidentales.

El Estado

“Morir, una complejidad civil”

(Jesús Alejandro García, 2015, p. 30)

Con el fallecimiento de Daniel, algunos de los trámites que debían hacerse en la Universidad, me correspondieron a mí, era la forma en la que buscaba hacer un poco más liviano su duelo a mis primas y su madre, pues el papeleo que debían gestionar tras su muerte era extenso, además de doloroso. Luego, mi familia regresó al Valle, de donde somos originarios. Lo más difícil de esos días, para mí, era lidiar con el hecho de que, al subir las escaleras, al ingresar a la Biblioteca, al recorrer algún pasillo, no volvería a verlo, aun cuando tres años atrás, con profunda esperanza me acerqué a las instalaciones de la alianza con el ICETEX en la Universidad para formalizar su proceso de matrícula como beneficiario al programa del Gobierno nacional “Ser Pilo Paga”, por el alto puntaje que él obtuvo en las pruebas de Estado. Era irónico que ahora regresara para notificar su muerte.

En los días siguientes a la muerte de Daniel, al ver el registro civil de defunción, me hacía consciente del profundo control que ejercen las instituciones sobre nosotros, pues nuestro cuerpo no nos pertenece y, en casos como el de Daniel, mis primas y su mamá debían entregar su cédula y esperar a que Medicina Legal realizara la necropsia que procede ante las muertes violentas. Recuerdo las palabras de mi prima Jimena, que es médico, diciendo que jamás habría deseado un proceso de esos para alguno de sus familiares, pero ahora era Daniel el que debía hacer parte de un registro forense en el que se explicaba en detalle las causales y la hora de su deceso. Para recibir su cuerpo y poderlo trasladar a Palmira para su velación, debíamos esperar a que Daniel formara parte de las estadísticas nacionales y de los informes que he consultado para hablar sobre este tema.

Retomando la cuestión sobre el control que las instituciones tienen sobre el cuerpo, es interesante darle una mirada a Michael Foucault (1976) en su obra “Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión”, en el capítulo “El panoptismo”, en el que alude a los mecanismos que implementa el Estado para evitar el contagio masivo a raíz de la “peste”; lo que es interesante aquí es relacionar qué puede estar concibiendo el Estado como una patología, para registrar y generar procesos de control. Siguiendo a Foucault, “el registro de lo patológico debe ser constante y centralizado. La relación de cada cual con su enfermedad y su muerte pasa por las instancias del poder, el registro a que éstas la someten y las decisiones que toman” (p. 200). Es allí donde cabe la pregunta del suicidio como una anomalía que debe identificarse para actuar sobre ella, al igual que con las enfermedades contagiosas.

La tesis de Michel Foucault va dirigida hacia como los dispositivos disciplinarios desde los cuales el Estado ejerce un control social de forma rigurosa sobre los individuos con los que registra, encasilla y divide, bajo la premisa de evitar el contagio. Sin embargo, este en realidad es el medio desde el que es posible efectuarse el biopoder, que no son más que las técnicas para subyugar y controlar a la población. Acudiendo a la estrategia estatal que menciona el autor, recalca que “los apestados están prendidos en un retículo táctico meticuloso en el que las diferenciaciones individuales son los efectos coactivos de un poder que se multiplica, se articula y se subdivide” (p. 202). En esas subdivisiones precisamente podemos entender que el suicida es una variación de las muertes consideradas como violentas y que, además, constituyen un dilema entre lo “natural” – “moral”, dado a que atentan con el instinto de supervivencia y de los códigos religiosos a los cuales las instituciones terminan de algún modo adhiriéndose.

Dentro de los episodios en los que la institucionalidad emerge en los discursos de los sobrevivientes, destaco el malestar de la madre de Lorena, pues en palabras de ella, pocos días después de la muerte de Camilo, se empiezan a divulgar programas de prevención del suicidio en jóvenes por parte de la Secretaría de Salud de la administración municipal; según su modo de ver, este tipo de programas estaban directamente relacionados con el impacto que tuvo el fallecimiento de Camilo en un grupo importante de la población, lo que generó a su vez un rechazo por parte no sólo de la mamá de Lorena sino incluso de Carolina y el grupo de amigos de Camilo. Así se manifestó Lorena al respecto:

“Es que mi mamá estaba muy ardidada porque como eso se supo por todo lado, ahí sí preciso los de la Alcaldía haciendo programas de prevención de suicidio, que los jóvenes que no sé qué, cuando ya Camilo se había matado, ya para qué”.

A este tipo de reacciones se les suma que debido al estigma religioso que esta muerte deja en los sobrevivientes, algunos informes como el realizado por Medicina Legal en el año 2010, contempla que las cifras estadísticas no dan cuenta de un número significativo de datos sobre esta forma de muerte, pues algunos familiares de preferencia buscan que se designe a los decesos como muertes accidentales, para de este modo evitar la carga moral que ronda a los dolientes de un suicidio. Tanto así que Juliana recuerda que cuando su hermano murió, el Cuerpo Técnico de Investigación CTI⁷, acordonó la zona para la toma de registros y “eso se llenó a lado y lado de gente chismosa murmurando que tan flojo que eso había sido por estar jartando”, aseveraciones que le permitieron al público involucrarse de forma negativa en un proceso que tiene connotaciones más difíciles de sobrellevar.

Entendiendo lo anterior, Bertolote y Fleischman (2002) sostienen que por cada acto suicida resultan muchas personas afectadas y con perturbaciones emocionales que pueden ser incluso vitalicias. Hasta el momento, podemos decir que las instituciones estatales prestan su atención principalmente en el suicida y a la identificación de las causales en relación con su etapa vital o su adscripción de género, en el incremento del suicidio, así como también en los roles que cumplen las familias en un acto como éste. Sin embargo, no se está poniendo en consideración de en qué

⁷ Entidad estatal encargada de la planificación, organización, gestión, control y ejecución de las funciones policiales en la Fiscalía.

medida una persona que “compartió de cerca una experiencia con su pareja” puede estar pensándose y significando esta acción, teniendo en cuenta que este tipo de hechos siguen siendo conflictivos para la población y están escribiéndose en la vía de lo que se supondría es la lógica imperante en hombres y mujeres.

El tema en sí mismo contempla diferentes miradas, pero dentro de los asuntos que valen la pena destacarse se encuentran, en primer lugar, los procesos de control exacerbados sobre el cuerpo del suicida, en donde sin poder a la elección familiar, se somete al escarnio público que, en la mayoría de las ocasiones, hace más difícil el afrontar el dolor. Ello, sin desconocer que el suicidio represente una preocupación, pues en diferentes circunstancias hay situaciones que dejan ver la necesidad de la población por que esta sea atendida. En segundo lugar, las frases recriminatorias infundadas de las personas ajenas al suicida que en oportunidades se dan a causa de la exteriorización por parte de los dispositivos estatales. En tercer lugar, los discursos inapropiados por parte de los medios de comunicación, que en ocasiones también son carentes del reconocimiento del debido tratamiento de este tipo de tópicos para la salud pública.

La Familia

Desde la mirada de la familia, podemos decir que las relaciones que se tejen alrededor del suicidio son en suma la evidencia de cómo nos hemos pensado la asignación de roles y definiciones que ponen en conflicto a los individuos. En el curso del trabajo de campo las tres mujeres con las cuales estuve en contacto cercano, sin pensarlo y en ocasiones fuera del contexto de las preguntas habituales que formulaba en referencia a la indagación, me fueron señalando como se definieron esas situaciones en pugna que vivieron cuando su ser querido se quitó la vida. En ello, subrayo que las consideraciones que aquí se tocan tienen que ver con las reclamaciones, la experiencia corporal y sensorial, las conceptualizaciones, los objetos, entre otros elementos partícipes en la trayectoria de cada una de ellas en cuanto su modo de ver lo sucedido.

En principio, resalto que las tres muertes corresponden a la población *juvenil* y esta a su vez debe ser pensada a la luz de los desafíos que la misma enfrenta, no sólo en términos de las

transformaciones anatómicas sino en la construcción de herramientas en las que los familiares, amigos y las diferentes instituciones sean capaces de edificar mayores redes de apoyo. Con ello, me refiero a la estigmatización de la que son víctimas los sobrevivientes, pues de manera arbitraria se asume el suicida varón como débil, lo que termina por replicar en la no búsqueda de ayuda o invisibilización de lo que para el individuo puede ser un problema.

Es importante anotar que las relaciones de género se hacen evidentes en los relatos sobre la vida de Felipe, el hermano de Juliana, en donde se reconoce que el joven se encontraba en el momento afrontando una ruptura amorosa con conflictos en medio de una situación, además, estresante. De acuerdo con Juliana, el día anterior a su muerte, Felipe fue objeto de burlas por algunos miembros de su familia a raíz de su separación definitiva con su pareja Mery, lo que repercutió en una pugna entre su hermano y uno de sus primos en un bar, generando una situación de desconcierto en la que la madre y el padre de Felipe tuvieron que hacer frente para evitar que ello se desencadenara en violencia.

Aludiendo a lo anterior, el trabajo de Mara Viveros (2002) comprende que la masculinidad para los hombres hace más difícil la construcción subjetiva más allá de lo que se espera de ellos socialmente, pues ese “macho” excluye por completo lo subjetivo, ya que implanta la imagen de que el hombre no puede llorar, debe ser fuerte, competitivo y no implicarse afectivamente. Podemos decir que este tipo de situaciones afecta negativamente, según las precisiones de Juliana, pues si tomamos como referencia que el deber ser de un hombre es evitar implicarse afectivamente y evitar “llorar”, Juliana describe que la situación que invadió a Felipe de emociones asociadas a la tristeza fue su ruptura amorosa con Mery; por eso, se explica la discusión con su primo en un bar, pues evitaba exponer sus sentimientos en público y no quería demostrar cómo se sentía tras el fracaso con su relación.

Prosiguiendo con la incidencia que tiene la construcción del género que puede estar inmerso en las dinámicas familiares, especialmente con las ideas que se proyectan sobre los hombres que cometieron suicidio, debo decir que culturalmente contribuimos con la reafirmación de las distinciones simbólicas entre hombres y mujeres, en donde la expresión de las emociones se le atribuye especialmente a la mujer; la mujer cuenta con el acceso a procesos en los que se le facilita procesar emociones de tristeza, entre ellos el solicitar atención psicológica, grupos de

amigas donde se le es permitido evocar sus sentimientos en torno a situaciones como la pérdida de un familiar, las rupturas de pareja, entre otras situaciones que representan crisis.

En esa misma perspectiva, personalmente recuerdo que cuando murió Ituriel mi primo y padre de Daniel, era habitual escuchar a los miembros de mi familia asignándole la responsabilidad de “ser el hombre de la casa” a Daniel. Entendiendo como vulnerables a las tres mujeres que quedaron tras la pérdida del patriarca de la casa, pero no a Daniel que aún era un niño y no tenía conciencia plena de lo que estaba ocurriendo. Luego, cuando Daniel falleció, volvieron los comentarios sobre el haber dejado solas a su hermana y a su mamá, pues una de sus hermanas ya se encontraba en una relación formal viviendo con su pareja. En ese sentido, a mi primo no se le permitía más que ocupar “el bastón” de casa, sin darle la oportunidad también de sentirse triste tras la pérdida de su papá.

Retomando lo anterior, la muerte de Ituriel supuso diferentes situaciones entre ellas el aprendizaje de una serie de labores que habían estado encomendadas directamente al hombre de la casa, como los negocios de la finca, los recaudos a los proveedores y al tiempo, la mano fuerte en la crianza de los hijos. Para esos días, Luz Dary ni si quiera sabía manejar la camioneta que tenían y buscó todas las estrategias posibles para aprender, para ser madre y padre al tiempo, para flexibilizar los recursos que tenían supliendo las necesidades de cada uno, fueron días duros. Recuerdo a mi mamá decir, “tengo mucha rabia porque Daniel se llevó por delante a su mamá, él no pensó en todos los sacrificios que ella hizo por él”.

De igual modo ocurre en las narrativas que realizan Lorena y Carolina en relación con la muerte de Camilo, pues ambas son hijas de madres solteras que enfrentaron maternidad y paternidad al tiempo, que dedicaron años, esfuerzos con sus hijas para llevar a cabo esa crianza tan difícil que conlleva tantas limitaciones en múltiples sentidos. La reclamación de Lorena y Carolina hacia Camilo se dirigía al hecho de que los tres eran hijos que no tuvieron a un padre presente en sus vidas y que reconocían ese esfuerzo diario, esa necesidad de retribuir porque criar es sumamente difícil; con la muerte de Camilo no sólo se transgredió a una norma moral, sino que se negó la oportunidad de la reciprocidad hacia una madre que se esforzó por dar de sí misma y más aún por el doble trabajo que cumplió, porque esa vida de Camilo, Amelia la había ayudado a construir también desde los años con su cuidado.

En cuanto a Camilo es importante destacar que también, las construcciones de género se ven desde la reclamación de Lorena y Carolina, pero también la de su madre Amelia; sin embargo, esa reclamación no queda reducida solamente al porqué se dejó la vida sin pensar en el enorme trabajo detrás que realiza una madre, sino también ¿De qué modo podemos aportar culturalmente a los hombres, mecanismos que contrarresten el suicidio como opción ante una situación difícil? Ahora bien, aunque no es la pretensión de la siguiente tesis, si surge la inquietud dadas las formas en las que es posible que se esté impactando de manera negativa la vida seres humanos que no nos acompañan ahora. Retomando lo anterior y en relación con el relato de Carolina, en ocasiones las alusiones de Camilo frente a sí mismo, estaban dadas en la desesperanza y el desasosiego ante las obligaciones diarias, esto es evidente en lo siguiente:

“Camilo decía estar aburrido, es la palabra creo que más precisa, estaba supremamente aburrido decía que ya nada tenía sentido que él iba a estudiar porque le tocaba, o sea no le encontraba ganas ni siquiera a eso”.

Ahora bien, comprendiendo que el género también atraviesa desde nuestra lógica al suicidio, es valioso que al hacernos conscientes de las dificultades que resultan de una lógica patriarcal como la nuestra, seamos capaces de deconstruir lo que incide de forma negativa en nuestros padres, hijos, hermanos, amigos, entre otros hombres que coinciden en nuestro entorno, para de ese modo, asumir al otro como persona, evitando la carga pesada de a quién le corresponde hacer o dejar de hacer. En ese sentido, la reflexión se piensa a la luz de la incidencia social que tiene este tipo de categorías que siguen profundamente enmarcadas en nuestro contexto.

Por último, el entender las diferentes relaciones que confluyen y son relatadas por las sobrevivientes, entre ellas el reclamar la vida de un amigo que no quiso continuar con vida para seguir intercambiando en ese complejo que es sostener vínculos con el otro, incluso con su propia madre y no porque esta fuese la causa para quitarse la vida, pero si las razones que manifiestan las dolientes que las hicieron confrontar la ausencia de Camilo. Del mismo modo, el joven Felipe que sufrió en silencio por una relación amorosa invadida de confrontaciones y desilusiones cuyo dolor evitó exponer y del que su hermana Juliana dice que no debió atentar contra sí mismo, “mucho menos por alguien que no valía la pena”; no obstante, su muerte aparentemente es pensada como

una forma de venganza que se efectúa a partir de la manera en la que los padres de Juliana asimilaron la culpabilidad de Mery en lo sucedido.

La religión

“Puede que no exista el infierno, pero los que juzgan pueden crearlo”

Charles Bukowski

Desde siempre hemos buscado construir una explicación a lo que pueda suceder con nosotros una vez morimos. A lo desconocido, a ese plano del cual no podemos dar una versión, en ello la humanidad se ha propuesto desde sus orígenes dar un lugar, unas prácticas para organizar la muerte, para lograr permitirle a ese otro “dar ese paso” al otro mundo. El meollo del asunto está allí, porque bajo ese principio, nosotros también cumplimos con un rol en ese camino de quien fallece debe dar para cumplir con su misión. Somos parte y no solamente como dolientes, somos los encargados de despedir de tal manera que, al hacerlo, él o ella, logren trascender. En ese punto, retomo la fascinación de Edgar Francisco Sosa (2004), un investigador sibateño que reunió en un texto riguroso, las indagaciones en torno a los diferentes estadios “evolutivos”⁸ que tuvo el municipio desde el periodo prehispánico hasta la actualidad para llegar a consolidarse como centro poblado. Dentro de sus estudios, encontró que el denominado “Hombre del Tequendama”, como fue identificado el hallazgo de 21 restos humanos de al menos 12.000 A.P en la Hacienda el Tequendama ubicada en inmediaciones entre Sibaté y el municipio de Soacha por Thomas van der Hammen y Gonzalo Correal, podría estar ofreciendo algunos indicios sobre cómo estos primeros hombres estaban llevando a cabo ritos funerarios y el entender la muerte como una etapa que tiene un nivel de importancia para dicho grupo de personas.

En el libro de Edgar Sosa (2004) “*Sibaté: 12.000 años de historia*”, se expone que el hallazgo de estos restos humanos se encuentran evidencias del uso de materiales tales como achiote e incineración de los huesos de los difuntos efectuado por otros, lo que indica una interpretación de la muerte como un momento especial que merece un acto diferencial. Un acto ritual similar se

⁸ Término característico del evolucionismo para definir procesos de desarrollo humano, pero que ha sido debatido en los círculos académicos por no ilustrar.

encontró en algunas culturas en Asia, donde se incineraron los huesos de quien moría para contar con el poder y la inteligencia del que ya no se encontraba con vida. En ese sentido, esto nos haría pensar que el muerto no desaparece, sino que tiene un lugar incluso tan importante como el del que vive y que esa vida que culminó le ofrece poderes que son recibidos por los que viven. La muerte entonces entra en diálogo con los vivos, pues les presenta la oportunidad de recibir el don de la experiencia de quien ya no se encuentra con vida, para que sus habilidades para enfrentar el mundo puedan acrecentarse y ser sorteadas con mayor destreza.

En la consolidación de los diferentes sistemas religiosos, se han visto a través de la historia los múltiples esfuerzos del ser humano por crear una explicación escatológica⁹ sobre sí mismos y el curso final del universo. A ello no es ajeno el suicidio, pues cada cultura realiza versiones propias de lo que para los grupos puede significar transgredir ese supuesto “instinto que caracteriza a todo ser viviente”, el instinto de supervivencia. En ese punto, enfocaremos la mirada hacia dos vertientes religiosas como el catolicismo y una corriente del protestantismo como Misión Carismática Internacional (MCI), que desde sus doctrinas han otorgado pautas morales para construir la vida con base a lo que ocurre después de la muerte cuando se comete suicidio; para ello haré énfasis en cómo los relatos de los dolientes e incluso algunos acercamientos a autoridades de estas vertientes han cercado y fundamentado una serie de prácticas en cuanto a la muerte por mano propia.

En el catolicismo, cuando se muere, hay un lugar al que se llega como consecuencia de la forma como se asumió la vida. En ese caso hay una división tripartita, pues el reino de los cielos es el lugar ideal al que se llega cuando el alma es pura de pecado, cuando en vida se generaron los principios dados en los mandatos de Dios para ser merecedores de ese estado de satisfacción; por otro lado, existe el purgatorio, un lugar del que se habla desde el siglo XII cuya creación se efectúa durante el Concilio de Trento (1545 -1563), cuando se busca la purificación del alma de los difuntos, lo que hace necesario que los vivos realicen sufragios y eucaristías por ellos para que logren ingresar al cielo; así mismo, surge el infierno, un lugar eterno invadido por castigos donde se sufre por los pecados ocasionados durante la vida. Al revisar la etimología de la palabra,

⁹ Concepto de la teología para definir el fin último de los seres humanos y el universo.

purgatorio proviene del latín tardío “*purgatorium o purgatorius*”¹⁰ (que limpia o purifica), vocablo que proviene a su vez de *purgatus*, que significa purgar o purificar, hasta llegar a puro o impoluto.

Teniendo en cuenta lo anterior, el artículo elaborado por Rafael Tamayo (2016) “Características y utilización de la noción escatológica del purgatorio en Colombia” explica que el cristianismo católico ha presentado a la muerte como un sistema de retribución, pues quien obra bien o mal será premiado o castigado después de la muerte (p. 261). Siguiendo la afirmación de Tamayo, el viatico, como es conocida la última comunión después de la confesión del moribundo, le permite a la persona, en su lecho de muerte, ser merecedor a las indulgencias a las que se tiene derecho el alma del que muere, ya sea por el rezo del rosario u otras oraciones como los novenarios, el pertenecer a asociaciones católicas por haber realizado donaciones a la iglesia u obras de caridad y por dejar encargadas misas y sufragios por el alma que debían realizarse por el alma de otros que pudiesen encontrarse en el purgatorio.

Entendiendo esto, la persona viva tiene un rol importante frente al alma y la salvación del difunto pues es el encargado(a) de lograr que éste ingrese finalmente al reino de los cielos. Lo interesante de este sistema religioso es entrever cómo el alma del suicida está siendo parte de la comprensión de estas pautas y como se construyen lazos de unión que sobrepasan el fundamentalismo de las doctrinas de esta índole. No obstante, importa volver sobre el paso del alma a lugares de reparación de exigencias por el pecado causado pues son un eje de análisis del cual nos proponemos partir, puesto que de acuerdo a las narrativas de Lorena y Carolina e incluso Amalia, la madre de Camilo, su alma llegó al estado ideal en concordancia con los principios católicos. A diferencia de la mirada católica, Juliana y sus padres entienden ahora, cuando tomaron la determinación de acercarse a la Iglesia Misión Carismática Internacional¹¹, cual ha sido el desenlace “real” de su hermano Felipe en la eternidad.

Entendiendo lo anterior, es evidente que existe una separación de las versiones de lo que ocurre después de la muerte entre las dos doctrinas religiosas, pues para el catolicismo las postrimerías son las tres últimas etapas por las que ha de pasar el ser humano: la muerte, el juicio,

¹⁰ Tomado del diccionario etimológico de Chile, disponible en la siguiente dirección web: <http://etimologias.dechile.net/?purgatorio#:~:text=Purgatorio%20es%20un%20t%C3%A9rmino%20tomado,%20%20limpio%20%20puro%20%20impoluto.>

¹¹ Vertiente que emerge a partir de la reforma protestante.

el infierno o la gloria. De acuerdo con el catecismo católico¹², el juicio es el momento en el que el alma del difunto sigue su curso, pues si existe el arrepentimiento deberá purificar su alma para llegar a la gloria si ese es su deseo; de lo contrario, el fin es el infierno. Lo que propone el dogma de dicha iglesia es que al cielo no puede irse si el alma aún está manchada, pues el cielo es un lugar al que se ingresa si se cumple con todas las condiciones para estar allí. Cuando se está en el purgatorio, las ánimas que allí se encuentren logran trascender “al pagar” el lastre de lo que se ha causado en vida y los dolientes contribuyen para que esa deuda se aliviane. Para ello, se realizan novenarios que suplican por el perdón de los pecados del alma del fallecido, oraciones constantes de misericordia, eucaristías y el rezo de rosarios en mención de quien debe retribuir lo que no alcanzó en vida.

En consecuencia, José Antonio Fortea Cucurull (2019), sacerdote católico y doctor en teología, en su conferencia sobre “Influenza, infestación, fantasmas y suicidas” (2019) sostiene que “los fantasmas son las almas del purgatorio y que hay almas que realmente tienen un purgatorio largo y penoso, hay que orar mucho e incluso con ayuda no logran pasar a una “morada superior” hasta que se ha orado u ofrecido sacrificios durante tiempo porque todo se paga. Esas almas vagan en determinados lugares y una categoría que deja Dios vagando es precisamente la de los suicidas, para que los vivos comprendan que esas cosas no deben hacerse. Aunque no todos se condenan, algunas almas de los suicidas van al lugar a donde se suicidaron, otras a los cementerios y otras a un lugar determinado. Ahí están todos los fenómenos de psicofonías, fotos, apariciones, sueños, señales de que están presentes”.

La afirmación del padre Fortea (como es conocido popularmente) se relaciona con las narrativas de Lorena y Carolina, en donde Camilo se presenta de diferentes formas. En principio, el relato de Carolina alude a una condición del pecado a una puerta que bien pudiese asemejarse a ese estado en el que no se es apto ni merecedor del cielo. Por otro lado, las evocaciones en relación con las apariciones de Camilo en la habitación tanto de Carolina como de Lorena, en momentos específicos, uno de ellos es el día de la graduación del colegio, donde se describe una figura fantasmal que pide no ser tocado pero que a su vez recuerda que está ahí y que está para acompañar. La idea, entonces, es la de que de que las almas vagan, que deben estar errantes hasta que se pague

¹² Tomado del libro de catecismo católico de la congregación católica “lazos de amor mariano” Preparación para la consagración total a Jesús por María (2014) Editorial LAM San José.

completamente esa deuda que causa el pecado, esa culpa, ese dolor que se plasma en quienes lo sufren pero que también contribuyen a que se logre al fin la llegada al lugar ideal.

Lo interesante en relación con el purgatorio y con la idea de que el alma del suicida está en pena mientras logra trascender, es precisamente la manera en la que, por medio de la experiencia de ser doliente expresada por las mujeres, se materializa la ausencia del difunto a partir de los sueños, las apariciones, las señales. Ese complejo sensorial permite, por medio del cuerpo, que se relate e interprete, que Camilo en este caso, sigue estando allí, deja mensajes, está al tanto de lo que sucede en la vida de quienes lo reclaman. En ese orden de ideas, la explicación católica desde donde se plantea que el suicida ocupa un lugar entre los vivos, incide de forma expresa en el panorama de comprensión de los sobrevivientes, pues es el cuerpo ese vehículo donde se percibe, conoce, interpreta y conceptualiza lo que ocurre tras la muerte del ser querido que ya no está.

Las representaciones que existen sobre el purgatorio describen características de ese lugar, así como las categorías del pecado que están ancladas a niveles de mayor o menor sufrimiento, donde el suicidio es uno de los pecados más abominables por ir en contra de la potestad que presenta Dios sobre la vida de cada ser humano. El suicidio no en todos los casos y con ello vuelvo sobre la afirmación del padre Fortea, es causal de la condenación al infierno, pero si exige su paso por el purgatorio, un purgatorio donde se compense el daño causado. Por ello, la asimilación a estas almas como almas en pena, que se hacen visibles mientras se subsana la transgresión cometida, son la evidencia para los dolientes de que hay posibilidad de salvación. En ello es enfático el padre Cristian, un sacerdote católico que solía ser vicario cuando Camilo se encontraba aun estudiando; en su relato se entiende el purgatorio como un estado, pero también un curso que parte desde la muerte hacia el juicio en donde el hombre tiene la potestad de salvarse si esa es su determinación, esto lo podemos apreciar en sus afirmaciones sobre lo que ocurrió con Camilo al morir,

El alma en el momento que la persona muere llega a un momento que se llama el juicio final ¿sí? ese juicio final es en donde pues la persona desde su obrar en la tierra, si fue bueno o si fue malo, pues tiene la opción si quiere salvarse o condenarse, la persona, el alma misma de la persona es la que toma la determinación, si el alma dice, no yo me quiero salvar, entra al estado llamado purgatorio sí, que es un estado en donde entonces la persona

mediante la oración de quienes le aprecian, de las eucaristías y demás (..) es ese estado en donde se va purificando su alma y pues es ese estado intermedio sí, que cuánto dura, que el tiempo, si digamos una persona se suicidó, pues esa persona, en el caso de Camilo por ejemplo, vamos a hablar así concreto, cuando él se suicida el sacerdote a los treinta minutos de haberse notificado su muerte lo unge, mediante la unción su alma queda salvada, absuelto su pecado, pecados, su pecado queda absuelto, Camilo seguramente decide ya en ese juicio final no, yo me quiero salvar y de ahí debe pasar al purgatorio porque Dios perdona pero debemos cumplir con una justicia (febrero de 2018)

Al ingresar a los discursos en relación con el purgatorio podemos apreciar que la determinación de Camilo implica la obligación de la cobranza hacia una norma que se violó, por ende, la justicia. Los pagos de eucaristías o misas, las demás oraciones que van desde el novenario hasta el rosario, siguen presentes como mecanismos para retribuir esa deuda, para lograr “pagar” esa transgresión. No obstante, se alude a un albedrío que de no estar en consonancia con las pautas reguladoras traerá consecuencias “como un purgatorio largo y penoso” o en definitiva el infierno. En la construcción de los dogmas que transmite la iglesia católica, un elemento importante a tener en cuenta es el derecho canónico en el que se estipuló en términos prácticos las consecuencias para el que se separa de los prospectos dados por la institución religiosa, en la tesis de antropología de Daniel Acevedo (2019) “Enfermos de naufragios: tramas de significación del suicidio en el Valle de Aburrá” el autor encuentra que los muladares eran espacios físicos destinados para sepultar a suicidas y personas completamente desligadas a la estructura religiosa, pero también la desvinculación a todo tipo de acto ritual como los funerales pues debía darse un castigo ejemplar.

Es importante poner de presente la manera en la que se ha ilustrado y pensado ese lugar al que se puede llegar si se es católico, pero no se ha cumplido o se requiere un tiempo para condonar lo que se ha causado durante la vida. En esa herencia de lo que puede ser el purgatorio Dante Alighieri es sugerente al explicar que existen círculos en los que cada uno representa los vicios, crímenes, desordenes a las pautas morales que cualquier ser humano puede cometer en esa libre elección que posee en el mundo, esas dimensiones están dadas de acuerdo al grado de corrupción del alma lo que significa que no todos los pecados son iguales y cada uno merece un tratamiento diferencial, pues según su concepción hay pecados de debilidad y pecados con intencionalidad, por ende hay círculos que los categoriza con ellos también los castigos que allí se viven. Lo que

puede ser aún más definitivo son las ilustraciones realizadas en 1832 y 1833 por Paul Gustav Doré en las que se escenifican las vicisitudes que deben enfrentar los pecadores.



Ilustración 7. Paul Gustav Doré. Estrasburgo Francia (enero 6 de 1832 – enero 23 de 1833)
“Ilustraciones de la divina comedia Dante Alighieri”



Ilustración 8. Lienzo Ánimas del purgatorio – periodo barroco, autor desconocido.

Las estructuras morales que se desprenden de la obra literaria que Dante Alighieri realizó permite causar en los lectores las instrucciones más precisas sobre la construcción de conceptos teológicos como el purgatorio, ese lugar para retribuir lo que generamos, pero también la manera en la que sigue reproduciéndose lo que puede ocurrir tras morir a partir de nuestras decisiones. Resulta interesante reconocer esa imagen que ha venido gestándose culturalmente en los testimonios de personas que dicen haberse declarado médicamente muertas y luego han retornado para describir su experiencia en ese encuentro con una dimensión desconocida, como ese purgatorio del que se habla en la doctrina católica de múltiples formas pero que a fin de cuentas no se ha visto.

No obstante, en Colombia la odontóloga Gloria Polo, una mujer que fue declarada muerta tras ser atravesada por un rayo en la Universidad Nacional de Colombia, refiere haber ingresado a encontrarse con un juicio divino al que fue sometida, donde su estilo de vida iba en contra vía de las instrucciones del mandato de Dios. A raíz de sus acciones, ella tuvo que sentir la impotencia de encontrarse en serias limitaciones para demostrar que no merecía ingresar al infierno, pero gracias a las oraciones de miles de personas, incluida su familia, tuvo una segunda oportunidad para redirigir su vida, pero también relatar lo que conoció y multiplicar su testimonio al mundo. En el relato de Gloria Polo¹³ se conocen algunos detalles sobre los impactos en el alma por los pecados en los que su padre por ejemplo tenía niveles inferiores con respecto a su madre por cometer adulterio. Por otro lado, espacios pestilentes del infierno en el que se percibía mucha angustia donde encontró “muchos jóvenes” que se habían suicidado, hecho que sigue contribuyendo a la asignación pecaminosa pero también enunciada hacia este tipo de población como un grupo en riesgo que en mayor medida se encuentra alejado de Dios.

Por otro lado, el Tuluense Carlos Giraldo¹⁴ explica que cuando logró confesarse antes de entrar al coma profundo en el que estuvo, empezó a dirigirse a un plano espiritual desconocido y en ese lugar encontró fémures, vértebras, cráneos esparcidos en el suelo y punzaban sus pies, luego

¹³ Véase el testimonio de Gloria Polo en el siguiente enlace “Testimonio de conversión” página oficial de la congregación católica – lazos de amor mariano: <https://www.youtube.com/watch?v=Izv6phai90A&t=2792s>

¹⁴ Véase el testimonio de Carlos Giraldo en el siguiente enlace “Vivio el infierno, el purgatorio y el Cielo: Testimonio Carlos Giraldo <https://www.youtube.com/watch?v=1AsOdKJ2WFk&t=2802s>

poco a poco fue ascendiendo, pero el recorrido que hizo no tenía ningún curso definido, según Carlos, supo que se encontraba en el purgatorio porque pudo identificar a personas conocidas que estaban como él, que podían movilizarse libremente pero que no podían orar el uno por el otro “pues nadie puede hacer nada por nadie”. Luego, al profundizarse en ese lugar, vio a su cuñado difunto a la espera de que su familia ofreciera una oración, un sacrificio, una eucaristía, pero nadie lo hacía. En el testimonio de este hombre, él describe que se llega a una zona del purgatorio dependiendo del estado de pecado con el que se muera, así mismo el estado donde se debe purificar el alma “como alcancé a confesarme, no tuve que purificarme tanto en fuego, porque lo hay” y según su testimonio, lo mismo ocurre en el infierno, de acuerdo a sus pecados así también es el sitio donde se ubicará el alma.

Los testimonios de estas dos personas concuerdan con las ideas que durante años se han promovido por medio de los dogmas de fe de la iglesia católica, pero en ello han contribuido la creación literaria de Dante Alighieri, la pintura en el barroco y otro tipo de mecanismos de reproducción que pueden potenciarse en la cultura. De aquí podemos resaltar que el purgatorio es una posibilidad para el suicida, pero es exigente, es difícil y en ello es crucial el papel que cumplen los seres queridos en ese trámite para subsanar esa deuda con Dios. Por otro lado, esa relación aparente que continua después de la muerte por medio de los sueños, las apariciones, las señales, tienen que ver según el sistema religioso por el lugar que estas almas ocupan y es la pena por pagar “son almas en pena” que se deben a Dios y requieren diferentes acciones para trascender.

Ahora bien, es importante resaltar que la cuestión del purgatorio no fue bien recibida por las implicaciones históricas que esta tuvo frente algunos de sus postulados. Retomando el artículo elaborado por Rafael Tamayo (2016), las connotaciones hacia el pago por los pecados y las llamadas “indulgencias” tuvieron un carácter que propusieron menor tiempo en el purgatorio e incluso el pago por los pecados que los feligreses pudiesen cometer en el futuro, lo que ocasionó que el fraile católico agustino Martín Lutero, desarrollara noventa y cinco tesis en relación con una serie de inconformidades en las que se capitalizó el pecado para la construcción de sucursales y otros espacios físicos que permitían su expansión. A partir de los postulados de Lutero, la creación de la reforma protestante generó la libertad de la interpretación de la biblia, así como la separación en cuanto a la idea de la existencia de un purgatorio.

Estas tesis fueron el preámbulo para la creación del Concilio de Trento que tuvo una duración de diecisiete años, pero que finalmente permitió la continuidad de una reforma que dio cabida a más movimientos protestantes. En las vertientes religiosas que se desligaron de los lineamientos de la iglesia católica, se encuentra Misión Carismática Internacional¹⁵, una congregación cristiana protestante reciente que fue promovida por una pareja de esposos colombianos, Emma Claudia Castellanos y César Castellanos, en el año 1983, en la ciudad de Bogotá, cuyos principios asumen las disgregaciones que ocurrieron tras la reforma protestante. En una conversación sostenida con un miembro de la congregación Misión Carismática en Sibaté, al hablar de los ritos fúnebres que se realizan para ese paso que significa la muerte, fue importante entender el para qué y para quienes se hace el velorio.

El velorio se hace es, obviamente todo se le debe dar una sepultura sí, eso está bien porque se está honrando la memoria de esa persona, (...) para quien es el velorio para traer consuelo a los corazones, consuelo a los que están vivos sí. En ningún momento se ora por el muerto. Se ora es para que Dios traiga consuelo a los corazones de los más cercanos, o de lo bueno tal vez se sientan desconsolados en ese momento, después de eso (...) no, nosotros no hacemos novenario (marzo de 2018).

Al remitirnos al relato de Davinson, vemos la transformación del acto ritual enfocado propiamente al soporte de los dolientes de un fallecimiento y no hay ningún tipo de oración a Dios para el alma de quien murió, porque de acuerdo con la doctrina de esta vertiente, sólo existe la posibilidad de salvarse en vida, así que la búsqueda de Dios se realiza solamente en ese punto. Esto quiere decir, que no se niega la existencia de otro estado al morir, pero una vez se llega allí, solamente las acciones realizadas durante la vida pueden otorgarle a una persona el cielo o el infierno. Por ello, todos los esfuerzos deben estar orientados en la “restauración de los corazones” de las personas y la contribución para lograr ser “salvo” en el momento en el que ocurra el encuentro en ese plano. Por otro lado, Davinson explica que el suicidio atenta de manera deliberada contra el principio de la vida que proporciona Dios y este acto en particular, no le permitirá a quien lo haga encontrar la gracia del reino de los cielos.

¹⁵ Tomado del sitio web oficial “Misión Carismática Internacional” véase en el siguiente enlace: <https://mci12.com/>

En esta óptica, el individuo tiene en sus manos las facultades para realizar lo necesario para encontrar su salvación en el momento de su muerte, ésta no depende de nadie más que de sí mismo. Entonces, bajo esa mirada no hay ninguna forma en la que después de la muerte se establezca algún tipo de recurso o continuidad para intervenir en esa salvación. Partiendo de lo anterior, Juliana define que su hermano Felipe se condenó al actuar en contra de sí mismo y no podrá gozar de la gracia de Dios por ese pecado que atenta contra las facultades de ese ser superior. Sin embargo, Juliana comenta que hasta hace muy poco ha lidiado con las ideas autodestructivas de su padre que al recordar lo ocurrido con Felipe, lo atormenta; su madre por su parte en ocasiones en las que se habla de las maneras en las que se puede llegar a ese estado ideal del alma, recuerda a su hijo Felipe y aun llora al pensar que no está “donde debería estar”. En referencia a las palabras de Juliana, Davison refiere las enseñanzas que ha aprendido a partir de su conocimiento en torno a lo que su movimiento efectúa cuando se da la muerte en un miembro de su congregación,

La salvación es personal y algo que estoy seguro es que Dios quiere es que todos lleguemos al arrepentimiento, que todos se salven, eso significa, bueno si Dios quiere que todos se salven, eso significa que uno está en Dios, y si uno está en Dios obviamente por medio de Jesús sí, pero si esa persona decide, (...) bueno ya es cuestión de esa persona no es cuestión de nadie más, queda un dolor, eso no se niega, pero la culpa es algo que no puede quedar, tal vez digamos por ejemplo, porque no fue tu culpa sí, que queda el dolor, claro, pero para el dolor también hay consuelo o hay restauración, entonces (...) ahí ya es cuestión de que (...) uno se encomiende a Dios y bueno también le entregue el corazón a Dios, ¿si me hago entender? hay otra versión como, no me acuerdo en este momento, que los cobardes no heredaran el reino de los cielos sí, y ese es uno de los síntomas de las personas que se suicidan, es por cobardía porque no quieren afrontar un problema, ellos se condenarán (marzo de 2018).

Después de conocer dos modos en los que se piensa la escatología tras la muerte de un ser querido que cometió suicidio, puedo decir que, en definitiva, el suicidio constituye un problema para quien es doliente, pues de igual manera es un acto que implica consecuencias morales en las que el sobreviviente tiene incidencia de alguna manera, pues pensar que el alma de quien se quiso, está enfrentando un dolor profundo en consecuencia de una elección como la que tuvo, no es esperanzador y como lo refiere Juliana en su padre y madre, crea secuelas que hoy por hoy, siguen

estando allí. Por esa razón inicié con la cita de Charles Bukowski “puede que no exista un infierno, pero quienes juzgan pueden crearlo” porque la muerte es una conversación con la vida del otro, con los lazos de empatía, en esa medida es posible si bien no olvidar a quien se amó, es más fácil conseguir que aquellos que han llevado a costas un luto similar, puedan reinsertarse de modo menos traumático de lo que esto ya lo supone.

Para finalizar, quiero remitirme a la inserción en el cine de películas como “Más allá de los sueños” actuada por Robin Williams, quien en su travesía se arriesga a ir hasta el infierno por su esposa, que no soportó el dolor por su muerte y la de sus hijos y se suicidó. En esta película se escenifican las formas en las que desde el judeocristianismo hemos visto ese plano no terrenal, pero lo interesante de ahí es plantear una pregunta que me orienta a volver sobre mi primo Daniel y es los impactos que puede causar en una persona la muerte de alguien cercano: en la película, la muerte de un esposo, pero en la vida de mi primo, el fallecimiento de su papá, aunque no puedo decir con certeza que esa haya sido la razón para que se quitara la vida, pero lo que vale la pena destacar es la manera en la que se tramita la muerte en nuestra sociedad y de qué formas esos procesos pueden ser impactantes en la vida de alguien.

En esa reflexión final, es valioso ver cómo, aunque en ese plano los testimonios de quienes han referenciado haber ido al más allá, explican que estar en el cielo es lo mejor que puede ocurrir, porque existe una sensación de bienestar completo y que allí somos individuos y juzgados como tal. La película deja ver que el protagonista busca a su esposa, que se encuentra en el purgatorio por cometer suicidio; ella está perdida de sí y debe estar en ese lugar, pero su esposo, que ya gozaba del cielo, deja todo para quedarse con ella en ese estado. Lo interesante del mensaje de fondo, es precisar que aquello que puede generar las estancias de un sitio, no están dadas solamente por aquello que socioculturalmente nos han manifestado es donde mejor nos encontraremos, sino entender que existen “razones por las cuales querer quedarse”.

A modo de conclusión, el estado, la familia y la religión son instituciones que han determinado históricamente las organizaciones simbólicas en la vida social de las personas, entre las que es evidente el suicidio. En la exploración de las narrativas, las confrontaciones que tiene un doliente al que se somete todos los instrumentos que requiere “una muerte patologizada”, sin ninguna consideración frente a los impactos que tiene su círculo más cercano a la hora de afrontar

este tipo de muerte, pero también está en medio el género, donde el ser hijo en ciertas condiciones de desigualdad con la mujer, el silenciar como hombre un fracaso amoroso con el temor de demostrar debilidad en un contexto específico o el simple hecho de evitar buscar ayuda por las imágenes estereotipadas en las que se deslegitima el dolor del hombre frente al de la mujer, es la descripción que las dolientes realizan sobre una realidad que les generó aflicción, culpabilidades y la búsqueda de una respuesta en sus reclamaciones.

CATÁRSIS Y CONSIDERACIONES FINALES

“El sentimiento llena las lagunas de la ignorancia”

Vanessa Redgrave

Desde que inicié la construcción del estado del conocimiento, la formulación de la pregunta problema, la edificación del proyecto y posteriormente el trabajo de campo, entre los años 2017 y 2018, nunca imaginé que convertirme en doliente de suicidio me obligaría a pensarme de nuevo, mucho menos que ese hecho orientaría mi vida en otro curso y a su vez, definiría profundamente la iniciativa que en principio motivó la siguiente tesis de pregrado. Por eso, este documento no es sólo un requisito para optar por mi título como antropóloga, sino aquello que reúne un ejercicio que plasmó para siempre la reflexión frente a los caminos que culturalmente hacen posible pensarse un hecho que causa dolor, crea preguntas e implica a diferentes actores. Entre lo que es posible ver, el diálogo con teóricos e investigaciones, cuya preocupación lleva consigo la estimación de las estadísticas, de las condiciones neuroquímicas cerebrales e incluso contextuales, que suponen una búsqueda desde diferentes enfoques científicos.

Entre tanto, lo primero que plasmó en mi vida un acercamiento a los modos tan precisos en los que se hicieron presentes las estructuras religiosas de un sistema de creencias que nos legó el Judeocristianismo es la manera en la que se concibe “el alma”, “el difunto”, “la muerte” de quienes fallece por causas que no dependen de sí mismos, en contraposición con quien levantó su mano contra su propia humanidad. En las diferencias que se acentúan se hace evidente la clasificación como ánima bendita de aquellos que cruzaron el umbral de la muerte y de cuya vida no debe hablarse si ello implica hacerlo de forma negativa, pues se profana el carácter que se le provee al alma de quienes entrarán en contacto con la divinidad, con lo benigno, en el camino para trascender. Pero quien atenta contra “el don de la vida” no tiene esa posibilidad, pues su acto en sí

mismo irrumpe un mandato divino; por ello, la manera en la que se habla, se interpreta, se silencia de aquella persona tiene connotaciones desde lo que se signó como maligno.

Volviendo sobre lo anterior, “el reclamo” a un suicida es posible en tanto que es la manera en la que las personas cercanas al hecho como familiares, amigos, parejas, cuestionan y le dan sentido a lo que ocurrió. En ello es interesante subrayar que en la tesis doctoral de Ana Campo Araúz (2018) se hace enfático que debido a que la muerte por suicidio no tenga una contestación, se busca identificar a un culpable que constituya las características para responder por un acto semejante y entre el desorden que significaría transgredir al don de la vida, es lo diabólico lo más cercano a ese tipo de muerte. Esto se hace evidente, en la interpretación de Juliana, cuando dice que “el suicidio es como demonios que se meten en la cabeza de las personas” o que “el suicidio es como una semilla que queda sembrada”; o en expresión de la mirada de la abuela de Lorena, mientras afirma que “el diablo entró y, pues, hizo de las suyas”. Eso lo que supone es que, en torno al hecho de quitarse la vida, la responsabilidad, en últimas, no recae en la persona que comete el acto sino en el dominio de lo maligno que extiende su influencia sobre la persona.

Entre las conversaciones que sostuve con las mujeres, entendíamos, ellas y yo, que era inevitable reclamar frente a lo que dimos de nosotras, estimado en afecto, tiempo, regalos, lealtad, entre otros actos de entrega realizados por Lorena y Carolina a Camilo y por Juliana a Felipe, su hermano; luego, por mi parte, a Daniel, mi primo. El reclamo era: ¿Cómo, eso que representó la fuerza contenida en un vínculo construido por nosotras con esas personas, no logró dar sentido suficiente a la persona para sostenerse ante la vida? El meollo del asunto no es la reclamación por la reclamación, pues podemos decir que en diversos ámbitos de la vida social lo solemos hacer, sino el hacerse conscientes de que, de acuerdo al lugar que le hemos dado a la existencia de quien se suicida, tenemos un rol que nos ubica como quienes se encargan, además, de posibilitar el asenso al cielo de ese ser querido por aquello que no decidimos nosotros, pero que también debemos respaldar o como en el caso de Juliana, es su vida la que termina por buscar la manera de sostener la vida de sus padres tras las repercusiones de la muerte de su hermano Felipe.

Resulta interesante y a su vez fundamental relatar que la reclamación que se hace a quien no está o que se cuenta al otro para intentar encontrarle un sentido a una muerte que al menos para mí nunca lo tuvo, no implica que en esa exigencia podamos saber que eso que hicimos cuenta con una “reciprocidad”, “con un pago”, necesariamente. En mi caso, soñar a Daniel como un alma sufriente en el purgatorio durante todo mi embarazo en Estados Unidos, me llevó a enviar dinero a amigas para que pagaran eucaristías para su eterno descanso, pues cada noche era insoportable, la siguiente pesadilla era peor, logrando que tuviera mayor irritabilidad en el día e incidiendo en mi estado anímico, tanto, que quien fue mi esposo expresara que prefería separarse porque pensaba que yo no era feliz a su lado. Me culpé y empecé a considerar que en mis manos se encontraba la salvación de su alma. Pese a que lidiar con culpas a las que tuve que hacerle frente en apoyo terapéutico, estoy segura de que las repercusiones en mi vida fueron mínimas con respecto a las de su madre Luz Dary y a mis dos primas Erika y Jimena, que hasta la fecha tienen serias dificultades para tocar el tema con personas ajenas a su círculo. Creo que al menos para mí, sentí como pago soñar a Daniel en la simbología de un alma que purgó su pecado y llegó a la estancia que todos esperábamos.

En estos años puedo decir que, el mayor aprendizaje que he generado sobre el suicidio es conocerlo a través de las voces de quienes lo hablaron para mí, pero sin duda alguna el llevarlo a cuentas, es haberlo llorado, experimentado y huirle a toda costa. Para después enfrentarlo a través de una producción académica que permita ser un insumo para que el doliente sea pensado en lo concerniente a la complejidad que abarca un tipo de muerte de esta índole. El panorama que dificulta, y que para Lorena y Carolina supuso un proceso aún más difícil del que es en sí mismo la construcción de las relaciones humanas en la vida social, es que esta muerte alarga esa búsqueda por la “reciprocidad” en los seres queridos de Camilo, pues se dio y aún después de la muerte se debe seguir “dando”, pero no existirá una devolución al menos en vida.

Es interesante anotar que Luis Alberto Suárez Guava (2009) en su artículo “Lluvia de flores, cosecha de huesos. Guacas, brujería e intercambio con los muertos” realiza un análisis en torno al modo en que los vivos se relacionan con los muertos a partir de los favores que estos reciben de los difuntos en el camposanto de Armero. Además, sostiene que “la transacción ha de suponer que ambas partes (el dador y el receptor que se vuelve dador) reciben, en la misma medida, sustancias equivalentes pero diferentes” (p. 409). Esto implica una devolución, pues el vivo entrega flores, que contienen la representación de su fuerza vital, y el muerto, en el “yelo” de sus “huesos”, contiene los restos de su muerte y es esa sustancia la que impregna las guacas desde las cuales se realizan hechizos para motivaciones particulares de las personas.

Aquí podemos apreciar que la muerte no es un impedimento, pues esta contribuye desde su estado a ejercer la creación de pactos, favores y una relación que no necesariamente termina e incluso pone de presente que se puede seguir retribuyendo. Pero con el alma del suicida no ocurre lo mismo, pues el doliente debe seguir aportando para lograr que su alma llegue al fin a ser perdonada para trascender y las oraciones, las eucaristías, las misas conmemorativas, entre otros, son cruciales para llegar a ello. Sin embargo, el haberse suicidado limita para siempre en la vida de los vivos, cualquier dimensión contributiva benéfica, pues de por sí, es un reto y es una búsqueda constante el lograr que se encuentre la absolución a un pecado como este. En esa misma línea, siempre consideré que escuchar en Juliana que su hermano se condenó al cometer suicidio, no solamente era agresivo a mi modo de ver, sino que dejaba en cero cualquier esperanza de quienes pensaban en que un Dios bondadoso podría aceptar tal falta con suficientes indulgencias de sus creyentes. El asunto es que, al menos en su mirada, la vida de su hermano nunca compensaría de ningún modo su paso por el mundo, lo cual hace que se ahonde en el estigma y que el haber existido no establece algún sentido, por lo cual se excluye.

En lo que a mi respecta, sin dudarlo digo abiertamente que cuando Daniel murió sentí que no solamente había una deuda en torno a una explicación necesaria de él para con nosotros, sino que su vida se había ido sin ese potencial que se construyó también por nosotros, pues era un estudiante lúcido, capaz de capturar ideas en cualquier área del conocimiento y hacer de ellas

reflexiones agudas. Estaba segura que él habría sido uno de los mejores abogados en el país, era un joven que, a pesar de haber perdido a su padre, contaba con miembros de su familia que lo amábamos y que estaríamos para asistirlo si nos hubiese hecho parte. Lo más duro de esos meses era pensar en que estaba sufriendo por su culpa y que enfrentaría un juicio que estaba muy lejos de comprender el porqué de su decisión, así como el lo pidió en su nota de despedida “que lo entendiéramos un poquito”.

Llegaban las tres de la mañana y yo despertaba con la respiración agitada pensando que ahí estaba Daniel otra vez, con un rostro de súplica, esperando que de nuevo orara para que pudiese salvarse. Luego, en mi familia pasaban los días, pero al acercarse un 24 y el 31 de diciembre, la situación se complicaba en la vida de Luz Dary, Erika y Jimena, pues ellas manifestaban como la impotencia, la nostalgia y el dolor volvían en esas fechas de tanta unión familiar. La situación llegó al punto en que una de ellas tuvo que medicarse para continuar con su cotidianidad, pues en su caso, el duelo volvía otra vez al inicio y parecía no darle siquiera un espacio para tratar de reestablecerse. No obstante, fue el tratamiento con antidepresivos una opción para brindarle a su hija y esposo, esa mujer que se había sumergido en medio de su dolor.

Ahora bien, no sólo mi prima Erika tuvo esa opción para hacer frente a lo vivido, pues en el transcurso de la investigación supe que Amelia también utiliza fármacos para mitigar los efectos de un dolor que escapa de su potestad contener. En ello puedo decir que al igual que ellas dos, tuve una receta farmacológica en mis manos para hacer frente a aquello que durante meses completos no pude exteriorizar hasta hoy. En Julio del 2019, cuando mi bebé tenía siete meses y me vi en la necesidad de retornar a mi país tras mi separación con quien fue mi esposo, una psiquiatra estadounidense me recibió en su consultorio con una fórmula farmacológica para que según ella yo pudiese afrontar una depresión posparto que fue consecuencia de un embarazo con un duelo patológico. En ese momento me enojé, porque para mí la solución estaba en retornar a los brazos de quienes realmente me amaban y reconstruir con ello a una mujer que simplemente bebía un trago amargo que se postergó con una serie de consecuencias difíciles.

Pasó el tiempo y pese a que traté sola de solucionar un duelo que nunca resolví, una separación de la que me atribuí toda la culpa y una maternidad completamente sola, tuve que tramitar esos episodios con apoyo terapéutico, pero también a través de una fórmula farmacológica de la que me negué por completo en principio, pero a la cual recurrí porque no quería decaer más de lo que ya me encontraba. Recordé entonces lo que me hizo mantener un interés en este trabajo y era concebir la edificación de planes, estrategias, campañas sobre este fenómeno en el municipio de Sibaté, que fue la población desde la cual me ubiqué, tuviese el sustento de una indagación desde y para las personas que lo adolecen. Pero también, acorde a los mecanismos propios que consideró por ejemplo la “American Foundation for Suicide Prevention” (AFSP)¹⁶ visibilizando los retos que enfrenta un “sobreviviente de suicidio” en la consolidación de grupos de apoyo de personas que han afrontado la pérdida de un ser querido por su causa, creando redes de apoyo y proporcionando alternativas que se configuran a partir de quienes lo vivieron.

En este punto y volviendo sobre la posibilidad de pensar los resultados de la investigación en relación con que éstos sean un insumo importante en la construcción de los planes de prevención del suicidio en el municipio, es importante considerar que en ellos se obvia el papel que tiene la familia y los círculos más cercanos en la prevención del riesgo suicida, pero también, las repercusiones que este evento comprende para las vidas de quienes han sufrido por este tipo de muerte, pues estos se convierten también en actores cruciales en cuanto a los factores que implican peligro en materia de salud mental, debido a las secuelas traumáticas que experimenta un familiar en duelo, un amigo o parte de los círculos cercanos al individuo. De igual modo, el papel que cumplen los medicamentos en los tratamientos de duelos complicados como el suicidio en algunos de los sobrevivientes.

¹⁶ Conversación entre sobrevivientes de suicidio: Un video producido por la American Foundation For Suicide Prevention (AFSP), con subtítulos en español: <https://www.youtube.com/watch?v=u55Bgm7cQyU&t=9s>

No menos importante es comprender que los enfoques desde los cuales se pueden estructurar y vincular epicentros para el impacto a la población que se encuentra enfrentando esta situación, deberían abordar herramientas que no dejen de lado la importancia del sistema de creencias, los modos de incidencia estatales y la revaloración de los discursos que se construyen en el sistema familiar, pero también la resignificación en torno a cómo socialmente hemos instruido que debe gestarse la masculinidad y la femineidad en lo que tiene que ver con el trámite de las emociones de las personas. Es allí donde los antecedentes que han aportado en lo relativo a mecanismos estatales para reducir las cifras de los diferentes grupos etarios y sus dinámicas propias, es necesario entender como un sistema a la familia, para de esa manera revisar el complejo que atañe un proceso de pérdida que se genera a causa de este hecho.

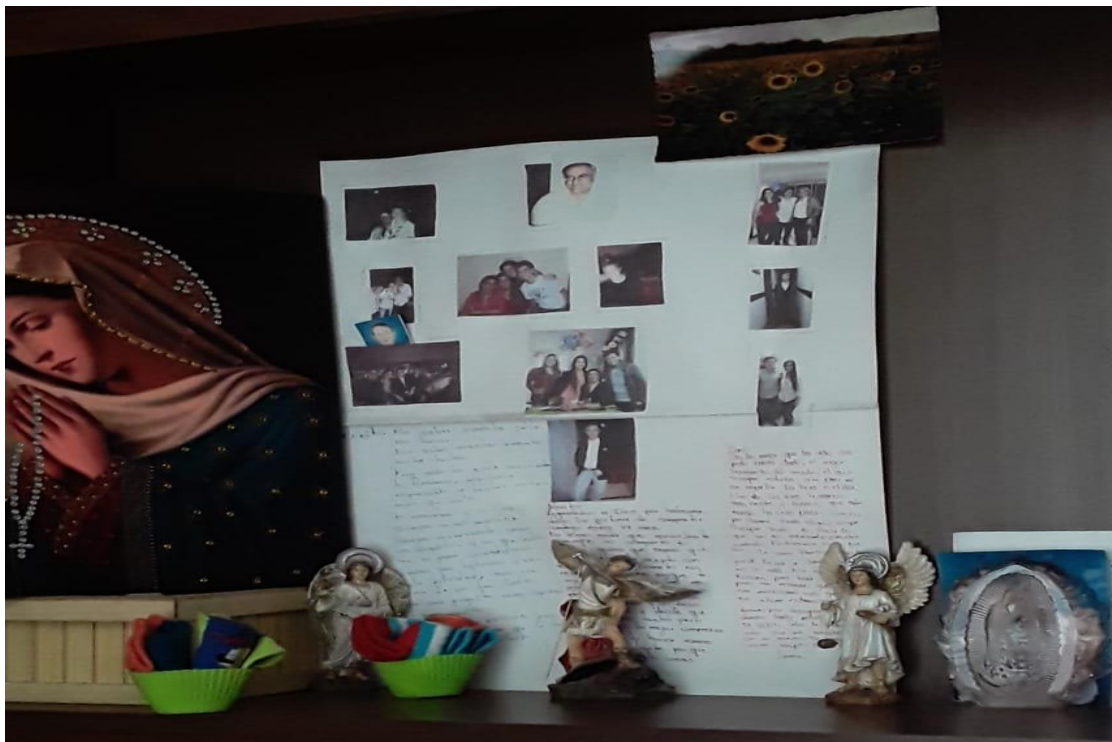


Ilustración 9. Mapa de preguntas y mensajes familiares a José Daniel Llano (noviembre 10 de 2019)

Por otro lado, la construcción de la memoria, la creación de elementos propios que son importantes para la elaboración del duelo de los sobrevivientes como los objetos, las fotografías, los recuerdos, puede cobrar un rol que vale la pena que se vincule, pues este integra a las personas a construir desde su simbología, formas desde donde volver a integrarse después de un paso difícil como la muerte en esos términos. Es crucial recordar que los seres humanos desde nuestros orígenes hemos plasmado en cada cultura una visión de un mundo posible y en los actos rituales, caminos para ingresar a la vida social, después de una etapa. La muerte en nuestra sociedad es una de las etapas con mayores desafíos y, en ella, los lazos con las personas, el ejercicio de la religión para situarnos y situar al difunto, son determinantes para que el resto de nuestras vidas adquiera en su relevancia, una orientación, una directriz que finalmente está dada por el otro. Por ello, el hecho de que una política pública se plasme y sea la hoja de ruta para apostarle a incidir positivamente en lo que es considerado como una problemática, sea visto desde una perspectiva que comprenda la realidad con las categorías usadas por las personas, como lo permite la etnografía. En ese sentido, este documento es un aporte y una invitación a que las entidades estatales le apuesten a que se fomente, en su vínculo con la población, a soluciones que venga de ella y que no imponga o invada con criterios externos que propicien daño. Las ciencias sociales y, en especial, la Antropología, tienen mucho que aportar a ello.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abduca, R. (2007) “La reciprocidad y el don no son la misma cosa”. *Cuadernos de Antropología Social*, No.26, pp. 107 -124.
- Alvarez, S. M. (2012). Efecto Werther: una propuesta de intervención en la facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación (UPV/EHU). *Norte de Salud Mental*, Vol. 10, No. 42, pp. 48-55.
- Acevedo, D. (2019) “Enfermos de naufragios: tramas de significación del suicidio en el Valle de Aburrá”. Tesis de pregrado. Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Antropología, Medellín Colombia.
- Andrade, J. Téllez, C. Giraldo, L. (2013) “La autopsia psicológica en Colombia: exploración psicobiográfica del suicidio”. *Revista Internacional de Psicología*, Vol. 12. No 2, pp. 1-45.
- Alonso, J. (2008) “Cuerpo, dolor e incertidumbre. Experiencia de la enfermedad y formas de interpelar el cuerpo en pacientes de Cuidados Paliativos”. *Contextos: Revista de Antropología e Investigación Social*, No. 2, pp. 35 – 50.
- Agulló, D. (2010) “La mirada antropológica de los objetos”. *Revista Periferia*, Vol. 13, pp. 1 - 6.
- Bertolote, J. y Fleischman, A. (2002). “A global perspective in the epidemiology”. *Suicidologi*, No. 2, pp. 7-9.
- Biddle, L; Gunnell, D.; Owen-Smith, A.; Potokar, J.; Longson, D. y Hawton; K. (2012) “Information sources used by the suicidal to inform choice of method”. *Stop Suicide*, Vol. 136, pp. 702 – 709.
- Bolaños, A. (2019) “Le dieron algo: la mecánica de los dones ocultos y la brujería de La Primavera, Vichada”. En: Suárez, A. (ed.) *Cosas vivas* (pp. 289 – 305). Bogota: Pontificia Universidad Javeriana.
- Buenaventura, K. (2019) “*Sibaté. Memoria, legado y tradición*”. Sibaté: Alcaldía municipal de Sibaté.

- Campo, Roa, Pérez, Salazar, Piragauta, López & Ramírez (2003) “Intento de suicidio en niños menores de 14 años”. *Colombia Médica*, Vol. 34, No. 1, pp. 9 -16.
- Campo, A. Aparicio, M. (2017) “Etnografías del suicidio en américa latina”. *Revista Anuario Antropológico*, Vol. 43, pp. 469 – 474.
- Campo, A. (2018) Suicidios en Quito, Ecuador. Etnografía de la muerte autoinfligida desde interpretaciones de la vida. Tesis de doctorado. Universidad Autónoma de Barcelona, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Programa de Antropología, Barcelona.
- Carbonell, E. (2007). “Tiempo y suicidio. Contribución antropológica a una discusión transdisciplinar”. *Gazeta de Antropología*, Vol. 3, pp. 1-10.
- Cerón, A. Bejarano K. (2017) “*Sibaté 1967- 2017, cincuenta años avanzando*” Sibaté Cundinamarca: Codensa, Enel y Emgesa.
- Cuellar, M. (2011) “Por ti me estoy consumiendo: cuerpo, despecho y brujería en el norte del Tolima”. *Revista Maguaré*, Vol. 25, No. 2, 2011., pp. 65 – 89.
- Cuellar, M. (2010) Tragedia en clave de despecho: cuerpo, música y liminalidad en la tragedia de Armero. Tesis de pregrado. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de ciencias humanas, Departamento de antropología, Bogotá Colombia.
- Daas, V. (2008) “Trauma y testimonio”. En: Ortega (ed.) “*Sujetos de dolor, agentes de dignidad*” (pp. 95 - 145). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Instituto CES.
- Díaz, R. (1997) “La vivencia en circulación. Una introducción a la antropología de la experiencia”. *Revista Alteridades*, Vol. 7, No. 13, pp. 5 – 15.
- Delacroix, D. (2020) “La presencia de la ausencia. Hacia una antropología de la vida póstuma de los desaparecidos en el Perú” *Revista Íconos*, Vol. 67, pp. 61 – 74.
- Durkheim (1897) “*El suicidio*”. México D.F.: Editorial Kindle.

- Foucault, M. (1976) “Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión”: *Capítulo panóptico*: (pp. 200-250) Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- García, J. (2015) “*Cuando te gustaban las cosas*”. Cali: Editorial San Pablo.
- González, Rodríguez, Aristizábal, García, Palacio y López (2010) “Suicidio y género en Antioquia (Colombia): estudio de autopsia psicológica” *Revista Colombiana de Psiquiatría*, Vol. 39, No. 2, pp. 251 – 267.
- Guava, S. (2009) “Lluvia de flores, cosecha de huesos. Guacas, brujería e intercambio con los muertos” *Revista Maguaré*, No 23, pp. 371 – 416.
- Jimeno, M. (2002) “Crimen pasional: con el corazón de las tinieblas” *Anuario Antropológico*, No. 2, pp. 191 – 214.
- Jordán, J. Jordán, A. (2019) “En el *limes*: los no cementerios; en el limbo: los no duelos. Bebés, suicidas y accidentados con muerte en la mentalidad tradicional rural española” *Revista Murciana de Antropología*, Vol. 26, pp. 111-172.
- Siabato, E. Salamanca, Y. (2015) “Factores asociados a ideación suicida en universitarios” Universidad de Boyacá, *Psicología Avances de la disciplina*, Vol. 9, No. 1, pp. 71 – 81.
- Martín, V (1995) “Fundamentación teórica y uso de las historias y relatos de vida como técnicas de investigación en pedagogía social” *Revista Universidad de Salamanca*, Vol. 7, pp. 42 – 60.
- Mueller, F. (2011). El “Efecto Werther”. Gestión de la información del suicidio por la prensa española en el caso de Antonio Flores y su repercusión en los receptores. *Cuadernos de Gestión de la Información*, Vol. 2, pp. 65- 71
- Muñoz, L. Sánchez, R. (2013) “Caracterización de noticias sobre suicidio en medios impresos en Colombia” *Revista Colombiana de Psiquiatría*, Vol. 42, No. 1, pp. 12 – 18.
- Montenegro, N. (2017) “Desaparecidos que resiste, la presencia de los ausentes. Experiencia de la violencia estatal entre familiares de víctimas de crímenes de estado en Colombia”. Tesis

- de pregrado. Universidad Externado de Colombia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Área de Investigación en Salud, Conocimiento Médico y Sociedad, Programa de Antropología, Bogotá D.C., Colombia.
- Ortiz, A. (2018) Sobre vivir ausencias, velar la muerte y rehacer la vida en el teatro. La ruta de las mujeres buscando los cuerpos de las víctimas de la violencia política en Colombia. Tesis de pregrado. Universidad Externado de Colombia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Área de Investigación en Salud, Conocimiento Médico y Sociedad, Programa de Antropología, Bogotá D.C., Colombia.
- Payá, V. (2012) *“El don y la palabra: Un estudio socio antropológico de los mensajes póstumos del suicida”* México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pérez, A. L. (2013). *Un análisis antropológico en población campesina, Colombia*. Sao Paulo: Florianópolis.
- Pérez, Uribe, Vianchá, Bahamón, Verdugo & Ochoa (2013)” Los estilos parentales como predictores de ideación suicida en estudiantes adolescentes”. *Psicología desde el Caribe*, Vol. 30, No. 3, pp. 551-568.
- Rueda, V. (2020) “Estoy realmente cansado, ¡Ya no puedo más! Estudio antropológico sobre el suicidio en hombres jóvenes en Bogotá. Tesis de pregrado. Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología. Bogotá, D.C.
- Sanin A. (1976) “Laborterapia en un hospital psiquiátrico” *Revista Latinoamericana de Psicología*, Vol. 8, No. 3, pp. 496 – 507.
- Sosa, E. (2004) *“Sibaté 12.000 años de historia”* Bogotá: Gobernación de Cundinamarca.
- Tamayo, R. (2016) “Características y utilización de la noción escatológica del purgatorio en Colombia” *Revista Historia y Sociedad*, No. 32, pp. 259 – 284.
- Torres Carrillo, A. (1993) “Construcción de vivienda en Bogotá. En: *La Ciudad en la Sombra: Barrios y luchas populares en Bogotá* (pp. 48 -71) Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.

- Halbmayer, E. (2017) Del suicidio y las concepciones de la muerte entre los Yupka y otros pueblos amerindios de las Tierras. En: *Etnografías del suicidio en América del Sur* (pp. 9 - 11). Quito: Editorial Universidad Politécnica Salesiana, Núcleo de Estudios Amazonía indígena.
- Valencia, J. Palacio, C. Arias, S. Ocampo, M. Calle, J. Retrepo, D. Vargas, G. López, C. (2007) “Características asociadas al riesgo de suicidio valorado clínicamente en personas con intento reciente”. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, Vol. 36, No. 4, pp. 610 – 626.
- Vásquez, R. Gómez D. (1993) “Mortalidad y problemas emocionales: el suicidio en Colombia 20 años después (1990 – 1970)” *Revista Acta Médica*. Vol. 18, No. 2, pp. 113 – 118.
- Viveros, M. (2002) “*De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*” Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.